



3

STRIKER

SÉRIE ROMANTICA DE CIENCIA FICCIÓN HEXONIANA

CHARMAINE ROSS

Striker

**Serie Romántica de Ciencia Ficción
Hexoniana**

Charmaine Ross

Copyright © 2025 por Charmaine Ross

Todos los derechos reservados. Este libro o cualquier parte del mismo no puede ser reproducido ni utilizado de ninguna manera sin el permiso expreso y por escrito de la autora, salvo el uso de breves citas en una reseña. La reproducción, distribución o transmisión no autorizada de esta publicación, ya sea total o parcial, está estrictamente prohibida y constituye una violación de las leyes aplicables. Esta obra está protegida por derechos de autor y no puede ser copiada, compartida ni distribuida de ninguna forma sin el consentimiento explícito y por escrito de la autora.

Contents

- [1. Capítulo Uno](#)
- [2. Capítulo Dos](#)
- [3. Capítulo Tres](#)
- [4. Capítulo Cuatro](#)
- [5. Capítulo Cinco](#)
- [6. Capítulo Seis](#)
- [7. Capítulo Siete](#)
- [8. Capítulo Ocho](#)
- [9. Capítulo Nueve](#)
- [10. Capítulo Diez](#)
- [11. Capítulo Once](#)
- [12. Capítulo Doce](#)
- [13. Capítulo Trece](#)
- [14. Capítulo Catorce](#)
- [15. Capítulo Quince](#)
- [16. Capítulo Dieciséis](#)

- [17. Capítulo Diecisiete](#)
- [18. Capítulo Dieciocho](#)
- [19. Capítulo Diecinueve](#)
- [20. Capítulo Veinte](#)
- [21. Capítulo Veintiuno](#)
- [22. Capítulo Veintidós](#)
- [23. Capítulo Veintitrés](#)
- [24. Capítulo veinticuatro](#)
- [25. Capítulo Veinticinco](#)
- [26. Capítulo Veintiséis](#)
- [27. Epílogo](#)



Capítulo Uno

Esperaba por todos los demonios estar haciendo lo correcto.
Lo más probable es que no fuera así.

Lo más probable es que los Reptiles lo capturasen y mantuviera el control de su mente durante, digamos, dos coma cuatro segundos, y luego...

En realidad no sabía qué pasaría después. Nadie había regresado jamás de ser un esclavo mental.

Hasta hace poco.

Era precisamente esa definición de "recientemente" lo que le había dado esperanza, y esa esperanza lo que lo había llevado hasta aquí.

Era extraño lo que la *esperanza* le hacía a uno. Una *esperanza* frágil que quizás, solo quizás, podría salvar al universo del peor tipo de plaga conocida por cualquier especie. Una *esperanza* que podría haberlo enviado a lo que aún podría convertirse en una misión suicida. Una posibilidad tan escasa de éxito, pero era la *esperanza* a la que se aferraba apenas con las uñas mientras se sumergía a través de la capa exterior tóxica de la atmósfera de Calisto.

Era la *esperanza* lo que lo llevaba a medidas tan desesperadas como infiltrarse en un planeta ocupado y encontrar al humano contenido en la cápsula que los Reptiles habían disparado a través

del agujero de gusano por alguna razón desconocida. El humano que bien podría tener la respuesta para salvar al universo conocido de la ocupación reptiliana y la esclavitud mental. Un humano que podría salvar docenas de planetas, así como miles de millones de vidas.

Eran esas razones las que daban verdadero significado a la palabra *esperanza*.

La delgada capa de gases golpeaba y arañaba el exterior de la pequeña Astronave unipersonal mientras Striker maniobraba expertamente a través de las capas exteriores de la atmósfera de Calisto. Nunca dejaba de asombrarle cómo partículas tan pequeñas y dispersas podían potencialmente causar tanto daño. Aunque, bien pensado, cualquier cosa extraña empujando a través de la piel de algo era motivo para que las defensas del planeta se activaran, sin importar lo pequeña que fuese esa partícula extraña.

Así de pequeño necesitaba ser. Lo suficientemente pequeño para entrar sin ser detectado. No era solo la "piel" del planeta lo que lo freiría si tuviera la oportunidad. No muchas cosas podían atravesar la red cibernética con la que los Reptiles rodeaban sus planetas ocupados. Excepto algo tan pequeño como una Astronave unipersonal. Aun así, tenía que hacerlo lo suficientemente rápido para parecer solo un meteorito o basura espacial. De ahí el viaje que le estaba destrozando los huesos y que no estaba disfrutando en absoluto.

Chispas y llamas destellaban por toda la superficie de la carcasa metálica como las luces navideñas humanas parpadeantes —una tradición que disfrutaba bastante en el planeta de origen de estos. Como segundo al mando de la nave estelar *Starlight*, formaba parte de una tripulación ultrasecreta responsable de mantener la Tierra protegida de la amenaza de invasión Reptil, enviada en misión hace cinco años por el Consejo Interespecies que muchos planetas habían formado contra la amenaza Reptiliana.

Afortunadamente, los Hexonianos eran lo suficientemente parecidos a los seres humanos como para pasar por uno de ellos a simple vista, por lo que él y la tripulación habían disfrutado de permisos en la superficie del planeta para desahogarse de vez en

cuando, y Striker había descubierto que le gustaba la compañía de las mujeres humanas. Varias de ellas. A diferencia de su comandante —ahora ex-Comandante Jo'Aquin, quien parecía haber encontrado al amor de su vida en circunstancias casi sumamente inusuales e imposibles.

Después de atravesar un agujero de gusano, él y Lauren habían salvado a Florn de la ocupación Reptil sin ayuda de nadie. Había navegado el *Starlight* a través de un diminuto agujero de gusano después de recibir una oscura comunicación de emergencia de Jo'Aquin. Habían aterrizado esperando —bueno, lo peor— solo para encontrar a los nativos, aunque en gran parte confundidos, liberados del hechizo con el que los Reptiles de alguna manera lograban infectarlos y controlarlos —y contraatacando.

El hallazgo fue revolucionario. Nunca antes en la historia de la ocupación Reptil se había liberado a un solo esclavo mental, y mucho menos a un planeta entero. Todo gracias a la pequeña humana de Jo'Aquin. Todavía estaba asombrado. Era la primera esperanza que alguien había tenido en todos los años de ocupación Reptil. Los planetas invadidos por los Reptiles *nunca* se liberaban. Simplemente morían.

Hasta Florn.

Después de enamorarse de su mujer humana, Lauren, Jo'Aquin había ascendido a Striker al mando del *Starlight*, ya que Lauren no podía abandonar el planeta. Ella había sacrificado la posibilidad de marcharse por el bien de todos en Florn. Era una auténtica heroína, y también una Reina. Había sido cambiada irrevocablemente y ahora estaba de alguna manera en simbiosis con el planeta.

Aunque a Striker le encantaban las mujeres —mucho, si se tenía en cuenta su historial—, renunciar a todo por una sola era demasiado serio para su gusto.

No podía imaginarse pasar más de una noche con ese tipo de intimidad. Un poco de diversión entre dos adultos que consentían era todo lo que buscaba. La guerra entre los Reptiles y el resto de las galaxias conocidas había acortado demasiadas vidas como para que él buscara algo más.

Lo había visto de primera mano. Muchos camaradas habían perdido la vida prematuramente. La lección era aprovechar al máximo la diversión en el tiempo que tuvieras porque nunca sabías cuándo te tocaría a ti. Vida vivida. Diversión disfrutada. Y eso era todo.

Se alegraba de haberse divertido. La primera acción de Striker en su nuevo rol como comandante fue emprender esta misión de rescate con solo una pequeña posibilidad de éxito. No era la perspectiva más positiva que le hubiera gustado tener, pero era vitalmente necesaria para la esperanza de todo el universo conocido. Sabiendo eso, se alegraba de que vigilar la Tierra también hubiera tenido sus momentos agradables.

Una de sus estancias en el planeta había sido en la capital, Nueva York, donde había presenciado la temporada que los Terrestres llamaban "Navidad", además de disfrutar de una agradable pelirroja que también estaba celebrando en ese momento. Le habían encantado las decoraciones, la nieve y el enorme árbol en la plaza del centro de la ciudad que había sido decorado como una especie de exhibición, lo suficientemente brillante como para iluminar una pista de aterrizaje para que el *Starlight* pudiera posarse.

Muy similar a las chispas centelleantes que iluminaban el exterior de su Astronave. Solo que no tan mortales.

La Astronave se sacudió, y él agarró el control con más fuerza, volviendo sus pensamientos al momento. Vibraba lo suficiente como para enviar ondas de choque a través de su cuerpo. Por mucho que agarrara el mando de control, la Astronave tenía que mantener el mismo curso pronunciado que cualquier meteorito quemándose al entrar para que pareciera realista; de lo contrario, corría el riesgo de ser derribado desde los cielos.

Se limpió un hilo de sudor de la sien y volvió a comprobar las lecturas en el panel frente a él. La altitud era alta, la trayectoria pronunciada, y estaba a punto de atravesar el nivel superior de nubes.

Se deslizó a través de la bruma, las chispas y el calor, entrando en la enrarecida corriente de partículas más densas que dejó su

estómago atrás cuando la Astronave se tambaleó hacia abajo, atrapada en una violenta brisa.

La nave rodó y él luchó por corregir su rumbo. Una inclinación del morro lo envió en picado hacia la superficie. Para que el efecto fuera realista, giró en una espiral cerrada, luchando contra el impulso de vomitar el desayuno. La consola destellaba con luces rojas, y un pitido molesto sonaba en algún lugar detrás de su cabeza.

Espesos árboles verde-azulados se alzaron rápidamente en la línea del horizonte. Luchó contra la atracción de la gravedad todo lo que pudo antes de sacar la nave de la espiral con todas sus fuerzas. El morro se elevó, y el cuerpo de la nave se deslizó en una trayectoria horizontal estable, con el vientre raspando las puntas de los árboles más altos.

Striker pulsó rápidamente varios botones. Las luces parpadearon en verde, indicando el bloqueo del rastreo de la cápsula. Ahora todo lo que tenía que hacer era mantenerse lo suficientemente bajo para no ser detectado e intentar encontrar la cápsula —dondequiera que estuviera.

Una vez había visto un vídeo del Calisto histórico. Había sido una metrópolis próspera. Una vez. Antes de la invasión. Vastas ciudades, pueblos, tecnología. La gente aquí era de la más alta inteligencia. Avanzada.

Pero ahora no.

Ahora, los árboles habían crecido sobre lo que había debajo y habían reclamado el planeta. La civilización se había perdido. Eso era lo que los Reptiles le hacían a un planeta. Lo violaban, saqueaban y destruían hasta que no quedaba nada de la gente que una vez prosperó en su superficie.

Striker sacó sus pensamientos de esa espiral interminable y se concentró en la vista frente a él. Preguntarse por la insensatez de la ocupación Reptiliana nunca lo llevaba a ninguna parte. Se dirigió hacia una línea dentada. A medida que se acercaba, podía ver claramente dónde se había estrellado la cápsula.

Ramas cortadas, copas de árboles en ángulos antinaturales, madera rosa desnuda astillándose a través de la corteza áspera, estallidos de fuego salpicaban aquí y allá. A través de la cicatriz

irregular, Striker pudo ver la tierra azul profundo muy por debajo. No había sido un aterrizaje suave, y solo podía esperar que quien estuviera dentro hubiera sobrevivido.

Striker disminuyó la velocidad de la nave y orientó la dirección para seguir el camino que se estrechaba y penetraba más profundamente en la superficie. Estallidos de fuego trazaban los bordes del camino. Humo negro se elevaba en espiral desde las llamas ardientes.

Allí, medio enterrada bajo la tierra húmeda, la superficie de la cápsula plateada en forma de proyectil danzaba y brillaba con el fuego circundante. Los lados estaban severamente raspados y abollados. Un gran desgarró rasgaba un lado, con el metal retorcido y desgarrado.

Esta podría ser una misión fallida después de todo. Aunque había una alta probabilidad de que quien estuviera allí dentro no hubiera sobrevivido, necesitaba bajar y comprobarlo. Y rápido.

Una destrucción como esta no habría pasado desapercibida para los Reptiles. Seguramente estarían de camino, especialmente porque contenía a un humano que estaban tan ansiosos por conseguir. Un humano que podrían utilizar como herramienta para esclavizar mentalmente a la Tierra.

Striker hizo girar la nave. No había ningún lugar para aterrizar excepto en el camino de destrucción que la cápsula había tomado a través de los árboles. El follaje era demasiado espeso. Trabajó delicadamente los controles, rozando las alas con ramas descarriadas solo unas pocas veces en el descenso.

Apagó rápidamente los motores antes de que fuera seguro levantar la puerta de la cabina de plasticristal. Aire lleno de hollín, teñido con el olor acre de árboles húmedos y quemados asaltó sus fosas nasales.

Tosiendo cuando el humo golpeó la parte posterior de su garganta, se desabrochó y se deslizó por el costado de la Astronave, utilizando las estrechas hendiduras moldeadas en la carcasa justamente para este propósito.

El suelo crujía bajo sus pies. Tropezó sobre la tierra removida, adaptándose a la gravedad del planeta, sin haberse recuperado aún

del viaje que había derretido sus músculos hasta la superficie. Sin embargo, eso no importaba. El pobre alma que estaba capturada en la cápsula seguramente estaría en mucho peor estado.

Que los Reptiles hubieran enviado la cápsula al planeta y arriesgado la vida que contenía en tales circunstancias también era muy revelador. No había duda de que el individuo era muy importante para ellos, y por lo tanto muy importante para Striker.

Existía una alta posibilidad de que el humano fuera una mujer. Los Reptiles preferían secuestrar especies más débiles que ellos, pero conociendo a las mujeres humanas, también sabía que no eran tan débiles como los Reptiles podrían pensar. Eran fuertes. Fuertes y hermosas, si su tiempo en la superficie del planeta servía de algo.

Solo pensar que una de esas hermosas criaturas estaba atrapada dentro de ese maldito ataúd era suficiente para hacerle querer arrancar la cabeza a cada Reptil que pudiera encontrar. Pero eso solo sería contraproducente para la misión.

Manteniendo un ojo vigilante en las profundas sombras del bosque, corrió hacia la cápsula, pero cuando alcanzó la cima del terreno aún caliente, se detuvo en seco. La tapa había sido arrancada, revelando el interior opaco. Ataduras vacías colgaban sobre el borde. El óxido rodeaba el exterior. Espera, eso no era óxido. Una huella de mano ensangrentada estaba manchada en el costado.

¡Quien estaba ahí dentro estaba herido! Gravemente, si la cantidad de sangre era una indicación.

Pero, ¿dónde?

Striker giró, su mirada saltando de un lado a otro. Hoyos y tierra removida indicaban dónde alguien había luchado por subir el lado del cráter. Hubo un suave ruido detrás de él. Se dio la vuelta. Un golpe que le partió el cráneo en la parte posterior de la cabeza. Un dolor blanco y ardiente atravesó la parte superior de su cráneo.

Después, nada.



Capítulo Dos

Tierra húmeda cubría su lengua. Striker inhaló e inmediatamente se atragantó cuando las partículas recubrieron la parte posterior de su garganta. Echó la cabeza hacia atrás para encontrar el extremo duro de su phaser clavado en su nuca.

—Quédate quieto —siseó una voz femenina en su oído.

Inclinó la cabeza lo justo para ver unos ojos azules destellantes antes de que el phaser le golpeará el cráneo y su cara se hundiera de nuevo en la tierra. Fue suficiente para ver que aún estaba en el borde del cráter que la cápsula había creado al estrellarse. Intentó moverse, pero tenía las manos atadas a la espalda. Probó las ataduras que le cortaban las muñecas; lo suficientemente apretadas para mantenerlo inmovilizado sin causarle daño corporal. Aunque la mujer tenía habilidades, no conocía el peligro en el que se encontraban.

Striker escupió la tierra.

—Debemos movernos.

—No iremos a ninguna parte hasta que me digas quién eres y dónde demonios estoy.

La mujer no se andaba con rodeos. Eso era bueno porque no había tiempo para calmar sensibilidades delicadas. Ya habría tiempo

para lidiar con el shock más tarde.

—Los Reptiles, los que te secuestraron, vendrán pronto a recogerte. Desátame y te ayudaré a escapar.

Una risa gutural sonó detrás de su cabeza.

—Buen intento, pero me cuesta mucho confiar en la gente por naturaleza, y confío en ti más o menos lo que puedo lanzarte, que no es muy lejos, por cierto. ¿Qué te daba tu madre de desayuno, cemento?

Quizá había intentado moverlo a una posición más protegida pero no había podido desplazar su cuerpo inconsciente. Una cosa que sabía de sus visitas a la Tierra era que los Hexonianos eran una raza más grande. No lo suficiente como para destacar en un mar de gente, pero sí lo suficiente como para llamar la atención. Había tenido que encoger los hombros y agacharse para no sobresalir tanto.

—Mira mi cara. Verás que te estoy diciendo la verdad. Rápido. El tiempo es esencial —no sabía cuánto tiempo había estado inconsciente, pero estaban viviendo de prestado. Además de ser un blanco fácil.

Hubo un momento de silencio antes de que la oyera exhalar profundamente.

—Más te vale no estar contándome mentiras, colega. Has tenido tu oportunidad. Solo una. Disfrútala. Si me das algún problema, será lo último que hagas. Jamás. ¿Entiendes?

La rodilla que tenía en medio de la espalda se levantó, al igual que el agradable peso de ella, y quedó libre. Miró cautelosamente por encima del hombro. La mujer se había colocado justo lo suficientemente lejos como para que no pudiera atacarla con las piernas, en caso de que fuera un hombre de esa clase. Mujer inteligente.

Su mirada bajó hasta su phaser, ahora apuntándole, sostenido con una calma engañosamente relajada. El hecho de que no estuviera temblando o estrangulando la empuñadura le decía mucho. Esta mujer conocía las armas.

Rodó sobre su espalda, teniendo cuidado de mantener sus movimientos lentos y suaves hasta que pudo verla completamente.

Pies firmemente separados, equilibrada, pero lista para moverse. Rodillas ligeramente dobladas, caderas sueltas, brazos relajados, hombros rectos, mirada penetrante.

No era una mujer ordinaria.

El hecho de que no fuera un desastre debería haber sido suficiente para alertarlo. No había apartado su atención de él ni un momento, teniendo en cuenta lo perturbadora que debía ser esta situación para ella. Había un aire de seguridad en ella que le decía que podía cuidar de sí misma.

—Eres de las fuerzas del orden.

Una media sonrisa elevó su boca, y fue entonces cuando notó lo llenos y carnosos que eran sus labios, muy besables. Del color de la fruta rubí. Una de sus favoritas de Hexonia.

—No exactamente. Ahora dime la verdad. ¿De dónde has salido y dónde estamos?

Tal vez era algo más que una simple agente de la ley. ¿Qué era exactamente? Su mirada lo atravesaba con aguda inteligencia. Sus ojos eran del color de un glaciar terrestre, y igual de fríos. Quería ver cómo se verían con un poco de calor. ¿También se derretiría ese exterior duro? Apartó el pensamiento. Definitivamente ahora no era el momento de pensar en nada más que en el peligro inmediato en el que se encontraban. Si ella sentía la más mínima amenaza de su parte en este momento, dispararía, y entonces estaría a merced de los Reptiles sin su ayuda.

—Responderé a todas tus preguntas, pero ahora estamos en peligro inmediato. Tienes que confiar en mí. Estoy aquí para rescatarte.

Esta vez, una ceja delgada se arqueó mientras su expresión se mantenía impasible.

—Lo estás haciendo de maravilla.

Striker hizo una mueca.

—Mira, te lo contaré todo. Cualquier cosa que quieras saber, pero realmente estamos en peligro. Los Reptiles están viniendo...

—Ah, esos temibles Reptiles otra vez...

—Sí... te secuestraron. Te pusieron en una cápsula...

—¿Esa cosa como un ataúd de ahí?

—Sí... no conozco su intención exacta, pero no es nada bueno.

—¿Qué, van a atarme a una mesa y hacerme cosas terribles que pueden incluir experimentos médicos y sondas anales?

Hizo una pausa pero continuó.

—Probablemente no las sondas anales, pero no será agradable. Tú... podrías ser la respuesta que hemos estado buscando.

Esta vez, ambas cejas se elevaron muy alto en su frente. Tenía una expresión bastante adorable para alguien claramente no impresionada.

—*Tú* me has estado buscando a *mí*?

Lo estaba diciendo todo mal, lo sabía, pero no era como si tuviera el lujo de tiempo para pensar previamente un argumento más impresionante.

—No a ti exactamente... a alguien como tú. Te cogieron por una razón. No puedes caer en sus manos...

—Garras, querrás decir —dijo ella.

Striker frunció el ceño. La expresión en su cara le dijo que estaba jugando con él de una manera que no entendía completamente.

—¿Perdón?

—La palabra "mano" implicaría que son humanos o que tienen algún tipo de características humanas como mínimo. Pero me has dicho que son Reptilianos. Así que tendrían garras. Y escamas... —apretó esos labios jugosos y se dio golpecitos con el dedo en ellos por un momento—. También serían de sangre fría y tendrían dobles párpados. ¿Detectan el movimiento con la lengua?

Striker apretó los labios en una línea tensa mientras exhalaba.

—Te estoy diciendo la verdad.

—Ajá. Y yo estoy atrapada en un episodio alucinante de Expediente X debido a una conmoción cerebral —dijo.

Striker hizo una pausa.

—¿Expediente X?

Hubo un silencio cargado.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Nunca has oído hablar de Expediente X?

Negó con la cabeza y se esforzó por sentarse. No era una tarea fácil de realizar con las manos expertamente atadas a la espalda.

—¿No puedes escuchar razones, mujer?

No pretendía perder los estribos, pero el tiempo se acababa. Escudriñó las sombras entre los árboles, buscando cualquier movimiento, esperando ser descubierto en cualquier momento.

—¿Mujer? Escucharé razones cuando empieces a decirme la verdad.

Su rostro se endureció, pero se arriesgó a echar un vistazo rápido y nervioso hacia un lado, la primera reacción subconsciente que le dijo que no estaba tan calmada como había pensado inicialmente. No podía culparla si lo estaba. Recordaba su primera batalla con los Reptiles como si fuera ayer. El trauma emocional de ese tipo tendía a marcar indeleblemente la mente.

—Si pudiera mostrarte mi Starjet, todo empezaría a tener sentido. Te lo prometo —dijo. Su cabeza palpitaba al ritmo de su corazón. Realmente ella sabía cómo inmovilizar a un hombre. Con suerte, el Starjet estaría equipado con ayuda médica y podría ocuparse de ese pequeño problema.

La mujer se tensó.

—¿Tienes un jet?

—Sí.

Sus ojos se endurecieron.

—No veo ningún jet por aquí cerca. ¿Dónde lo aterrizaste?

—Al otro lado de la pendiente. No había espacio para aterrizarlo justo aquí —indicó detrás de ella con un movimiento de barbilla. Si ella veía el Starjet, que claramente no era nada que se encontrara en la Tierra, al menos le escucharía. Mejor aún, podría meterla dentro y largarse de este planeta ocupado antes de que los encontraran—. Tiene capacidades de aterrizaje vertical —añadió cuando sus ojos se estrecharon con aún más desconfianza.

Volvió a agarrar la empuñadura del phaser mientras lo consideraba por un momento.

—Si me estás mintiendo, lo lamentarás. Mi paciencia tiene una correa muy corta en este momento.

—Nunca te mentaría —para su sorpresa, lo decía en serio. Nunca le mentaría a esta mujer. Había algo en ella, incluso bajo circunstancias tan estresantes, que le fascinaba. Como una palabra en la punta de

la lengua o un sueño justo fuera de alcance al despertar, sabía que había algo "más" en ella—. Mentirte sería faltarte al respeto.

Ella entrecerró los ojos.

—Vaaale.

Lo miró durante un segundo, y él vio el momento en que surgió la confianza. Metió la mano en un bolsillo de su chaleco, uno de muchos que ahora notaba, y sacó una pequeña daga. Tal vez había malinterpretado lo de la confianza.

—Eh, lo digo en serio —intentó no retroceder cuando ella se acercó.

—Lo sé. Te voy a dejar que me enseñes tu... jet —se inclinó y con un movimiento practicado cortó las ataduras de sus tobillos. Vaya, no había notado que también le había atado los tobillos.

—Gracias. ¿Crees que podrías...? —se giró a medias para mover los dedos.

—Ni en sueños, colega. Ahora, levántate —enganchó una mano firme bajo su brazo y lo levantó con una fuerza que desmentía su estatura. Debía tener buenos músculos para poder hacer eso. Se deslizó detrás de él, presionó el phaser en la parte baja de su espalda y empujó su hombro, indicándole que se moviera—. Vale, guíame, Señor Starjet.

Tropezó con piedras sueltas mientras la sangre volvía a sus pies. Ella se mantuvo lo suficientemente cerca de su espalda, lo justo para mantenerlo bajo control pero no tanto como para dejar que le causara daño. Claramente era una profesional de algún tipo.

—Tienes buen golpe.

—¿Golpe?

—Mi cabeza. Nadie me ha dejado fuera de combate así en mucho tiempo —si pudiera hablar con ella, intentar que lo conociera, podría desarrollar ese fino hilo de confianza. Con suerte lo suficiente como para meterla en el jet y salir del planeta sin demasiados problemas.

El sonido de una risa gutural se deslizó a través de él como seda.

—¿Tienes la costumbre de dejar que la gente te deje inconsciente?

—No muy a menudo. Tuviste suerte —había algunas cosas que su orgullo masculino debía proteger, aunque si era honesto, solo quería volver a oír esa risa suya.

No le decepcionó, el sonido se deslizó a través de él como seda.

—No seas tan duro contigo mismo. Soy particularmente buena en mi trabajo.

Sus pies crujieron sobre la grava suelta. La cápsula había abierto un camino accidentado, eso seguro. Las manchas de llamas en las ramas cercanas se habían extinguido, dejando solo delgados rastros de humo que se desvanecían en el aire. Afortunadamente, el jet no estaba muy lejos.

—Entonces eres médico.

—¿Médico?

—Sí. Un médico sabría el lugar perfecto para dejar a alguien inconsciente.

—Digamos que mi vida habría sido mucho más fácil si me hubiera convertido en médico.

Casi habían llegado a la cima de la pendiente. Mantenía un ojo vigilante, pero aparte de hojas chamuscadas y ramas rotas, no había nada. Ningún movimiento. Ningún chasquido de Reptiles hablando entre ellos. Sin embargo, la inquietud se deslizó a través de él.

—Una boxeadora, entonces.

—Digamos que eso es parte de mi repertorio.

El bosque estaba quieto. Demasiado quieto. Avanzó con cuidado, pero mantuvo un ritmo rápido. Cuanto más rápido llegaran al jet, más rápido podría salir disparado de este planeta.

—Entonces me estoy acercando.

—Ni de lejos.

Un último paso, y la parte superior del jet se hizo visible.

Y los diez Reptiles que caminaban por encima de él.

Detrás de él, la mujer jadeó, luego más rápido de lo que pudo pensar, dio un paso al lado y disparó a un Reptil directamente en el centro de su cabeza con su phaser. La parte superior del cráneo de la criatura esparció vísceras verdes en el aire antes de desplomarse, sin vida, con un golpe seco encima de su Starjet. Striker hizo una mueca. La sangre de Reptil era notoriamente difícil de limpiar. Aunque ahora, esa era la menor de sus preocupaciones.

Hubo una pausa antes de que nueve pares de brillantes ojos amarillos parpadearan en su dirección. La mujer disparó a otra

criatura. Cayó. Rápida como un rayo, disparó a otra. Se deslizó por el costado, sin vida, su puntería acertada cada vez.

Los Reptiles contraatacaron como uno solo, levantando sus armas y lanzando una ráfaga de fuego en su dirección. *Frek*. Iba a conseguir que los mataran.

Striker embistió con el hombro a la mujer con suficiente fuerza para enviarla volando hacia la línea de árboles. Montones de tierra se esparcieron sobre ellos. Afortunadamente, no eran tan buenos tiradores como ella.

Se lanzó tras ella, ignorando su expresión sorprendida antes de gritar:

—Ahora sí que la has hecho buena. ¡Corre! ¡Corre por tu vida!



Capítulo Tres

Avanzaba tambaleándose por el denso bosque. Las ramas enganchaban su ropa, arañaban su piel, tiraban de su pelo. Su corazón latía con fuerza, la sangre corría por sus venas. Pero no se detuvo.

No cuando aquellos... monstruos... les perseguían.

Monstruos. No se le ocurría otro nombre para ellos. Era, sin duda, una descripción perfecta. Como iguanas gigantes que caminaban erguidas. Escamas gris-verdosas, fauces abiertas, rendijas por orificios nasales y los ojos amarillos más fríos que jamás había visto. Además, vestían de forma obscena uniformes mal ajustados a su forma. Por suerte, sus gruesas y torpes botas alertaban de su presencia. O quizás eran sus pesadas colas que se agitaban de lado a lado cuando se movían. Fuera lo que fuese, Vivien estaba agradecida. En su pánico, apenas estaba utilizando el intenso entrenamiento de sigilo que le habían inculcado durante años. Eso había huido junto con su cordura.

Al igual que el hecho de que debería haberse mantenido oculta y haberlos eliminado uno por uno sin ser vista. Una asesina silenciosa. Después de todo, esa era su especialidad. Su talento.

Todo había desaparecido ante lo que había visto, porque esos monstruos no habían estado en ninguna operación que hubiera experimentado antes. Y había visto su buena cantidad de cosas extrañas.

Esto encabezaba la lista.

Despertar en aquel ataúd de acero, atada hasta casi no poder moverse, desorientada y dolorida, solo para escapar, lo que no fue nada fácil cuando un dolor de cabeza amenazaba con explotar a través de la parte superior de su cráneo, y encontrarse cara a cara con un completo desconocido que parecía lo bastante humano, pero cuando se acercó y vio cómo su piel brillaba con un resplandor dorado inhumano, tomó la ofensiva y lo dejó inconsciente. Siempre era mejor desatar a alguien después que lidiar con ellos sueltos. Especialmente cuando necesitabas respuestas.

Respuestas que seguían siendo elusivas, aunque él le había contado un montón de información, o desinformación. Estaba claro que estaba colocado, o simplemente loco, cuando mencionó un avión, pero esa había sido su carta para salir de aquí, así que dejó que la guiara hasta él, dondequiera que estuviera "aquí".

Nunca había visto un bosque como este. Ni siquiera en las partes más remotas del mundo donde a menudo era desplegada. Las hojas eran de un verde azulado para empezar, al igual que los troncos de los enormes árboles que los rodeaban. Los vistazos de cielo que captaba a través de la espesa maleza eran de un gris helado. El color de un cielo de pleno invierno justo antes de una tormenta, cuando está salvaje y lleno de agua. El aire era frío pero más enrarecido, como si estuviera a gran altitud. Era bastante posible que lo estuviera por lo que sabía.

Jadeó tratando de introducir dicho aire enrarecido en sus pulmones. Su corazón aleteaba, bombeando sangre demasiado delgada. Intentó respirar profundamente, pero sus pulmones se fusionaron. Parpadeó para alejar las manchas negras que bordeaban su visión. Definitivamente no era el momento de desmayarse.

Un hombro grande presionó contra su costado, empujándola hacia la espesa maleza. Casi había olvidado al hombre loco. Striker, había dicho que se llamaba. Se volvió para verlo indicar una dirección con

una inclinación de cabeza, lo que tuvo que hacer ya que sus manos seguían atadas a la espalda. Al menos tenía esa pequeña garantía.

—Ahí abajo. Rápido.

"Ahí abajo" parecía una buena idea. Para ser un hombre loco, era perspicaz. Se dejó caer de rodillas y se arrastró a través de las hojas húmedas y podridas para deslizarse bajo una rama densamente tupida. Se arrastró a través y entró en un espacio natural entre las ramas.

Striker la siguió, pero tuvo dificultades debido a sus manos atadas a la espalda. Los encontrarían si no lograba meterse. Ella se preparó y tiró de él lo mejor que pudo. Él se retorció y rodó hasta ponerse de rodillas. Su gran cuerpo llenaba el pequeño espacio. Su rostro solo le llegaba a un pecho que parecía extenderse por kilómetros.

Un aroma masculino e intenso invadió sus fosas nasales, mezclándose con la humedad de la maleza. Su corazón alteró el ritmo, tropezando y saltándose latidos como si no pudiera decidir si latir con fuerza en su pecho porque estaba sin aliento o por otra razón más increíble. Tal vez había perdido la cabeza y esto era una completa fantasía. El estrés de su trabajo finalmente la había afectado.

Habían dicho que eso podría ocurrir dados los acontecimientos recientes.

—Estate quieta. Están cerca.

—¡Aléjate de mí!

Necesitaba pensar. Necesitaba espacio. De repente, el pequeño espacio era demasiado asfixiante. Demasiado pequeño. Puso las manos contra él y lo empujó. Ni siquiera se movió.

Se inclinó hacia ella, la rugosa corteza del tronco arañando su espalda a través de la ropa. —Nos sentirán si no te quedas quieta.

El terror giraba por su cerebro como una sierra circular. No podía controlar su mente. Cada pensamiento cortaba un borde irregular, dejando heridas negras y oscuras que se llenaban de pavor líquido. No podía respirar. No podía pensar. Necesitaba salir de allí. Necesitaba espacio.

Necesitaba la llanura de Nullarbor. Allí es donde había estado antes de despertar siendo sacudida en total oscuridad en una lata

sofocantemente caliente. Quería el espacio abierto y amplio. El cielo nocturno interminable con estrellas tan brillantes que sabía que tenía que haber otros mundos ahí fuera solo por pura cantidad.

Entonces...

Entonces...

Un gemido involuntario salió de su estómago. Sabía que debía estar callada. El hombre murmuraba en su oído, diciéndole que los encontrarían. Estaban en peligro, pero no podía dejar de moverse. No podía detener ese *sonido* que salía de ella. Nunca había hecho ese sonido antes. Ni siquiera cuando había estado atada a esa silla y torturada durante horas.

Pero eso no era *aquí*.

Aquí, donde los árboles eran azules y los monstruos la perseguían.

Una boca cálida y ardiente se aplastó contra la suya. Una lengua suave se introdujo en su boca, barriendo su interior con un empuje dominante. Al principio estaba tan sorprendida que se puso rígida y dejó que la boca se moviera contra la suya, deslizándose, acariciando, provocando antes de que un profundo estremecimiento la recorriera y se anclara a la fisión de calor que se deslizaba a través de ella.

Inclinó un poco la cabeza y fue recompensada con un barrido más profundo y lánguido de su lengua, la sensación absolutamente deliciosa. Los hormigueos corrieron desde su boca hasta algún lugar profundo en su interior. Una parte de ella que nunca supo que existía. Extendió las manos sobre su pecho, deslizándolas hacia arriba hasta que encontró la curva del músculo y agarró sus hombros.

Su gran cuerpo llenaba sus sentidos, la dura longitud de él presionada contra ella desde la rodilla hasta el pecho. Sus senos estaban aplastados contra su pecho, doloridos y sensibles. Arqueó la espalda, la fricción haciendo que sus pezones se endurecieran y anhelaran ser tocados.

Sus labios eran suaves pero firmes. Calientes y húmedos. Tiernos e inflexibles. Sabía a pecado. Besaba como si hubiera nacido para hacerlo, y por Dios que ella respondió. Nunca antes había aceptado un beso con tanta facilidad en su vida. Nunca antes se había dejado

llevar tanto por la embriagadora y pura sensación de un beso. Inhaló por las fosas nasales, llenando sus pulmones con ese picante aroma masculino que invadía sus sentidos y borraba de su mente cualquier cosa que no fuera pura reacción.

Su boca se deslizó de la de ella, trazando un camino ardiente a lo largo de su mandíbula para anidarse en ese lugar sensible donde su cuello se encontraba con su hombro. Se estremeció cuando él presionó un beso con la boca abierta allí, luego lamió un camino hasta su lóbulo de la oreja.

Lo rozó con la lengua antes de que sus labios se cerraran alrededor de la tierna carne. Su aliento salió de su nariz, arremolinándose en su oído mientras la acariciaba. Ella inclinó la cabeza para darle acceso más fácil, cerrando los ojos para perderse en la cálida oscuridad que encontró allí.

—Eso es. Buena chica. Tranquila ahora —susurró su voz profunda en su oído.

Sus ojos se abrieron de golpe, y regresó a sus sentidos.

Dios. Mío.

Él había tenido que recurrir a besarla porque prácticamente había perdido el control. Se suponía que era una profesional. Eso *nunca* ocurría. Perder el control significaba perder la vida. Se puso rígida contra él, volviendo en sí. Básicamente la había atrapado, acorralada entre el tronco del árbol y su gran cuerpo. Sus manos en sus hombros, su cuello abierto y vulnerable. Su pecho estaba fuertemente presionado contra el suyo.

Se movió experimentalmente. Ni siquiera se inmutó. No podía mover los brazos. Estaban inmovilizados a ambos lados de sus hombros. Sus muslos apretados contra los de ella.

—Quítate de encima —susurró.

Él acarició su cuello, deslizando esos labios tan suaves hacia abajo y hacia arriba por su sensible piel para enredarse con su lóbulo. — Están cerca. Necesitamos estar callados.

Intentó reprimir un escalofrío que la recorrió, pero fracasó. Su cara se calentó. Esto era insostenible. —No necesitas besarme para estar callado.

Pasó la punta de la lengua por el contorno de su oreja. Casi gimió. Tal como estaba, sus párpados revolotearon cerrados en respuesta. Los volvió a abrir de golpe. ¿Quién hubiera pensado que le gustaban las caricias en las orejas? Nunca le había pasado antes, o tal vez nunca había dejado que nadie se acercara lo suficiente como para lamerle la oreja.

—Pero es mucho más agradable, ¿no crees?

Se puso rígida, empujándose contra él, pero simplemente presionó un poco más firmemente contra ella, usando su peso corporal, deteniendo sus movimientos de manera bastante efectiva. Extendió los dedos en la parte posterior de su cabeza, los enredó en su pelo y tiró. Fuerte.

Con un gruñido, él se echó hacia atrás lo suficiente para que ella pudiera mirarlo. De cerca, su piel brillaba como millones de diamantes sin cortar. Pequeños destellos dorados y plateados resplandecían, como el rocío de la mañana captando la luz del sol invernal. Había pensado que era hermoso, pero tan de cerca era absolutamente impresionante. Clásico rubio, surfista californiano, características perfectamente simétricas dignas de una estrella de Hollywood. Ojos azul marino profundos. Lo único que podría ser imperfecto en él eran las finas líneas que se extendían desde los bordes de sus ojos. Pero eso solo lo hacía más sexy, de esa manera que denotaba experiencia de vida y le decía que se reía a menudo.

Su mirada bajó a sus labios, que seguían húmedos por su beso y ligeramente hinchados. Sin duda, igual que los suyos. Se curvaron hacia arriba en una sonrisa arrogante que captó antes de detenerse a sí misma de devolverla.

—Quítate de encima.

Esos ojos risueños se volvieron serios. —Si no cubro tu ropa, nos verán.

Miró hacia abajo a sí misma. Vestía un uniforme de campaña desértica, con manchas marrones y tostadas en directo contraste con la flora. Por primera vez, notó lo que él llevaba. Una especie de uniforme azul marino que se mezclaba perfectamente con las sombras. Maldijo por lo bajo. No se había dado cuenta de cuánto destacaba, y se recriminó por ello. Error de principiante. Odiaba

admitir que tenía razón. Destacaba como un pulgar dolorido en este entorno.

Además, había perdido el control. No solo un poco. Había perdido el control lo suficiente como para ser encontrada, poniendo en peligro la vida de ambos.

Asintió a regañadientes en agradecimiento. —Ya tengo el control. Puedes soltarme.

No se movió ni un centímetro. Volvió a mirar su cara, evaluando su estado de ánimo. —¿Estás segura?

—Perfectamente. —Había recuperado el control, más que avergonzada por haber permitido que llegara tan lejos. Era una profesional entrenada. No debería haber dejado que las cosas llegaran tan lejos.

—¿Me desatarás si lo hago?

Sus brazos debían estar doloridos a estas alturas, después de esa carrera y de estar atado durante tanto tiempo. Sin embargo, no parecía que le molestara en absoluto. Ella tampoco lo habría demostrado. Su mirada recorrió de nuevo su forma, fijándose en la posición de sus hombros, la calidad de su uniforme. La insignia de aspecto oficial que reconoció como algún tipo de militar. Tenía suficientes adornos y oro reluciente para indicar algún tipo de rango.

—¿Capitán?

Sus labios se torcieron de una manera autodespreciativa que ella no entendió antes de relajarse en una sonrisa suave que era totalmente demasiado sexy. —Comandante Striker Diemos, en realidad. Pero solo desde hace unas horas.

La sorpresa la invadió. —*Comandante Striker*, ¿eh? ¿Envían a sus... sea cual sea el ejército al que pertenecéis... oficiales al mando al campo?

—Consejo Interespecies. Y esto es bajo circunstancias bastante... atenuantes... me temo —dijo.

—¿Atenuantes?

—Te explicaré todo, pero primero.

Se giró un poco, lo suficiente para permitirle ver sus dedos moviéndose, que tenían un alarmante tono dorado más profundo que el resto de su piel. Normalmente no sería algo que consideraría.

Solo los tontos desataban a sus prisioneros de guerra a menos que fuera completamente seguro hacerlo. Él no solo la había salvado una vez, sino dos, si contaba haberla empujado al suelo cuando vio a esos monstruos encima de su extraño avión. Si hubiera querido entregarla, podría haberlo hecho numerosas veces, si no entonces, durante su carrera por el bosque.

Todavía podía ser una amenaza a otro nivel que no podía determinar en este momento, pero ahora mismo necesitaba un aliado, algo que hasta ahora había demostrado ser. No significaba que tuviera que bajar la guardia, y no significaba que no pudiera deshacerse de él más tarde si era necesario. Una cosa era segura, podía cuidarse sola, y lo había hecho numerosas veces antes.

Asintió, y después de un momento él se echó hacia atrás, dándole espacio para recuperar la navaja de bolsillo que guardaba en su cinturón utilitario. —Date la vuelta.

Una esquina de su boca se elevó. —¿No me apuñalarás por la espalda?

Hizo una pausa justo antes de cortar las ataduras. —Estarás a salvo si mantienes tus besos para ti mismo.



Capítulo Cuatro

Ella cortó sus ataduras con una eficiencia que le indicó que sabía manejar bien una hoja, después guardó el pequeño cuchillo en su cinturón. Él se frotó distraídamente las muñecas, aliviado de poder mover los brazos nuevamente. Al menos ahora, si los descubrían, podría luchar y ayudar a protegerla. Mucho mejor combatir con los puños que con besos.

Demonios, la había besado y ni siquiera sabía su nombre. Aunque el beso fue espectacular, no tenía ni idea de por qué lo había hecho. Una petición simple y lógica habría sido suficiente para ayudarla a superar ese pánico. Ella tenía la inteligencia y el ingenio para que eso bastara para hacerla reaccionar. Tenía que pertenecer a algún tipo de cuerpo policial, así que una orden concisa habría funcionado.

Unas pisadas pesadas retumbaron cerca, seguidas por los clics y chasquidos enfurecidos del lenguaje sibilante de los Reptiles. Él empujó a la mujer al suelo y la cubrió con su cuerpo, camuflándola eficazmente, esperaba, con su uniforme.

—¿Qué estás...?

—Reptiles —siseó en su oído.

Su cuerpo se tensó debajo de él, pero su brusca inhalación le indicó que comprendía el peligro inmediato. Como si fuera una

señal, dos pares de torpes botas reptilianas irrumpieron entre la maleza justo frente a sus caras. Sus colas abrían un surco en las hojas húmedas a su paso. Si intentaban ser sigilosos, lo estaban haciendo muy mal. Aunque, bien pensado, los Reptiles no eran conocidos por su sigilo. Por su astucia y crueldad, sí, pero sus cuerpos eran demasiado voluminosos para ser otra cosa que torpes.

Sus enfadados siseos iban acentuados por los latigazos de sus colas. La punta de una de ellas cortó la maleza, rompiendo ramitas y hojas de la rama baja que colgaba frente a su cara. Algunas hojas volaron a su alrededor y cayeron sobre su cabeza. Unos milímetros más cerca y la afilada púa le habría cortado la cara. Por no mencionar el veneno que recubría la punta y que se habría introducido en su torrente sanguíneo. El veneno de los Reptiles era extremadamente potente y lo incapacitaría si tenía la mala suerte de infectarse.

La mujer ni siquiera se inmutó; en cambio, su cuerpo se relajó y su respiración se volvió profunda y regular. O era tan estúpida que no tenía miedo, o tenía experiencia en situaciones de alto estrés. Apostaría su flamante insignia de Comandante a que era lo segundo. Sus acciones hablaban de experiencia. Estaba dividido entre la intriga y el horror de que una mujer tuviera que encontrarse en semejante situación. Cuando estuvieran a salvo de nuevo, iba a mantener una conversación muy esclarecedora para entender quién era exactamente.

Los Reptiles, aunque lentamente, continuaron su marcha, sus pasos pesados y torpes abriendo camino entre la maleza, y afortunadamente alejándose de su escondite. Sintió el impulso de protegerla manteniéndola cubierta con su cuerpo. La sensación de tenerla debajo era más que agradable, pero sabía que ella no permanecería así. Además, no era ni el momento ni el lugar para hacer lo que le picaba por hacer.

Se apartó del cálido cuerpo que tenía debajo, pero ella permaneció quieta. Vigilante. Una energía eléctrica vibraba a través de su cuerpo, aunque por fuera pareciera relajada. Sin embargo, su mirada se movía rápidamente, atenta y observadora. Sus manos se

extendían sobre el suelo, los codos ligeramente levantados, su cuerpo preparado para entrar en acción en cualquier momento.

Que era exactamente lo que él debería estar haciendo. ¡Vigilando a los Reptiles, no observándola a ella! Demonios, era la segunda vez que tenía que contenerse en cuestión de minutos.

Desvió su atención con determinación del cuerpo de ella hacia el mundo exterior de su escondite. Las pisadas rondaron cerca varias veces, pero finalmente se desvanecieron en un prolongado silencio. El aire se volvió frío, la luz más tenue, y el frío le calaba a través de la ropa.

—Necesitamos encontrar un refugio más sólido que este —susurró en su oído. Un mechón rubio escapó del apretado moño en su nuca y se agitó contra su mejilla con su aliento. El aroma de ella emanaba de su piel, llenando sus sentidos con su olor único.

Ella lo miró a través de la penumbra. Tenía una mancha de tierra en la mejilla. Casi alargó la mano para limpiarla antes de contenerse. —¿Conoces la disposición del terreno? ¿Tienes algún mapa o algo contigo?

Esa pregunta también sugería su experiencia. No preguntó "¿se han ido?" o "¿qué hacemos ahora?". Sabía exactamente lo que necesitaban hacer. Igual que él. Ponerse a salvo en una posición defendible antes de decidir su siguiente movimiento. Verdaderamente era un enigma que quería resolver.

Se levantó el puño de la manga para mostrar el Buscador adherido a su muñeca. Presionó un botón y una imagen tridimensional de la topografía local se iluminó sobre la pantalla. Vivien intentó reprimir una exclamación de asombro ante lo que para ella era tecnología nueva, pero él la escuchó igualmente. La satisfacción lo recorrió, contento de ser el primero en mostrarle algo nuevo.

—Aquí estamos —señaló una sección del bosque indicada por filas de líneas cohesivas. Deslizó la imagen hasta encontrar lo que buscaba—. Y estas son cuevas.

—¿Esa cosa emite alguna señal de rescate? ¿Puedes llamar a alguien para que nos saque de aquí?

—Desgraciadamente, no —una comunicación tan potente necesitaba más que su pequeño Buscador. Ese equipo estaba en el

Astrojet, sin duda actualmente en manos de los Reptiles.

—¿Esperas un equipo de respaldo si no regresas después de cierto tiempo?

—No sabrían dónde recogernos. Nos hemos alejado demasiado del jet —y era poco probable que alguna vez volvieran a él, dado que los Reptiles lo tenían ahora.

Se maldijo mentalmente. Debería haber pensado en todo lo que podría salir mal. Había comprendido que ella estaría asustada, perdida y confundida. Cualquiera que experimentara ese tipo de trauma con los Reptiles solía estar igual. Simplemente no había contado con encontrar a alguien con sus impresionantes habilidades atacándolo primero. Estaba teniendo un gran comienzo como Comandante, sin duda.

Tendría que señalar al *Starlight* de otra manera. —Tendremos que encontrar una torre de comunicaciones.

Su frente se arrugó. Gotas de sudor aparecieron en su sien. — ¿Una torre de comunicaciones? ¿Dónde?

—Este planeta solía estar civilizado, hasta la ocupación de los Reptiles. La vegetación ha crecido hasta el punto de volverse salvaje, pero debe haber una torre en funcionamiento por aquí cerca. Antes había por todas partes en este planeta —dijo.

Ella no podía saber cómo era este planeta hace menos de cincuenta años. Había sido un centro próspero y lideraba el universo con Física Cuántica y la idea de que los cuerpos estaban formados por partes físicas, emocionales y mentales de luz y energía. Tenía que confiar en que, aunque hubieran pasado décadas, su tecnología seguiría en condiciones de funcionamiento. Si su reputación servía de algo, había buenas posibilidades.

Al menos tenían eso a su favor. Solo tenían que mantenerse alejados de los Reptiles y sobrevivir el tiempo suficiente para encontrar una torre y utilizarla.

Como si fuera una señal, el sonido de pasos torpes lejanos, seguidos de siseos y chasquidos de conversación se acercó. Ella se tensó, sus ojos se dirigieron hacia la dirección del sonido. Después de unos momentos, los sonidos se desvanecieron hasta que volvió a haber silencio. Los Reptiles no se rendían.

Señaló su escondite. —No podemos defender esta posición si nos encuentran aquí, y aún no han desistido.

Él asintió, de acuerdo. Aunque estaban escondidos, podrían ser descubiertos fácilmente desde cualquier dirección. Solo haría falta apartar unas ramitas, y serían presa fácil.

—¿Crees que podremos encontrar una torre antes del anochecer?

No recordaba exactamente el ciclo diario de Callisto, pero era bastante similar a las horas terrestres de ella. Por el ritmo al que aumentaban las sombras, calculó que tendrían dos horas. Más o menos. —Será demasiado oscuro. Tendremos más posibilidades al amanecer.

—Entonces necesitamos llegar a esas cuevas —dijo ella. Pragmática. Lógica. Serena bajo presión, observó él.

—Esa sería mi primera sugerencia —estaba cada vez más preocupado por cómo su tez había cambiado de un tono saludable a uno de creciente enfermedad. Necesitaba descansar en algún lugar con un mínimo de seguridad.

Ella inclinó la cabeza, y él supuso que estaba escuchando. Silencio. —Creo que deberíamos irnos.

Fue a levantarse pero se tambaleó, aferrándose al suelo cuando empezó a caer. Sacudió la cabeza y se estremeció. Él la ayudó a apoyarse contra el árbol, la alarma sacudiéndolo.

—El accidente debe haberme afectado más de lo que pensaba. Dame un momento.

Cerró los ojos, echando la cabeza hacia atrás. No solo estaba pálida, estaba azulada, con el rostro brillante de sudor. Algo iba terriblemente mal.

Extendió la mano para tocar la parte posterior de su cuello, con el estómago revuelto. Ella apartó su mano antes de que pudiera tocarla. Sus ojos estaban desenfocados mientras lo fulminaba con la mirada. —¿Qué estás haciendo?

—Los Reptiles podrían haberte puesto una cápsula antes de meterte en la vaina. Le pasó a Lauren.

Sus finas cejas se cruzaron en confusión. —¿Quién?

Se lamió los labios secos. Si los Reptiles habían conseguido poner una cápsula en esta mujer, el veneno estaría infectando su sistema.

—No hay tiempo para explicar. Si no lo extraigo, pronto serás una esclava mental.

Ella parpadeó lenta y profundamente, obviamente luchando por mantener el control, pero en lugar de histerismos, dijo: —¿Dónde?

—Su voz sonaba plana.

—Normalmente en la nuca.

Pasó los dedos por la parte posterior de su cuello y se quedó inmóvil. —Hijo de puta.

Si su estómago podía hundirse aún más, acababa de hacerlo. No era de extrañar que los Reptiles se hubieran acercado tanto y siguieran rondando una y otra vez. Podían rastrearla con esa cosa en su cuello. Lo único que los había salvado era su miopía.

Por lo que Jo-Aquin le había contado sobre lo sucedido a Lauren, debería haberlo esperado. —Mis disculpas.

Sus labios se tensaron en una fina línea. —No pierdas el tiempo disculpándote. Solo sácame esta cosa —maniobró para girar y inclinó la cabeza para mostrarle la nuca. Una posición tan sumisa. Su corazón se estremeció ante su nivel de confianza. O quizá solo era desesperación. Sus dedos frotaron un pequeño bulto en la base de su cuello.

Un cuchillo pequeño y delgado apareció en su otra mano, y ella presionó el mango en su palma. Había muchas posibilidades de que no fuera una persona que normalmente entregara un arma así. La desesperación es una gran motivadora.

Su mano se apartó de su cuello. Había un pequeño disco elevado justo debajo del hueso principal en la base, bajo su piel. Una red de venas negras se extendía desde el disco, estropeando su hermosa piel rosada. Era el comienzo del proceso, y a menos que pudiera administrarle algún antídoto, estaba viviendo tiempo prestado.

Tragó saliva, con fuerza, y presionó la punta del cuchillo, demasiado romo para este propósito, contra su piel. —No te muevas. Escocerá un poco.

Ella soltó una risa ahogada. —He tenido cosas peores. Solo hazlo.

Frunció el ceño, olvidando momentáneamente el rastreador. —¿Has tenido cosas peores? —Odiaba pensar que hubiera sufrido algo

peor que esto. De nuevo le asaltó la pregunta de quién era realmente. Hasta ahora, un enigma.

—Sí. Te enseñaré mis otras cicatrices cuando me saques esa cosa del cuello. Cuando quieras.

Había acero en su voz. Se dio cuenta de que estaba ahí porque tenía miedo. Era dura. Una persona como ella nunca se derrumbaría llorando. Era su manera de armarse de valor.

—Solo un pequeño pinchazo —presionó y, tan rápido como pudo, cortó su piel y extrajo el rastreador de su cuerpo. Unas púas metálicas habían crecido desde los lados del disco y comenzado a incrustarse en músculo y hueso.

Ella resopló quedamente: —Eso es lo que todos dicen.

Hizo una pausa sorprendido. —¿Perdona?

Ella suspiró. Una línea de sangre rojo oscuro le corría por el lado del cuello. —Solo intento distraerme. ¿Has terminado?

Había compartido una broma justo mientras él hurgaba en su nuca. Extraordinario. No conocía a nadie más como ella. Parpadeó, obligando a su mente a volver a la tarea.

—Casi está.

Deslizó la punta del cuchillo bajo el disco y lo levantó. Luchó un momento antes de que se soltara, con los tentáculos deslizándose fuera de su carne. Trozos de músculo y sangre se aferraban a las finas púas mientras lo extraía.

—Ya lo tengo.

Ella levantó la cabeza, su mirada fijándose directamente en el disco equilibrado en la punta del cuchillo. Su cara se contrajo mientras lo colocaba en su palma. Los tentáculos se sacudieron y serpentearon hacia su piel, como intentando enterrarse en ella de nuevo. Recuperó su cuchillo y clavó la punta en el centro del disco. Se partió por la mitad, derramando un lodo negro. Ella siseó, dejando caer el rastreador y frotándose la mano contra el suelo en las hojas húmedas, limpiándose el lodo de la piel.

—¡Mierda, esta cosa quema como ácido! ¿Qué demonios pusieron en ese aparato?

No quería decirle que ya estaba filtrándose en su sistema. Mejor mantenerla ignorante y lo más calmada posible. —Tengo un antídoto

—afortunadamente, Madre le había dado un vial de Florn, anticipando el veneno de los Reptiles.

—¿Dónde? —Sus finas cejas rubias se alzaron mientras lo miraba con ojos ligeramente desenfocados.

—Tendremos que encontrar un lugar seguro para que pueda administrártelo. Los efectos son... desconocidos.

—¿Desconocidos?

—Podrías estar bien, o...

—¿O?

—Podrías desmayarte durante horas.

Ella asintió bruscamente después de un momento. —Mejor encontramos esa cueva entonces. Puedo permanecer inconsciente más tiempo si estamos a salvo.

Su misión acababa de volverse mucho más urgente. Era solo cuestión de tiempo antes de que ella sucumbiera. No quería pensar en lo endeble que era su plan de encontrar esas cuevas y montar una especie de campamento primitivo con suministros que no tenía, porque si ella se convertía en una esclava mental, no había mucho que pudiera hacer para salvarla.



Capítulo Cinco

— Vámonos.

Vivien se limpió la parte posterior del cuello, y al retirar la mano la encontró roja y pegajosa con sangre, antes de frotarla con un puñado de hojas medio podridas para eliminar los restos. Estaba muerta de miedo por dentro, pero no iba a mostrarle a este completo desconocido —alienígena— hombre, hasta qué punto. Nunca reveles debilidad ante tu enemigo, y como no tenía ni idea de por qué estaba realmente aquí, aún lo clasificaba como tal.

En cuanto a lo del antídoto para este veneno, también tenía sus dudas, aunque debía admitir que aquella sustancia negra le escocía en la piel y ese disco había estado incrustado en la parte posterior de su cuello. Alguien definitivamente lo había puesto allí, y no tenía ni idea de quién ni por qué. Tal vez fueron esos monstruos, si es que debía creer a Striker.

Su misión actual en el Nullarbor debería haber sido «segura». Reconocimiento. Solo recopilación de datos. Incluso el más creativo de su equipo habría tenido dificultades para inventar la ficción en la que se encontraba ahora.

No es que tuviera un equipo ya.

Apartó despiadadamente ese pensamiento y la correspondiente desazón. Ese trabajo era más propio de un escritor de novela romántica que de un tipo militar curtido como ella. Ella trataba con hechos, pero tenía que admitir que los hechos que le miraban directamente a la cara eran extremadamente difíciles de digerir.

Ahora mismo, tenía problemas más urgentes. Debía encontrar una ubicación defendible. Un espacio para reagruparse y pensar en posibles escenarios. Ya tendría tiempo de sobra para hundirse más tarde. Cuando esta pesadilla terminara. *Si* es que terminaba alguna vez, porque tal como veía las cosas, la situación era bastante desesperada.

Al menos esa... cosa... estaba fuera de su cuello. Claramente era más que un simple rastreador. Tenía que serlo. Ningún rastreador que hubiera visto jamás soltaba ácido negro como ese. Su palma todavía estaba roja y hormigueante donde había goteado. Esos finos extremos parecidos a pelos se habían movido como si tuvieran vida propia. Como si estuviera vivo. Solo pensar en esa cosa excavando en su interior le provocaba escalofríos por toda la columna vertebral.

Ya estaba bastante harta de las horribles sorpresas últimamente. Por primera vez en su vida, recurrió a lo más oscuro de su entrenamiento, y no era entender ni darle sentido a lo que le estaba pasando, sino simplemente mantenerse funcional hasta poder largarse de allí. Entonces podría intentar razonarlo todo desde la seguridad de su pequeño apartamento en la base.

Nunca había encontrado muy acogedor su pequeño apartamento, pero la idea de estar allí ahora le provocaba una añoranza tan profunda que atravesó su sistema como una tormenta eléctrica. Apartando despiadadamente ese pensamiento, obligó a su atención a centrarse en el hombre —alienígena— que escudriñaba bajo la rama que casi rozaba el suelo.

Enorme. Masivo, de hecho, lo que era una sorpresa dado que ella solía tener la misma altura, si no más, que la mayoría de los hombres. Medir casi un metro ochenta la ponía en igualdad de condiciones, lo que le había ayudado bastante a lo largo de su carrera. Los hombres respetaban la altura, y una mujer diminuta no encajaba en su grado militar. Siendo los neandertales alfas tipo A

que eran, una mujer más pequeña era fácilmente pasada por alto, y lo había sido en numerosas ocasiones, todo por una pequeña diferencia física. Casi resopló; esos hombres también subestimaban totalmente la determinación e intelecto de una mujer, más tontos ellos. Ella había trabajado en su condición física, añadido músculo, se había puesto en forma, delgada y fuerte para que la tomaran en serio. No se podía comprar altura, y ella la usaba a su favor.

Este tipo, sin embargo, la hacía sentir positivamente delicada.

Una mata de ondas rubias enmarcaba un rostro completamente masculino. Se lo echó hacia atrás de la cara con los dedos extendidos antes de mirar nuevamente. Mandíbula cuadrada y fuerte, nariz recta, labios apasionados que definitivamente sabían besar, ojos azul cielo con pequeñas líneas que se extendían desde los bordes. Lo que pensaba al venir a este lugar olvidado de Dios para rescatarla era algo que aún estaba por entender.

O por creer.

Había estado lidiando con los juegos mentales de los talibanes durante los últimos años, eludiendo personas con mentiras tras mentiras. A pesar de las mentiras, eran un enemigo que entendía. ¿Striker? Nunca se había encontrado con nadie como él. Claro que no, ¡porque ni siquiera era de la Tierra! Tragó saliva con dificultad y obligó a su ritmo cardíaco a volver a la normalidad.

Pero igual que los talibanes, era un factor desconocido, alguien en quien no se podía confiar por completo, y eso lo convertía en un enemigo. Se permitiría llevarse una grata sorpresa si resultaba no serlo.

Aunque besando como lo hacía, casi esperaba que no resultara ser un enemigo. *Eso* la había tomado completamente por sorpresa. Ella había reaccionado de manera tan... intensa. ¡Y el hombre ni siquiera había usado sus manos! Estaba acalorada y nerviosa, y no todo tenía que ver con lo mal que se sentía.

No conocía a este *Comandante Striker*. No confiaba en él. Ni siquiera sabía qué demonios estaba sucediendo. Lo único que sabía era que el hombre sabía besar, y hasta donde podía recordar, esa no era una razón lo suficientemente buena para basar una referencia de carácter. Se quedaría con él mientras le conviniera. Parecía tener

alguna idea sobre esos monstruos —Reptiles, los había llamado— que la habían secuestrado, así que lo mantendría cerca. Podría necesitar ese conocimiento. Podría mantenerla viva el tiempo suficiente para pensar realmente en lo que necesitaba hacer. Además, las opciones eran muy escasas en este momento.

—¿A qué distancia crees que están esas cuevas?

—No más de dos kilómetros, pero el terreno es... complicado.

Tenía una boca bonita. Labios carnosos y generosos. Sabía que se sentían tan bien como se veían. Los observó un momento demasiado largo antes de reprocharse mentalmente. Por suerte, él había vuelto su atención a mirar bajo la rama.

—Parece que se han alejado. Deberíamos poder escapar sin llamar la atención si nos vamos ahora —dijo él.

Ella pensaba lo mismo. Si realmente era un comandante, debía haber tenido algún tipo de entrenamiento militar, fuera cual fuera la versión alienígena de eso. Aun así, no daría nada por sentado. Podría ser blando y fofo bajo ese uniforme. Un símbolo que pasaba más tiempo detrás de un escritorio que en su entrenamiento. En su opinión, esos eran los que había que vigilar.

—¿Cómo te sientes? —Unos ojos inteligentes la miraron fijamente.

No, si podía formarse una opinión, era que este hombre tenía la mirada de la experiencia. Con retraso, se dio cuenta de que lo estaba mirando como una tonta, y él esperaba a que respondiera. Le dio un brusco asentimiento que envió una punzada de dolor a través de su cráneo. Esa... cosa... había hecho daño, pero no iba a decírselo. Cuanto menos supiera, mejor.

—Lo suficientemente bien para salir de aquí.

Sin mirar atrás, y porque podría pasar más tiempo simplemente mirándolo, se aplanó contra el suelo y se deslizó bajo la rama. Realmente, necesitaba recomponerse. Era una capitana experimentada de las SAS australianas, no una adolescente enamorada. Necesitaba ponerse las pilas y actuar como tal.

Arrastrándose hasta ponerse en cuclillas y quedándose completamente inmóvil, su mirada se movía rápidamente, buscando cualquier cosa que pudiera significar peligro. Nada se movía. Ni siquiera el aire, que ahora era más gélido que antes. Su aliento se

condensaba y salía en bocanadas antes de disiparse. Las hojas azules y delgadas estaban cubiertas por una capa de rocío blanquecino. La temperatura definitivamente había bajado. Había estado acalorada tras correr por el bosque antes de encontrar su escondite, pero ahora sentía como si un horno ardiera en su interior.

Striker consiguió colocar su forma considerablemente más grande junto a ella. Para ser un tipo tan grande, se movía sorprendentemente con ligereza.

Le hizo un gesto con la barbilla. —Guía el camino.

Sus ojos recorrieron su rostro, y una mirada de inquietud cruzó sus facciones. —¿Estás segura de que puedes hacer esto?

Ella hizo una mueca. Debía tener el aspecto de cómo se sentía. Su preocupación era... conmovedora. Si es que algo de lo que decía o hacía podía creerse. De nuevo, suspendió el juicio, inclinándose hacia el lado de la precaución. Le envió un asentimiento decisivo.

—Tú preocúpate de ti mismo. —Le lanzó su mejor mirada de capitana dura, que normalmente hacía que los soldados rasos salieran huyendo.

Él fue a levantarse, luego se detuvo, volviendo a ponerse en cuclillas. —No sé tu nombre.

—¿Y qué tiene eso que ver con encontrar una cueva? —Sonaba innecesariamente borde, pero era de la idea de no dar más información de la necesaria.

—Bueno, si te desmayas y caes de bruces contra el suelo, al menos puedo llamarte por tu nombre para ayudarte a recuperar el conocimiento —dijo él.

Lo consideró. Nada llamaba más la atención que un nombre. El shock debía estar finalmente afectándole. Desde que despertó, había necesitado cada gramo de su entrenamiento para no acurrucarse en una bola y rendirse a lo que fuera que le estaba pasando.

Le ofreció una débil sonrisa. —Es Vivien. Vivien Demazi.

Él consultó el pequeño dispositivo que llevaba sujeto a la muñeca. —Vale, Vivien, Vivien Demazi, es por aquí. Con suerte, llegaremos antes del anochecer.

Se puso a caminar detrás de él, silenciosamente agradecida de que él abriera camino despejando una especie de sendero a través

de las gruesas ramas. Para ser un hombre tan grande, se movía casi en silencio, algo por lo que estaba agradecida. No había forma de saber dónde estaban esas cosas Reptiles, y estaría feliz de no encontrarse con otra mientras viviera.

Lo cual, en este momento, era cuestionable.

Apartó a un lado la sensación nauseabunda que se había instalado en la boca de su estómago. Su entrenamiento de supervivencia había sido tanto sobre la resistencia mental como la física. Tenía que mantener su mente alejada de la desesperación. Cuando la desesperación te vencía, los errores estúpidos pronto seguían.

Se concentró en la espalda de Striker, observando cómo sus hombros llenaban su chaqueta. Cómo sus bíceps tensaban la tela de sus mangas. Cómo el final de la chaqueta caía en una forma triangular perfecta hacia un trasero firme que ningún hombre tenía derecho a poseer.

Pero no era un hombre, ¿verdad? Era... *más*. Un alienígena, como esos Reptiles. Dejó escapar una rápida bocanada de aire. Hace medio día más o menos —era difícil saber realmente cuánto tiempo había pasado— estaba en medio del desierto rastreando desapariciones, con su mente firmemente centrada en los humanos.

Ahora... ahora estaba en camino de averiguar qué había pasado con esas personas desaparecidas porque ella era una de ellas —y la realidad era mucho más aterradora de lo que podría haber imaginado— o el estrés de su vida la estaba afectando y finalmente estaba volviéndose loca.

Striker la miró por encima del hombro y frunció el ceño. —¿Así que eres comandante? Mencionaste que no llevas mucho tiempo en el puesto.

Lo último que quería hacer era hablar de lo rápido que estaba fracasando. Si podía mantener su mente alejada de cómo se sentía, podría derrumbarse cuando llegaran a un lugar seguro. No iba a esperar que él la mantuviera a salvo, y realmente no lo conocía lo suficiente como para confiar en que realmente estaba de su lado. Nada le impedía decidir que ella era demasiado problemática e intentar salir del planeta sin su trasero inconsciente ralentizándolo.

Le había dicho que había venido a rescatarla, pero ¿con qué propósito, y cuán fuerte era esa razón? No tenía nada de valor que darle, ni información, ni secretos. No que ella supiera, de todos modos. En situaciones como estas, siempre era mejor conocer a tu enemigo —o al menos a un completo desconocido— un poco más.

Una sombra de sonrisa curvó sus carnosos labios antes de volver su atención a apartar ramas del camino. —Me lo entregaron después de que mi comandante dejara su puesto.

—¿Oh? ¿Se marchó a propósito?

—Si consideras que encontrar a tu compañera de vida es más importante que comandar una nave estelar, entonces sí, se fue por decisión propia.

—Oh.

—Pareces confundida. —La miró de nuevo, con el ceño fruncido.

Ella mantuvo apartada la rama que él sostenía mientras pasaba alrededor. —Es solo que normalmente la gente no deja su puesto de mando solo porque se... eh, casa. —Asumió que encontrar una compañera de vida era algo similar al matrimonio en su cultura. En su experiencia, era normalmente una complicación que la mayoría de la gente ignoraba después de un tiempo. Ciertamente, si un general u oficial de alto rango se casaba, nunca renunciaban a ningún tipo de posición por ello.

—No fue una gran decisión para él, realmente. Su compañera es humana.

Eso la detuvo en seco. —¿Qué acabas de decir?

Striker dejó de caminar y se dio la vuelta. —Lauren fue secuestrada, igual que tú, a manos de los Reptiles. Jo'Aquin no pudo quedarse de brazos cruzados cuando una mujer inocente fue llevada, y fue tras ella.

—¿Igual que tú has hecho conmigo?

Striker soltó una risa desdeñosa. —Parece que Jo'Aquin tuvo más éxito en su rescate. Pero sí, igual que he hecho contigo.

Pensar que se había puesto en riesgo. Al igual que su antiguo comandante. ¿Qué clase de hombres eran estas personas? O honorables o completamente estúpidos. El jurado aún estaba deliberando.

Pero aun así, no pudo evitar el pequeño escalofrío que recorrió su estómago ante la idea de que podría estar diciendo la verdad. Que podría ser lo suficientemente importante como para que alguien se arriesgara así por ella.

Porque había una cosa que sí sabía: no había nadie en la Tierra que se acercara siquiera a ofrecer lo mismo. Ni siquiera estaba segura de que su desaparición fuera a ser echada de menos.



Capítulo Seis

Vivien aclaró sus pensamientos, sintiéndose más que un poco cohibida. Mente. Tenía que volver a centrar su mente. Incluso fijarse en sus hombros y en su buen trasero era una elección muy, muy mala.

—Dijiste que se llevaron a Lauren. Los Reptiles. ¿Sabes de qué lugar de la Tierra la secuestraron?

Él asintió.

—Dijo que fue de un sitio llamado Plano de Null-boarding.

Ella le agarró el bíceps, notando vagamente que sus músculos eran tan duros como parecían.

—¿Te refieres al Plano de Nullarbor?

—Sí, eso es. Eso es lo que dijo Lauren.

Ella soltó un jadeo audible. Vivien se detuvo en seco, sin ver lo que había a su alrededor. Ese nombre era el número uno en su lista: la persona desaparecida más reciente.

—¿Lauren *Matthews*? ¿Ese es el nombre de la esposa de tu comandante?

—Sí. Es ella, efectivamente —su ceño se había fruncido tanto que formaba una muesca en su frente.

—Fue secuestrada por esas cosas monstruosas de Reptiles.

Striker asintió, y parecía infinitamente triste.

—Desgraciadamente.

Ella le miró, observando su expresión seria.

—Ha habido varios informes de personas desaparecidas en esa zona. ¿Cuántas más han sido secuestradas que tú sepas?

No quería contarle demasiado, pero si él tenía información, tenía que arriesgarse. Al menos veinte personas —mujeres— habían sido reportadas como desaparecidas en algún punto de ese largo y solitario tramo de carretera solo en el último año. Quién sabe cuántas más antes de eso. Su misión era encontrar pruebas, fueran cuales fueran. Al menos había logrado eso de manera espectacular.

Su ceño se profundizó.

—¿Ha habido otras?

Ella asintió, frunciendo el ceño. Quizás él no sabía mucho más que ella.

—Vivien, si lo hubiéramos sabido, habríamos hecho todo lo posible por impedir que los Reptiles se llevaran ni una sola mujer más.

Parecía tan sincero que se inclinaba a creerle. La realidad era que Striker se había puesto en peligro para rescatarla. Su comandante había rescatado a Lauren Matthews y luego renunció a su puesto de mando por ella, por lo que parecía —¿qué pasaba con eso?— y resultaba ser tan enemigo de estos Reptiles como aparentemente lo era ella.

—¿Por qué las llevan? ¿A las mujeres? —si él no sabía cuántas habían sido secuestradas, quizás podría arrojar algo de luz sobre el *porqué*.

—Te contaré esta triste historia mientras caminamos. No es bueno quedarnos quietos como *ardvks* sentados con los Reptiles buscándonos.

—¿Ardvks?

—Una pequeña criatura emplumada con hocico, parecida a vuestros patos. Sin pico. Y con una lengua larga.

Intentó imaginarlo, pero no lo consiguió. Era demasiado difícil, y volvió a centrar su atención en el problema que tenían entre manos. Por supuesto, él tenía razón. Debería haber pensado en eso.

Reprochándose mentalmente, se mantuvo a su ritmo tras él mientras caminaban.

—No lo sabemos con certeza, pero creemos que las hembras humanas son muy importantes para los Reptiles —dijo él.

—¿Solo mujeres? ¿Pero por qué?

Tropezó con unas piedras sueltas y se recuperó rápidamente para que Striker no se diera cuenta. Aunque el terreno ahora ascendía ligeramente, sentía como si sus pies estuvieran llenos de plomo. Cualquier paso hacia arriba requería cinco veces más esfuerzo del que debería.

—Los Reptiles son una raza estúpida pero afortunada. No tienen capacidad para vivir en armonía, solo para dominar y destruir. Todas las razas lo sabían y los dejaron relativamente solos en su planeta. Pero hace unas décadas, de alguna manera, descubrieron cómo controlar las mentes de otros. Empezaron con sus propias tribus hasta que fueron todos como uno. Una mente colmena. Luego, cuando tuvieron el control sobre su propia especie, invadieron su planeta vecino. En cuestión de días, se habían apoderado de las mentes de cada alma que vivía allí.

Vivien jadeó.

—¿Días?

Striker asintió, con rostro grave.

—Ninguna especie había visto algo así. Hubo misiones de rescate, pero no sirvieron de nada. Los Reptiles convirtieron a los inocentes en un ejército para luchar contra aquellos que querían salvarlos. No se detuvieron ahí. En unos pocos meses, se habían apoderado de su galaxia, luego se movieron a otras.

El shock reverberó por todo su sistema.

—Dios mío. Cómo... ¿a cuántos planetas les han hecho esto?

—A demasiados. Fueron capaces de tomar el control de los tres sistemas solares principales antes de que las razas se unieran y les impidieran invadir abiertamente otros planetas.

¡Tres sistemas solares! Eso era mucho espacio y, por lo que parecía, también muchas vidas. ¡Miles de millones!

—¿Pudisteis impedir que tomaran el control de más planetas?

—De algunos más que de otros —la tristeza tiñó su voz mientras se apagaba, pero antes de que ella pudiera hacerle otra pregunta, habló de nuevo—. Durante unos años, las invasiones se detuvieron. El Consejo Interespecies se formó para proteger a los planetas y a sus gentes que vivían en ellos, lo supieran o no. Hasta ahora, parece que la prevención es la mejor defensa.

Lo que la hizo preguntarse sobre el nivel de seguridad de su planeta y cuán seguros estaban realmente todos. No mucho, por lo que parecía.

—¿Prevención? ¿Habéis estado protegiendo la Tierra?

—Durante cinco de vuestros años terrestres.

¡Cinco años! Eso era mucho tiempo. Quizás todos esos avistadores de extraterrestres no estaban tan equivocados después de todo.

—Pero... nadie sabía que estabais ahí —bueno, quizás aparte de algunos oficiales de alto rango, así como los chiflados.

—Es como debe ser. La Tierra es un planeta joven, vuestra gente está en las primeras etapas de los viajes espaciales. Es mejor dejar que un pueblo descubra los viajes espaciales por sí mismo antes de contactar. Su sociedad resultante siempre es un poco más avanzada socialmente cuando eso ocurre de forma natural.

Sí, cuando no estaban ocupados matándose unos a otros y tenían la mente en cosas más grandes, era lo que realmente quería decir. Ella estuvo silenciosamente de acuerdo con él.

—Pero los Reptiles vinieron igualmente.

—Vinieron igualmente —repitió él—. Ha habido una brecha, y no lo sabíamos.

Caminaron un rato, cada uno perdido en sus pensamientos. El terreno era cada vez más escarpado, el paisaje mucho más rocoso y la cobertura de árboles más escasa. El aire incluso parecía más fino que en el bosque denso. Sin hablar, ambos redujeron naturalmente el ritmo, manteniéndose cerca de los troncos de los árboles antes de correr hacia el siguiente. Vivien prefería la cobertura de los árboles, pero una cueva sería lo más seguro de todo. Hasta ahora, no habían avistado ningún Reptil, pero la experiencia le decía que solo podría ser cuestión de tiempo antes de que su suerte se acabara. Los estaban buscando activamente.

Necesitaba apartar la mente de sus pensamientos revueltos y su cuerpo cada vez más dolorido.

—¿Por qué lo hacen?

Striker la miró con ojos del color azul profundo de un océano mediterráneo. También tenían un sutil resplandor. Se abofeteó mentalmente; ¿desde cuándo comparaba el color de los ojos con un océano? Nunca había sido tan romántica. No estaba programada de esa manera. Pero era cierto. Había algo... magnético en él. Algo que la atraía a un nivel básico.

Un nivel que había ignorado obstinadamente durante años por el bien de su carrera.

Y ahora definitivamente no era el momento de lamentar ese hecho.

—¿La razón? Dominación universal —su voz profunda reverberó en algún lugar de su pecho. Era profunda pero también un poco ronca. Siempre había sido débil ante una voz así.

Contrólate, Capitana. Tienes un trabajo que hacer, y eso es todo lo que hay, al diablo con el color de los ojos.

Aun así, era algo *más*. Algo *instintivo*. Sacudió la cabeza en un intento de deshacerse de reacciones caprichosas.

Debe ser el estrés. No hay otra razón para ello. Ser secuestrada y estrellarse en otro planeta siendo perseguida por Reptiles le hace eso a una chica.

—¿Estás bien, Vivien?

La forma en que pronunciaba su nombre, con ese acento ligeramente musical, era suficiente para derretirla.

—¡Basta!

Sus cejas se alzaron, sorpresa y preocupación en su rostro mientras la miraba. Ella sacudió la cabeza otra vez, pasándose los dedos temblorosos por la frente, sus dedos se apartaron húmedos de transpiración. Sentía como si se estuviera desmoronando.

—Lo siento. No quería decir eso, al menos no en voz alta. Debe ser el estrés —tomó aire para fortalecerse y continuó—. ... seguramente, es un plan ridículamente grande. Demasiado grande para intentarlo siquiera —por no mencionar costoso. La motivación para hacer tal cosa era enorme. Los países aprendieron esa verdad

después de librar guerra tras guerra. Mucho mejor comerciar que matar. Todos ganan.

—Son Reptiles. Piensan de manera diferente. No podemos juzgarlos según nuestros estándares —dijo él.

—No estoy segura de que eso suene completamente correcto —tropezó, trastabilló y tuvo que agarrarse a un tronco para estabilizarse, respirando profundamente. ¿Por qué no parecía poder obtener suficiente oxígeno? ¿Y por qué hacía tanto calor?

Striker se puso delante, bloqueando su camino con su gran cuerpo. No estaba acostumbrada a sentirse pequeña, frágil o diminuta, pero era exactamente lo que sentía estando tan cerca de él. Sus piernas casi se doblaron por la fatiga mientras lo miraba, pero bloqueó sus rodillas y obligó a su cuerpo a dejar de temblar cuando todo lo que quería hacer era hundirse en el suelo.

—Te llevaré a la cueva.

La indignación se erizó. Había luchado mucho y duro para labrarse un lugar en las fuerzas armadas. No estaba acostumbrada a que la mimaran.

Pasó junto a él.

—No te retrases por mí, Comandante.

—Vivien, no pareces...

—Para ti soy Capitana. Mira, estamos en peligro aquí fuera. Cuanto antes encontremos refugio, mejor.

—Lo encontraremos más rápido si te llevo yo.

Ella resopló, mirándolo con una mezcla de sorpresa y enfado. Buscó cualquier señal de burla, pero solo vio preocupación. No sabía cómo interpretar eso, así que optó por la molestia.

—No seas ridículo.

—Necesitamos encontrar las cuevas antes del anochecer.

Miró alrededor, con los ojos escudriñando las sombras que se iban haciendo más profundas rápidamente. Tardíamente se dio cuenta de que ella debería haber estado haciendo lo mismo. Dios mío, ¿dónde estaba su mente? Una ola de mareo la invadió, y lo siguiente de lo que fue consciente fue de estar presionada contra un pecho caliente y duro, acunada como un bebé.

—He dicho que puedo caminar.

Su lengua estaba espesa en la boca. Empujó contra él, tratando de escabullirse de su agarre. Ni siquiera se movió. O él era realmente fuerte o ella estaba físicamente mucho peor de lo que pensaba.

Él apretó su agarre alrededor de ella mientras la miraba.

—¿Eres capitana? ¿En el ejército de tu Tierra?

El cambio de conversación detuvo su forcejeo por un momento. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba en sus brazos y él había dejado de caminar para hablar con ella. No se había *acabado* de desmayar, y él no *acababa* de recogerla. Se había desmayado durante quién sabe cuánto tiempo. No estaba segura de si eso la asustaba más que el hecho de que la sostenía en sus brazos como a un bebé. Y el hecho de que en cierto modo le gustaba. Más que gustarle, de hecho. Se sentía... buscó el término correcto, encontrándolo lentamente. Se sentía... *segura*. Un concepto extraño que realmente no sabía cómo interpretar.

—¿Cómo lo has sabido?

—Me lo dijiste, y cito: "Para ti soy Capitana" —se movió alrededor de una rama delgada.

Ella frunció los labios. Bueno, ese secreto ya estaba revelado.

—Bájame —sus brazos solo se apretaron más, y él continuó caminando. Las órdenes no funcionaban, así que probó con otra táctica—. Por favor.

Él dejó de caminar y la miró fijamente. Ella no quería interpretar cómo se sentía al estar en sus brazos con él mirándola justo como lo estaba haciendo, así que apartó firmemente la emoción.

El sonido de una ramita rompiéndose sonó tan fuerte como un disparo. Ambos se volvieron en dirección al sonido. Silbidos y crujidos acompañaron más roturas en la maleza. Hubo un golpe de fuego, y una rama se desprendió del tronco, cerca de la cabeza de Striker. Una ráfaga de fuego iluminó el tronco.

Apareció un Reptil, con una especie de pistola apuntándolos en su garra delantera. Ella no pensó; se lanzó hacia la criatura, agarrando su hocico con una mano y girándolo tan fuerte como pudo mientras usaba su impulso. Luego giró sobre su espalda, tirando del hocico con toda su fuerza.

Un crujido satisfactorio acompañó su cuello repentinamente flojo. Cayó al suelo, Vivien desparramada sobre su espalda. La maleza crujió detrás de ella. Hubo una ráfaga caliente sobre su cabeza, que la hizo girar. Otro Reptil estaba de pie sobre ella, con la pistola apuntando directamente a su cabeza.

Una gran figura aterrizó en el suelo junto a ella, arrancó el arma de las garras sin vida y disparó al Reptil que estaba detrás de ella. Un agujero chamuscado y enorme apareció en su pecho antes de que se desplomara hacia atrás.

—Tenemos que movernos.

Intentó ponerse de pie, pero sus extremidades eran más como fideos blandos que apéndices. Unos brazos la recogieron, levantándola alto contra su pecho antes de que corrieran a través del bosque.

—¡Puedo correr!

—No sería lo suficientemente rápido. Agárrate. Por favor.

Sus brazos se apretaron alrededor de ella para recalcar su punto. Estaba claro que no iba a soltarla, y a decir verdad, no sabía si no era una buena idea de todos modos. Estaba temblorosa por dentro, como si sus entrañas se estuvieran licuando. Pasó sus brazos alrededor de su cuello, sujetándose más firmemente a su pecho. En el momento en que apretó sus brazos, su aroma la envolvió. Especias, pino y masculinidad la rodearon. Presionó sus párpados juntos durante un largo momento. No debería estar pensando en esto. ¡Estaban corriendo por sus vidas!

Estaba perdiendo completamente la cabeza.

Quizás ya había perdido la razón en algún lugar del Plano de Nullarbor y todo esto era alguna fantasía enferma.

Pero entonces recordó un Reptil que apareció aparentemente de la nada. Le agarró los hombros, clavándole las garras en la piel. Luego pasó una garra por la palma de su mano y probó su sangre con la lengua. Y entonces... nada.

Definitivamente estaba pasando algo más de lo que podía entender, pero ahora no era el momento de averiguarlo.

Striker jadeaba, su aliento formando condensación en el aire. Hacía un frío helador, pero ella estaba ardiendo. Un hilo de sudor

corrió entre sus pechos.

Se aferró a los hombros de Striker, pero sus dedos se negaban a agarrarse a él por mucho que intentara sostenerse. La oscuridad invadió su visión, llamándola, cálida y reconfortante.

—Lucha contra ello, Vivien.

Sus ojos se abrieron de golpe. Él ahora tropezaba, sus pies resbalando en la grava, ajustándose a la pendiente pronunciada. Ella se aferró a sus bíceps lo mejor que pudo, luchando ola tras ola de debilidad.

—¿Reptiles? —su voz se arrastró. Era difícil hablar; su lengua era veinte veces más gruesa de lo que debería ser.

—Detrás de nosotros. La entrada de la cueva está justo adelante. Aguanta, estaremos a salvo allí.

Intentó mirar hacia donde se dirigían, pero era demasiada energía girar la cabeza; en su lugar, apoyó la mejilla contra su pecho, escuchando su corazón latiendo con fuerza. La oscuridad se arremolinaba en los bordes de su visión. Sabía que necesitaba mantener los ojos abiertos. Sabía que debía luchar, pero no parecía importarle.

Luchar, tenía que luchar.

Luchar era todo lo que siempre había hecho.

Pero estaba tan cansada de la lucha. Cansada de intentarlo. Cansada de abrirse camino que era simplemente demasiado difícil. Había perdido a todos los que le importaban y había sido culpa suya.

La oscuridad aumentó.

—¡Vivien! ¡Vivien, no! —parecía asustado.

Pero estaba demasiado cansada para que le importara.

La oscuridad. Tentadora. Tan tentadora. Esta vez cuando volvió a surgir, dejó que la arrastrara.



Capítulo Siete

Sus pies resbalaron en la grava mientras subía la pendiente corriendo. Cayó de rodilla, y los bordes afilados de las piedras cortaron a través de sus pantalones clavándose en su rótula. Un dolor agudo recorrió su pierna, pero no permitió que lo detuviera. Los siseos y chasquidos reptilianos parecían resonar entre las sombras de los árboles, pero la seguridad estaba al alcance de su mano.

Vivien yacía inerte y sin vida en sus brazos, y la sostenía protectoramente contra su pecho. Rodeó firmemente sus brazos alrededor de ella, superando el dolor, la grava y los pulmones sin aire. Ella estaba completamente a su merced, y él iba a cumplir con su deber. No. No solo iba a hacerlo; lo *deseaba* hacer. Su pequeña Capitana humana no merecía estar a merced de los Reptiles.

La entrada estaba relativamente oculta por ramas desaliñadas, como si los árboles intentaran esconderla con hojas demasiado finas y ramas muy escasas. Sin su Buscador mostrándole dónde estaba, no la habría visto. Con suerte, los Reptiles tampoco la verían.

Un paso. Dos. Resbalar. Caer. Apretar los dientes. Levantarse y seguir. Fuego en su muslo donde le habían disparado. Culpa suya. Había hecho demasiado ruido y los descubrieron.

El brazo de Vivien cayó de su regazo y se balanceó hacia el suelo. Sus nudillos se rasparon contra una roca áspera dejando un rastro de sangre roja, pero ni siquiera se inmutó. Eso era malo. Si no le administraba el antídoto pronto, nunca volvería a despertar.

El aire entraba violentamente en sus pulmones y su corazón retumbaba en su pecho. Un chasquido detrás de él. Se dio la vuelta. Nada más que sombra profunda, pero casi podía sentirlos arañando su espalda. Dos pasos. Uno. Se lanzó a través de la entrada directamente hacia sombras lo suficientemente oscuras como para cegarlos. Encontrando una pared, se apoyó en ella, acercando a Vivien más contra su pecho agitado. Su cabello, en su mayoría fuera del moño apretado que había tenido, colgaba como hebras doradas de seda sobre su antebrazo.

Su respiración estaba haciendo un ruido enorme. Luchó por controlarla, respirando por la nariz para ser lo más silencioso posible. Sus piernas temblaban mientras la adrenalina corría por su cuerpo, exigiéndole que se moviera. Sus dedos se clavaron en la ropa de Vivien para no dejarla caer.

Los sonidos guturales de los Reptiles lo alertaron. Salieron de la línea de árboles por la que acababa de atravesar. Había cuatro de ellos, justo al otro lado de la maleza. Se movían pesadamente, sus torpes botas pisando el suelo, arando sobre sus huellas. Si miraban lo suficientemente cerca, verían su rastro, pero cuanto más caminaban, más oscurecían su huella. Por suerte, tenían mala vista.

Uno inclinó su cabeza hacia atrás. Una larga lengua salió disparada, retorciéndose y saboreando el aire. Entonces recordó que, aunque tuvieran mala vista, su sentido del gusto lo compensaba con creces. Le recordaba a una de las serpientes de la Tierra, y recordó que Lauren se refirió a las iguanas cuando describió a los Reptiles. Les quedaba bien.

Se aferró a la pared, con los músculos gritando y acalambrándose, pero no movió ni un músculo. Estaba escondido dentro de la cueva, pero estaba cerca de la entrada. Un movimiento en falso, y lo detectarían. Un Reptil dio un paso hacia la cueva. El que había probado el aire.

Cada músculo de su cuerpo se tensó cuando se acercó a la entrada. El sudor se deslizó desde su sien hasta su barbilla, pero no se movió para limpiarlo. Sujetó el faser del Reptil, apuntándolo hacia la criatura. No quería revelar su posición, pero lo mataría si fuera necesario. Un Reptil menos en el universo no podría llegar demasiado rápido.

El dedo de Striker se tensó sobre el gatillo, su mente trabajando. Dispararía y luego correría tan rápido como pudiera hacia el interior de la cueva. Al menos tendría una pequeña oportunidad dentro en lugar de en un bosque plagado de Reptiles. La criatura se inclinó hacia delante, observando las ramas del exterior. Una respiración larga y constante. Quitar el seguro. Alinearlo con su cráneo.

Al oír el sonido de hojas crujendo, el Reptil ladeó la cabeza, su pequeño ojo brillante destellando. Una pequeña criatura de pelaje azul oscuro pasó corriendo por una rama, saltando de una a otra, y desapareció. El Reptil retrocedió bruscamente y fue recompensado con las risas entrecortadas de sus compañeros. El Reptil gruñó y retrocedió hacia sus compañeros.

Striker cerró los ojos aliviado. Los Reptiles se alejaron caminando pesadamente, abriéndose paso entre la maleza sin ningún sigilo. Cómo pensaban sorprenderlo, no lo sabía. Aparte de su capacidad para esclavizar mentalmente a las personas, no había ninguna razón particular por la que hubieran podido apoderarse de galaxias enteras como lo habían hecho. La pregunta de Vivien había desencadenado una línea de pensamiento que nunca se le había ocurrido antes. Después de un momento, desaparecieron entre los árboles. Pasaron minutos mientras permanecía quieto como una estatua, pero no regresaron.

El aire helado se filtraba a través de su ropa, rayando en lo gélido. Tenía que mantener a Vivien a salvo y bien, y eso significaba encontrar un lugar más protegido para administrar el antídoto.

Su rostro estaba bañado por la tenue luz. Largas pestañas en forma de media luna se extendían bajo sus ojos. Tan delicada y femenina, pero debajo de sus ojos, sombras purpúreas estropeaban su piel perfecta. Su piel estaba húmeda por el sudor. No estaba bien, y el tiempo era crucial.

Activó la función de iluminación en su Buscador. Una luz tenue filtrada lo suficiente para iluminar sus alrededores. Cojeó hasta el fondo de la cueva, ignorando el ardor de su muslo, para encontrar un espacio despejado donde recostarla, pero en lugar de encontrar una pared, la cueva se estrechó en un túnel.

No podía creer su suerte. Si pudiera encontrar un rincón, incluso podría encender un fuego para calentarse y permanecer fuera de la vista desde la entrada. Los lados del túnel estaban hechos de las mismas piedras azul oscuro que había escalado para llegar a la cueva. La roca brillaba como si estuviera mojada, pero cuando se rozó contra ella, su mano salió seca. Cualquiera que fuera el mineral, era hermoso.

Siguió las paredes estrechas. Permanecían relativamente rectas, el suelo de tierra compactada. La dejó en el suelo para administrarle el antídoto. La acomodó en posición sentada contra la pared y metió la mano en su bolsillo, sacando un pequeño contenedor metálico oblongo. Quitó el extremo. El líquido transparente del interior parecía brillar. Iluminó los minerales en la roca azul, resplandeciendo como estrellas.

Su cabeza cayó hacia adelante, su cabello creando una suave cortina alrededor de su rostro. Alineó el extremo de la cápsula con la vena yugular en su cuello y presionó el botón. No sabía qué esperar, pero ella no reaccionó en absoluto. Nada. Su respiración no se alteró, y no gimió. Ni siquiera se movió.

Solo esperaba no haber llegado demasiado tarde.

Ahora a encontrar un lugar cómodo. La recogió como si estuviera hecha del material más suave. Su aroma se cernía sobre él. Canela con un toque de manzanas y sudor femenino salado. Gimió mentalmente. Ahora no era el momento de fijarse en cosas así.

Ni en cómo olía, ni en la curva de su mejilla, ni en su boca carnosa ni en la forma en que simplemente parecía *encajar* en sus brazos. Se sentía atraído por ella. Lo supo en el momento en que se despertó después de que ella le golpeará en su duro cráneo. Le gustaba que tuviera fuego y pudiera cuidarse sola, pero lo que fuera que veía en ella iba más allá de eso, si era sincero consigo mismo. Nunca había sentido nada parecido.

El hecho de que hubiera estado buscando a esas mujeres desaparecidas. El hecho de que fuera Capitana del ejército humano. La cantidad de trabajo incansable y determinación que eso conllevaba. Aunque las mujeres eran comandantes en el Consejo Interespecies, valoradas por sus méritos más que por su sexo, sabía que la Tierra era diferente. Era una sociedad patriarcal. Incluso en culturas más moderadas, existía lo que sabía que las mujeres del planeta llamaban - el techo de cristal.

Había una cosa segura: esta pequeña mujer tenía fuego en el estómago, y no tenía miedo de usarlo.

Su rostro se deslizó hacia su cuello, su aliento bañando su piel. Era tan suave. Tan perfecta. Su tacto era adictivo. Sus labios carnosos eran de un rosa más oscuro que el de su piel. Su piel impecable y pálida. Sus pestañas largas – el marco perfecto para unos ojos tan expresivos.

Su piel se erizó con conciencia. Junto con la palpitante conciencia sexual, algo *más*, algo casi *urgente* lo inundó. Una fuerza. Una conexión. Sabía que si algo le sucedía a Vivien, se vería afectado. Había visto la guerra, participado en innumerables batallas, conocía el precio, pero también sabía que era un precio que la gente estaba dispuesta a pagar. Un hombre vivía con eso. Lo aceptaba. Pero con la mujer en sus brazos, no estaba seguro de poder aceptarlo tanto como lo había hecho.

Una corriente de aire cálido lo envolvió. Atravesó el túnel que no era más que una grieta, pero cuando pasó a través de ella, agradeció al Creador haber continuado. Un arroyo poco profundo corría por el fondo arenoso azul de una cueva abierta, goteando silenciosamente en una curva perezosa. Luces iridiscentes parpadeaban en las paredes y el techo, brillando como estrellas en una exhibición interminable de pequeñas luces. Enredaderas de color azul eléctrico y morado brotaban desde un punto central en el techo y caían en cascada sobre el techo y las paredes, para terminar en una espuma de grandes hojas azules bordeadas con magenta brillante. El efecto era sublime e inesperado.

Y también, con suerte, seguro.

Vivien estaba temblando, su piel helada. Necesitaba calentarla. La acomodó en la arena suave y seca y procedió a hacer un lecho con las hojas esparcidas antes de colocarla encima. Sus dientes castañeteaban. Una capa de sudor cubría su piel. Su cabello pegado a su cuero cabelludo.

Recogió varias ramitas y ramas que estaban esparcidas por ahí y las apiló. Por suerte había muchas por todos lados. Apuntó con su Buscador y dirigió un rayo de energía intensa hacia el montón. Las ramitas cobraron vida en un fuego crepitante.

Ella necesitaba beber. Ignorando el latido en su muslo, cojeó hasta el agua. Configurando una función en el Buscador, escaneó rápidamente la limpieza del agua. Limpia, gracias a los Dioses. Recogió algo de agua en una hoja grande y ahuecada.

Sostuvo su cabeza y dejó caer algo de líquido entre sus labios. El agua corrió sobre sus labios y bajó por su barbilla, y solo podía esperar que algo del líquido lograra bajar por su garganta. También bebió algo del agua fresca. Era sorprendentemente dulce. El líquido golpeó su estómago, hormigueando, y luego la frescura se liberó en su torrente sanguíneo.

Su pierna palpitaba incesantemente. Se quitó los pantalones, examinando su muslo dañado. El fáser había dejado una quemadura a lo largo de su muslo. Su carne estaba abierta, los lados ennegrecidos de la herida como un marco macabro. La sangre rezumaba desde lo profundo de la herida.

Se quitó la chaqueta, luego la camisa, rasgándola en tiras. Recogiendo agua del arroyo con la hoja, la vertió sobre su herida. El rojo se mezcló con lo transparente. Siseó con el escozor. Una extraña sensación de hormigueo, casi de efervescencia, comenzó en lo profundo de la herida. Esperaba que no fuera alguna bacteria extraña. Si regresaba a la nave – *cuando* regresaran a la nave – Arix, su médico, tendría trabajo que hacer. Enjuagó su pierna hasta que el agua salió clara, luego enrolló la tira alrededor de su muslo, cubriendo la herida lo mejor que pudo.

Vivien emitió un gemido bajo y movió la cabeza de un lado a otro. Humedeció otra tira de su camisa, recogió sus pantalones y chaqueta y cojeó hacia la forma postrada de Vivien.

Estaba helada por todas partes. Más fría que unos minutos atrás. El fuego solo hacía lo suficiente. Necesitaba calentarla y rápido. Con cuidado, le quitó la chaqueta. Desabrochó su cinturón, sacándolo. Era bastante pesado, los múltiples bolsillos llenos de objetos no identificados. Fuera lo que fuese lo que estaba haciendo cuando fue secuestrada, había ido preparada.

Desabrochó sus pantalones. Gimió interiormente. Tenía debilidad por las piernas, y las suyas llegaban hasta el cielo. Obligó a su mente a apartarse de ellas, así como de la tira de encaje que cubría su feminidad, y desabotonó su camisa para revelar un vientre plano y tonificado y unos pechos cubiertos por un sujetador a juego. El sujetador era tan breve como sus bragas, y la parte superior se desbordaba en una deliciosa exhibición que incitaba a tocarla con los dedos.

Era esbelta en todas partes. Músculo tonificado trabajaba bajo la suave piel rosada. Su ropa abultada y masculina escondía a una diosa. Aunque estaba tensa por la enfermedad, no podía ocultar su belleza.

Era absolutamente preciosa.

Impresionante.

Sexy como el infierno.

Esta vez, gimió en voz alta.

Otro temblor sacudió su cuerpo y lo puso en acción. ¿iQué estaba haciendo!? Demonios, debería avergonzarse de sí mismo. La recogió en sus brazos y se acostó detrás de ella para que quedara entre él y el fuego, tratando de ignorar lo indescriptiblemente bien que se sentía.

Cuando estuviera mejor, probablemente no estaría ni remotamente interesada en un bastardo como él.

Lo mejor era dejar que esa idea simplemente se deslizara de la conciencia.

Además, ahora definitivamente no era el momento para pensar en esas cosas.

Realmente era un bastardo de primera categoría.

Su recuperación debería ser su principal prioridad, no su polla. Además de querer que se mejorara, todavía había un misterio sin

resolver sobre por qué los Reptiles la habían secuestrado en primer lugar. Ella era la clave que podría salvar a miles de millones. Las mujeres humanas habían sido seleccionadas por una razón, y esa razón seguramente era importante. Ella necesitaba vivir, no solo por sí misma, sino por el resto del universo.

Temblores violentos sacudieron su cuerpo. El sudor rodaba por su frente. Presionó una tira de material fresco contra su frente. Alcanzando el montón de ramas, lanzó la más grande sobre el fuego. Las llamas se encendieron y desprendieron una tremenda cantidad de calor. La atrajo hacia sí, con la espalda de ella contra su pecho, y envolvió sus brazos y piernas alrededor de su cuerpo antes de colocar su chaqueta y algunas de las hojas secas más grandes que había encontrado como una manta sobre ambos.

Después de un rato, los temblores disminuyeron hasta volverse esporádicos. Fue entonces cuando se relajó un poco, pero cuando comenzó a relajarse, se hizo evidente lo bien que ella encajaba contra su cuerpo. Como si estuviera hecha para estar allí. Su aroma lo envolvía. Aparte del sudor y la suciedad de los acontecimientos recientes, las dulces notas que eran únicamente suyas se infundían en sus sentidos, golpeándolo y haciéndole pensar en cosas completamente inapropiadas. De nuevo. Gimió, apoyando su cabeza contra el lecho, exigiendo a su mente que pensara en otras cosas que no fueran la mujer en sus brazos.

La luz del fuego crepitaba agradablemente, dando a las hojas azules un tinte anaranjado y secando el aire húmedo. Lentamente se relajó contra su cuerpo. Aunque su polla tenía otras ideas y se negaba a calmarse, logró ignorarla también. Había encontrado un santuario, sí, pero ¿cuánto duraría ese santuario? Solo podía esperar que estuvieran a salvo hasta que Vivien se recuperara.

Con suerte, había hecho lo suficiente.

Con suerte, el antídoto de Lauren funcionaría.

Con suerte... con suerte - demasiados "con suerte" sin una respuesta sólida.

Pero en este momento - era todo lo que tenía.



Capítulo Ocho

Sus sentidos volvieron lentamente. Flotó a través de capas de semiconsciencia oscura hacia las capas más ligeras de conciencia, luz filtrada, sonido y sensación.

Su cuerpo estaba pesado. Y caliente. Casi demasiado caliente. Parecía haber una especie de manta eléctrica detrás de ella, extendida sobre cada centímetro de su piel desde la parte posterior de su cabeza hasta sus pies, lo que era extraño porque nunca había tenido una manta eléctrica en su vida. También estaba tumbada sobre algo suave y gomoso que crujía como papel pergamino.

Miró alrededor sin entender realmente lo que veía. Cerró los ojos por un momento y los volvió a abrir parpadeando. ¿Dónde estaban las paredes gris pálido de su dormitorio? ¿Su ropa desperdigada sobre la silla en la esquina de su habitación? ¡No estaba en su habitación en absoluto!

Tomó una respiración dura y rápida e intentó apoyarse sobre el codo, con los ojos recorriendo el lugar. Estaba sobre un montón de lo que parecían hojas azules. Y arena. Arena azul pálido. Hundió su mano en ella para asegurarse de que era real, y entonces vio un estrecho arroyo no muy lejos.

Hojas azules y rosa brillante estaban esparcidas por el suelo, del que lianas tan gruesas como su muslo subían hasta el techo, pareciendo salir de un punto central en lo alto. Una iluminación tenue de miles de pequeñas luces iluminaba todo el espacio.

El recuerdo retumbó de vuelta en su mente. Este no era su dormitorio. Ni siquiera su ciudad.

Ni siquiera su planeta.

Se incorporó bruscamente, quitándose de encima una chaqueta y algunas hojas secas que la habían cubierto. El aire fresco y húmedo acarició inmediatamente su piel, provocándole piel de gallina. También estaba prácticamente desnuda. Cruzó los brazos sobre sus pechos, sintiéndose por primera vez en mucho tiempo perdida e indefensa. No le sentaba bien.

—¿Vivien? ¿Cómo te encuentras?

Ella chilló —¡chilló!— girándose. Un hombre rubio con pelo ondulado y alborotado se apoyó sobre su codo, mirándola con preocupación. Un hombre rubio desnudo que se veía demasiado bien sin ropa.

Las palabras se le secaron mientras sus ojos vagaban por un pecho que nunca terminaba. No estaba musculado como un culturista, sino más bien delgado y esbelto, y de ninguna manera parecía menos fuerte. La piel bronceada se estiraba sobre músculos firmes que conducían a abdominales cincelados y un espectacular triángulo en V de músculo que llevaría al cielo. O al infierno. Dependiendo de cómo lo miraras. De cualquier manera, tenía un cuerpo que solo horas de fitness y entrenamiento podían lograr.

Se le cerró la garganta y apartó la mirada de su delicioso pecho para centrarse en su cara. Él la miraba de la misma manera que ella a él. Con intenso hambre y consciencia. Agarró la chaqueta y se acurrucó detrás de ella, sintiéndose demasiado expuesta y demasiado consciente del estado de desnudez de ambos.

—¿Hemos... he... qué hemos hecho?

Él extendió la mano como para consolarla, pero ella retrocedió. Su mano cayó.

—Has estado enferma, Vivien. Muy enferma. Estabas helada. Tuve que mantenerte caliente —frunció el ceño. La expresión le resultaba

familiar y trajo consigo las circunstancias justo hasta que habían sido encontrados por esas criaturas. Monstruos.

Reptiles.

—Striker —murmuró ella, con los recuerdos recientes agolpándose rápidamente—. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —Miró alrededor de la cueva, con su equilibrio desajustado.

—Encontré la cueva. Esto era... es... inesperado —miró alrededor y luego volvió a mirarla.

—Parece ser algo más que solo una cueva —de alguna manera estaba viva. Tal vez era la interminable exhibición de luces parpadeantes, pero casi se sentía como si algo aquí fuera consciente. Observándola—. ¿Estás seguro de que estamos a salvo?

Él asintió.

—Bastante seguro.

Ella miró hacia los rincones más oscuros del espacio pero no detectó nada más que una sensación ligeramente extraña. Aunque, de nuevo, podrían ser sus nervios que estaban más que destrozados. Alcanzó y tocó detrás de su cuello. La pequeña herida estaba sensible.

—El antídoto funcionó.

Ella lo miró, con su cerebro dando vueltas por lo que vio. Él se había puesto de pie y alcanzaba sus pantalones. No pudo evitar mirar fijamente su trasero perfectamente proporcionado y masculino escondido bajo unos calzoncillos negros de algodón que parecían del estilo de bóxer corto que preferían algunos hombres. No había forma de que una tira de tela negra pudiera ocultar esas nalgas tonificadas. Estaban cinceladas a la perfección. Firmes, tonificadas, bien redondeadas.

Como si leyera su mente, él la miró por encima del hombro, con una sonrisa arrogante en los labios. Ella conocía esa mirada en la cara de un hombre. La mirada que sabía que las mujeres lo encontraban atractivo y no era un gran secreto.

Se puso la ropa tan rápido como pudo, tratando de no pensar demasiado en su estado sudoroso y manchado. Aunque bromeaba al respecto, parecía una persona bastante decente. Después de todo, la había salvado de los Reptiles cuando casi se había desmayado, y

luego encontró la relativa seguridad de esta cueva. La posición vulnerable no le sentaba bien.

—Debería darte las gracias, entonces. Por salvarme la vida —su voz era débil. No estaba acostumbrada a ser salvada. Que se lo preguntaran a su equipo.

Antiguo equipo. Ya no, por culpa de sus acciones. Apretó los dientes. No iba a ir por ese camino. No aquí. No ahora. Apartó el pensamiento sin piedad y volvió a centrar su atención en el momento.

Él inclinó la cabeza en señal de aceptación.

—Fue un honor.

Ella no sabía qué hacer con ese comentario, así que le entregó su chaqueta.

—Toma. Esto es tuyo.

Él asintió en agradecimiento y se la echó sobre los hombros. La atención de ella se centró en el vendaje que rodeaba su musculoso muslo.

—¿Estás herido?

—Me dispararon cuando nos atacaron. No es nada.

Ella recordaba vagamente haber discutido en el bosque, luego su memoria entraba en una calidad onírica de nebulosidad. Si no hubiera estado tan incapacitada, quizás él no habría resultado herido.

—No es nada. Me parece doloroso. Acércate y déjame echar un vistazo.

—Como he dicho, no es nada.

Él se movió para ponerse los pantalones, pero los dedos de ella se curvaron alrededor de su muñeca, deteniéndolo. Ella le lanzó una mirada fulminante.

—Escucha, soldado. Si te enfermas con una infección, me quedaré sola. Eso no solo es peligroso, es estúpido, así que ponte la cabeza en su sitio y déjame mirar.

La expresión en su rostro vaciló y la presunción desapareció, revelando un nivel del hombre interior. El brillo en sus ojos se intensificó. Estaba tan quieto que entonces ella se dio cuenta de *qué* estaba tan cerca de sus dedos que habían rodeado su muñeca.

Sus párpados bajaron mientras miraba el gran bulto de su hombría, claramente evidente bajo el material que se estiraba ajustado sobre su entrepierna. Al igual que el resto de él, era... magnífico.

—Mis disculpas.

Ella apartó la mano bruscamente. No era una mojigata. Había tenido su buena cantidad de novios. Había visto suficientes pollas en los barracones para toda una vida. Pero ver la suya, incluso cubierta, era algo completamente diferente.

La hacía tan consciente de sí misma. De cómo las hojas crujían bajo su palma. Cómo sus pulmones inhalaban aire. Cómo su piel hormigueaba y se calentaba desde dentro hacia fuera. Cómo su abdomen se contraía y las extremidades le hormigueaban.

Cómo quería alcanzar de nuevo, acariciar su polla a través del material y acariciarla de abajo a arriba. Ver cómo se engrosaba, sentir cómo se endurecía y luego verlo deshacerse con su tacto. El bulto ya impresionante se volvió más firme, con la forma clara de una erección que se engrosaba. No podía apartar los ojos de él. Se metió el labio inferior entre los dientes mientras un resorte interno comenzaba a contraerse.

—Estoy aquí si me quieres —su voz era whisky cálido suavizado sobre grava.

Algo se aflojó en sus entrañas, desenrollándose en un estiramiento lento y lánguido.

—En tus sueños, soldado. Solo quiero revisar tu herida.

Su ceja se alzó.

—¿Estás segura de que solo quieres revisar mi herida?

Ella resopló, un sonido de exasperación.

—¿Siempre eres así?

—¿Así cómo? —le ofreció una mirada de cachorro que estaba segura había hecho que cientos de mujeres hicieran fila por él.

Una sacudida de celos inesperados la atravesó, y ella hizo una mueca mental. Quizás ese veneno hizo más que solo dejarla físicamente inconsciente, aunque se preguntaba qué utilidad podría tener un veneno que afectara a la libido. Y la suya ciertamente estaba en un estado de agitación.

Miró significativamente al vendaje de su pierna.

—Tu herida. Si no te importa.

—Como desees —dijo las palabras, claramente con más intención, que ella ignoró rápidamente. Sin esperar más, desenrolló el vendaje, haciendo lo posible por ignorar el bulto masculino detrás de esa cubierta de material muy fina y breve.

Contrólate, capitana. Esta no es una situación donde puedas ir y divertirte rápidamente. Si no te has dado cuenta, no estamos en un resort, ni de vacaciones, ni siquiera de permiso por un día.

Tenía un trabajo que hacer, y necesitaba mantener su mente en la misión.

Jadeó en voz alta cuando el vendaje cayó. La herida era un corte abierto. La sangre rezumaba del corte profundo. Los bordes estaban ennegrecidos, como si estuvieran quemados. Debía de sentir mucho dolor, y aun así la había cuidado. Parecía que tenía más que agradecerle que solo cuidar de ella. Lo había hecho estando herido. También necesitaba atención médica inmediata. O lo mejor que ella pudiera proporcionar en estas circunstancias.

—Necesita ser limpiada.

—Ya lo he hecho.

Su boca estaba apretada en una línea firme, los bordes blancos por la tensión. Ella se reprendió en silencio. Él estaba sufriendo, y todo en lo que ella había estado pensando era en su polla.

—Creo que necesita ser limpiada otra vez. Te ayudaré a llegar al agua, y la lavaremos.

—Eso no es necesario... —Se había ido la actitud despreocupada, reemplazada por un hombre que no quería parecer débil.

—Al igual que no era necesario que me ayudaras cuando estaba fuera de combate y me ayudaste. Lo que es bueno para el ganso es bueno para la gansa, soldado —se puso de pie con piernas temblorosas, la determinación manteniéndola erguida, y agarró su mano. Estaba débil, y no le gustaba sentirse así. La dejaba demasiado abierta a cometer errores. Y a depender de otra persona —. Vamos, mueve el culo hasta el agua. Ya nos preocuparemos por los parásitos después.

—¿Qué es ganso y gansa?

Una mirada de genuina confusión cruzó sus rasgos. Y no se movió. Ella suspiró y dijo:

—Es solo un dicho. No una táctica de retraso.

Se maniobró bajo su hombro. Un brazo reacio se enroscó alrededor de la parte posterior de sus hombros antes de que él comenzara a cojear hacia el agua. No se había dado cuenta de lo alto que era en realidad, pero con un brazo fuerte alrededor de sus hombros, su pecho casi desnudo presionado contra su hombro, el calor de su piel atravesando su camisa, nunca se había sentido tan... femenina. Delicada. *Ese* sentimiento era completamente extraño.

—He probado el agua. Está limpia —dijo él.

Ella lo posicionó junto al agua y lo sentó en la arena, ligeramente sorprendida de que cumpliera tan fácilmente, el único sonido que emitió fue un silbido cuando estiró la pierna.

—¿Cómo has podido hacer eso?

Él sostuvo su muñeca.

—El Buscador es muy útil.

Ella miró el agua. Corría limpia y clara sobre un fondo arenoso. Un perfecto sistema de filtración natural, a pesar de lo que el Buscador había registrado.

—Bueno, gracias al cielo por los pequeños milagros —además, ella estaría sintiendo los efectos si hubiera algo en el agua si él se la había dado. Parece que habían tenido un respiro. Después de los acontecimientos recientes, era un pequeño milagro.

Ella recogió agua en sus manos, parpadeando sorprendida.

—¡Está caliente!

Él asintió.

—Y refrescante.

Ella se lamió los labios, mirando el agua. No le gustaría nada más que quitarse la ropa y lavar la pegajosidad de su piel.

—Creo que sería seguro bañarse. Si estás interesada, te daré algo de privacidad.

Ella lo miró. Quedó atrapada en su mirada. Estaba tan serio. Intenso. Totalmente centrado en ella.

—¿Qué, no hay oferta para unirme a mí? —*¿De dónde había salido eso?* Era como si estuviera coqueteando, y nunca había coqueteado

en su vida.

Su boca se estiró en esa sonrisa arrogante de nuevo.

—Si lo deseas, te acompañaré.

Era exasperante, pero tenía que admitir que le gustaba la broma. Una parte de ella estaba agradecida de que lo estuviera haciendo, aunque fuera para distraer su mente de la situación.

—No esta vez, semental. Lo dejaremos para otra ocasión —ante su expresión confundida, ella ofreció—: Quizás más tarde —suspiró, luego dijo—: Primero limpiemos tu herida.

Él inclinó la cabeza y posicionó su pierna a su alcance, pero ella todavía captó la tensión de su mandíbula y el endurecimiento alrededor de su boca que le decía que estaba sufriendo.

Su consideración la sorprendió. Él se estaba esforzando por ponerla a gusto, además de poner sus necesidades físicas por encima de las suyas. Realmente no estaba acostumbrada a ese tipo de atención. No sabía qué hacer con ello. Así que hizo lo que mejor sabía hacer cuando no sabía cómo procesar este tipo de cosas. Lo empujó a esa parte de su mente que se ocupaba de emociones rebeldes y lo encerró en esa caja que parecía estar alarmantemente llena últimamente. La caja que tenía una gran nota que decía: "No deseado e innecesario".

Por más que intentó abrir la tapa, permaneció cerrada. ¿Por qué, de todos los momentos en todos los lugares, la caja de repente no se abría?



Capítulo Nueve

Vivien cogió un poco de agua y la vertió sobre su herida. Tenía los dedos largos y delicados, y hacía una eternidad que no se fijaba en algo así en una mujer. Mentalmente se estremeció, odiando admitir que normalmente sus pensamientos eran mucho más básicos. Agradeció el hormigueo que le pinchaba como alfileres cuando el agua le lavaba la herida. Sin embargo, ella se negaba a mirarle a los ojos. O a pronunciar palabra alguna.

—¿Vivien?

—Tienes suerte. La herida no parece infectada.

Aún dolía como el demonio, pero no iba a decirlo. No importaba porque no había nada que pudiera hacerse al respecto si lo estuviera. Lo que sí podía hacer era averiguar por qué ella se había cerrado tanto.

—Como ya he dicho, se curará.

—Necesita vendarse de nuevo. ¿Has usado tu camisa? ¿Tienes más tiras?

Había un filo de acero en la línea de su barbilla. Su boca se había vuelto una línea recta, y no le había mirado a los ojos.

—Dime qué te pasa.

Por un momento, sus labios temblaron y el dolor cruzó su rostro, pero solo durante un fugaz segundo antes de que su expresión volviera a la perfecta neutralidad. Un movimiento bien practicado. Si no hubiera estado observándola atentamente, no lo habría notado.

—¿Vendas? —Fue a levantarse. Él le cogió la muñeca antes de que tuviera la oportunidad de alejarse.

—Como tú has dicho, soldado, lo que es bueno para el ganso es bueno para la gansa. Te necesito tanto como tú me necesitas a mí. Este no es el momento ni el lugar para cerrarse. Tenemos que comunicarnos. Estabas perfectamente bien hasta hace unos momentos. ¿Qué ocurre?

—Es al revés.

—¿Qué?

—Lo que es bueno para la gansa es bueno para el ganso. Así es como se dice.

—Me alegro de que estés de acuerdo. Dímelo. Comunícate... soldado. —Para demostrar su punto, le sujetó la muñeca cuando ella intentó liberarse. Se puso de pie, ignorando la punzada en el muslo para poder hablar sin tener que mirarla desde abajo.

Sus facciones estaban ahora tan fuertemente protegidas que parecían casi fijadas en acero plástico. Eso fue, hasta que el músculo de su sien comenzó a palpar. La señal de enfado era mejor que la máscara.

—No es nada.

—Esta reacción no es nada. Tampoco es normal —dijo él.

—Pero yo no soy... lo que sea que tú eres. Soy humana, y no puedes decirme que reaccionamos de la misma manera, así que ¿cómo sabrías si me pasa algo?

Su voz sonaba débil. Angustiada. Él frunció el ceño, sin que le gustara verla así. Sin soltar su muñeca, le colocó los nudillos bajo la barbilla y le levantó la cabeza para obligarla a mirarlo. Como sospechaba, una mezcla tóxica de emociones nublaba su rostro.

—No somos tan diferentes, nuestras dos especies.

—¿Y cómo sabrías eso?

Hizo una pausa, sopesando cuánto contarle, queriendo decirle todo, sabiendo que merecía escucharlo todo. —He estado en vuestro

planeta en numerosas ocasiones.

Todo su cuerpo se quedó inmóvil. Incluso su respiración. —¿Lo has hecho? ¿Cuándo?

—En ocasiones. Siempre que podemos tomarnos un descanso. El servicio de guardia puede llegar a ser bastante monótono. El comandante permitió a personal seleccionado bajar a la superficie por un breve tiempo.

—La gente lo habría sabido. El gobierno lo habría sabido. Os habrían visto —dijo ella.

—Camuflábamos nuestros rostros, llevábamos gorra y encorvábamos los hombros. Vuestra raza no suele fijarse demasiado en los demás. —No quería decir exactamente lo que había hecho durante su tiempo libre. No quería que ella pensara menos de él. No quería decirle que el sistema de defensa de su planeta estaba siglos por detrás de su tecnología—. Y veníamos de noche.

Su mirada recorrió su rostro. —Me habría dado cuenta.

Él le devolvió la mirada, observando la inteligencia tras sus facciones, la forma en que lo examinaba, cómo sus pensamientos saltaban de una lógica a otra. —Creo que te habrías dado cuenta.

Su postura se suavizó, pero estaba claro que no le creía. Él se preguntó si ella dudaba de sus propias capacidades. —¿Y cómo lo sabes?

—Porque sigues funcionando después de que te hayan arrancado tu mundo. No mucha gente podría hacer eso. Eso me dice mucho sobre ti.

Ella parpadeó, sus ojos se iluminaron. Tiró de su muñeca otra vez, pero él no había terminado con ella. En su lugar, dio un paso más cerca. Tan cerca que el calor de su cuerpo le envolvió. Su aroma femenino. Su aliento cálido al exhalar, su respiración acelerándose. Pasó la yema de su pulgar por la línea de su mandíbula. La boca de ella se entreabrió, sus labios brillantes, suaves y húmedos, tan tentadores.

—¿Como qué?

Era un desafío. Uno que estaba dispuesto a aceptar. Si conseguía que se abriera, utilizaría cualquier táctica que pudiera.

Realmente no podía entender por qué se sentía tentado a presionarla. Nunca había querido comprender a una mujer de esta manera antes. Pero con Vivien, maldita sea, era *importante*. Era un misterio que no podía decidir por qué quería descifrar.

—Me dice que eres valiente y fuerte, pero hay algo más pasando por tu cabeza, y tengo que decidir si eres una carga o un riesgo. Por la seguridad de ambos. Una reacción tan fuerte ante una oferta tan simple. Podrías haber dicho simplemente que sí, pero no lo hiciste. Reaccionaste a una escala mucho mayor de lo normal. Así que, te preguntaré una vez más, y seguiré insistiendo hasta que obtenga una respuesta. ¿Qué está pasando por tu mente?

Una lágrima recorrió su mejilla. Ella jadeó y la apartó con su mano libre, el horror reflejándose en sus facciones. —Eso no es asunto tuyo, soldado.

Le pellizcó la barbilla entre el nudillo y el pulgar y bajó sus labios hacia los de ella. Quería besarla hasta arrancarle las respuestas. También sabía que era algo completamente incorrecto, pero no podía evitarlo.

Si era sincero consigo mismo, había querido besarla de nuevo desde aquella primera vez en el bosque, una tentación a la que era incapaz de resistirse. Ella emitió un sonido, se tensó en sus brazos. Antes de que pudiera apartarse, él tiró de su muñeca hacia atrás. El paso que ella dio aplastó sus pechos contra su pecho. Al mismo tiempo, él hundió los dedos en el cabello de la parte posterior de su cabeza para mantenerla en su lugar.

Su boca jugó sobre la de ella, masajeando, provocando. Trazó la punta de su lengua entre la hendidura de sus labios, como si estuviera saboreando la comida más exquisita. Su sabor explotó en su lengua, y fue todo lo que pudo hacer para mantener cierta apariencia de control.

Succionó sus labios en su boca antes de inclinar la cabeza y masajear sus labios para asentarse más completamente sobre los de ella.

El momento de su rendición fue sublime. Ella se ablandó, apoyándose contra él y usándolo como soporte. Relajó su cuello,

inclinando su cabeza hacia atrás justo al ángulo correcto antes de abrirse, aceptando sus labios y abriendo su boca a la suya.

Con un gemido embriagador que resonó profundo en su pecho, aceptó su regalo y deslizó su lengua contra la de ella, zambulléndose en ese centro caliente y meloso, deleitándose en su sabor. La sensación caliente y resbaladiza de ella. Labios. Lengua. Aquiescencia.

Por todos los Dioses, nunca había experimentado un beso como éste. Donde tal capitulación era tan dulce. Protegida y vigilada, pero entregada sin restricciones.

Ella respiró profundamente, su pecho expandiéndose, sus pechos hinchándose contra su piel desnuda, con sólo el fino material de su camisa entre ellos. Él sabía cómo se veían bajo ese pequeño sujetador negro de encaje que llevaba, y el pensamiento hizo que su piel cobrara vida.

Le soltó la muñeca, su mano encontrando camino hacia la parte baja de su espalda. Los brazos de ella se enroscaron alrededor de su cuello, los dedos enredándose tentativamente en su pelo. Sus nervios cobraron vida, consciente de las partes de su cuerpo que la tocaban.

Su mano en la espalda bajó para abarcar un delicioso lóbulo de su trasero. Los brazos de ella se tensaron a su alrededor, cerrándose alrededor de su cuello. Su lengua se batía en duelo con la suya. Labios succionando. Ella hizo un pequeño sonido de maullido. Un diminuto ruido desesperado y desgarrador que se deslizó en su corazón.

Tanta agonía. Tanta desesperación. Tanto dolor.

Ella se aferraba a él, agarrándose a sus hombros como si estuviera luchando en una tormenta, los dedos destrozando su pelo, tirando y sacudiendo. El beso se había transformado en algo más desesperado. Sus dientes chocaron contra los suyos mientras sus movimientos se volvían más pronunciados. Casi frenéticos. Ella volvió a maullar, un muslo deslizándose alrededor del suyo. Él no pudo evitar sentir el núcleo caliente de su centro abriéndose contra su turgente miembro.

Sus caderas se inclinaron por sí solas, y el sonido que salió de la boca de ella fue aún más desesperado. Él tragó su grito antes de retirarse, sosteniendo su rostro entre las palmas.

Ella abrió ojos aturcidos, llenos de lágrimas contenidas. Un dolor puro estaba grabado en sus hermosas profundidades. No debería haberla presionado tanto. Ella había soportado más de lo que la mayoría de una especie inocente debería, y así era como él había mostrado su preocupación. La había llevado tan lejos, y ahora estaba atrapada en una pesadilla despierta.

Frek, ¡era un completo cabrón!

La culpa se abrió paso a través de la neblina sexual, y a través de la confusión surgió la claridad. No debería haber dejado que esto llegara tan lejos. Se asaría vivo en el centro de todos los Infiernos por la eternidad. Nada que no mereciera.

—Vivien.

Ella parpadeó, sus labios húmedos e hinchados por su devastador beso. Se movió para besarlo, y él se apartó. Lo más difícil que jamás había tenido que hacer. Ella estaba suave, dispuesta y dócil en sus brazos, y él sabía que haría cualquier cosa para olvidar la pesadilla en su cabeza.

Quería besarla de nuevo. Besarla hasta que estuvieran desnudos y retorciéndose y uniéndose como uno solo en el suelo arenoso.

Pero ella lo odiaría cuando volviera la lucidez.

Y eso era algo con lo que no podía vivir.

En su lugar, la envolvió en sus brazos, emitió sonidos tranquilizadores y le frotó la espalda hasta que supo el momento en que ella volvió a sí misma y se tensó en su abrazo. Sus brazos cayeron a sus costados, su columna se enderezó y su respiración se entrecortó.

—Ya puedes soltarme.

Lentamente, dio un paso atrás, colocando sus manos en los hombros de ella para que tuviera que mirarlo. Le llevó un largo momento antes de que levantara la barbilla en ese gesto que había llegado a reconocer y mostrara un rostro cuidadosamente desprovisto de emoción. La única forma en que él sabía que ella

sentía algo en absoluto era por sus ojos enrojecidos y ese delicioso labio inferior que temblaba inconscientemente.

—Esto no ha terminado. —Demonios, no quería que esto terminara. Quería que esto, fuera lo que fuese que estaba pasando entre ellos, sucediera en cualquier otro lugar menos aquí.

—Ahí te equivocas, soldado. *Esto* nunca llegó a empezar.

Ella llevaba su máscara de soldado, y eso estaba bien. Si era lo que la ayudaba a seguir adelante, ¿quién era él para juzgar? ¿Acaso no tenía él su propia máscara? Quizás había sido un error incluso tratar de que hablara de sí misma. No debería haber esperado que se abriera. Era solo algo en lo que tenía que trabajar.

—Disculpa mi comportamiento. Si deseas bañarte, te daré algo de privacidad.

Apartarse fue lo más difícil que tuvo que hacer. Un paso. Dos. Se dio la vuelta y volvió al jergón, sentándose de espaldas a ella. La cueva resonó en silencio, pero después de un rato oyó el crujido de la ropa y un chapoteo de agua. Cuidaría de ella de cualquier manera que pudiera. Incluso si eso significaba no estar cerca de ella.

Incluso si era lo más difícil que jamás había tenido que hacer. Intellectualmente, sabía que no debería haberla besado. Su instinto, sin embargo... su instinto quería seguirla hasta el arroyo y arrasar con los sentidos de ambos. Hundirse en sus ardientes profundidades y alejar el dolor.

Para ambos.



Capítulo Diez

Lo observó alejarse a grandes zancadas. Una parte de ella, una buena parte, quería decirle que parara. Que volviera y la besara de nuevo. Y más. Mucho más.

Nunca se había sentido tan... excitada. Sus relaciones anteriores, si es que podía llamarlas así, parecían un aburrido preludio comparado con el pulso de deseo que corría por sus venas. No solo la había besado. Había arrasado con su boca, y ella había sido absolutamente incapaz de detenerlo. No es que quisiera que parara. Quería seguir. Su cuerpo había clamado por más. Su *cerebro* ni siquiera había intervenido para decirle lo equivocado que era.

No, su cerebro había estado en una isla disfrutando de unas vacaciones de verano, tan dominado como su cuerpo. Su cerebro — la parte de ella que siempre evitaba decisiones estúpidas— simplemente había dejado de funcionar. Un cortocircuito por la necesidad de seguir besándole.

Si él no hubiera parado cuando lo hizo, estaba segura de que su cerebro habría usado todos sus puntos de viajero frecuente y solo habría vuelto después de que su cuerpo hubiera disfrutado de unas estupendas vacaciones a expensas de su vagina. Su ignorada y olvidada vagina.

Le había costado un buen rato entender qué estaba pasando después de que él terminara el beso. *Él* había terminado el beso. La vergüenza la inundó, encendiéndose como una llamarada solar en medio de su pecho.

Idiota. Era una completa idiota.

Una babosa, emocional e inútil idiota.

Era capitana de las SAS, por el amor de Dios. Había trabajado muy duro para llegar a donde estaba. Había sido a través de dientes apretados, una mentalidad enfocada en su objetivo, compromiso inquebrantable, noches pasadas sola y en soledad porque no podía permitirse dejar entrar a nadie, ya que trabajar hacia su objetivo era más importante.

Ese era un buen plan hasta que su vida se había desenredado por completo.

Apretó los dientes y se encontró mirando fijamente el arroyo. Quizás lavar su cuerpo también lavaría sus pensamientos en espiral descendente. Además, su piel le picaba con la sensación de las garras de los Reptiles, y el arroyo era más que tentador. Si no otra cosa, sentirse limpia sería una bendición.

Miró en dirección a su angustia. Él parecía estar estudiando las enredaderas en la parte trasera de la cueva, su ancha espalda estirando los hombros de su chaqueta a la perfección. Molesta por haberse fijado siquiera en ello, dirigió su atención de vuelta a su piel que le picaba.

Se sentía mejor. Menos agonizante.

Además, la idea de bañarse era tan tentadora que superaba el tener que desnudarse para meterse en el agua. De todas formas, no tardaría mucho. No podía. El arroyo cortaba justo por el medio de la cueva. No había refugio donde esconderse y no quería que Striker estuviera mirando a la pared más tiempo del necesario. Ni siquiera había un saliente de roca para ocultarse.

Una mirada más a Striker, y rápidamente se despojó de su ropa, quitándose la ropa interior con solo una ligera vacilación antes de entrar rápidamente en el agua tibia. El agua solo le llegaba a las rodillas en la parte más profunda, pero se tumbó, cerró los ojos, tomó un respiro profundo y se sumergió bajo la superficie.

Pasó los dedos por su pelo, haciendo muecas cuando encontraba nudos, tratando de eliminar la tierra y suciedad de sabe Dios qué. Se frotó la cara con las palmas, deseando tener jabón, antes de emerger a la superficie y tomar aire.

El agua le hormigueaba como si estuviera sentada en agua mineral efervescente. Miró a su alrededor, pero no había burbujas reveladoras que explicaran esa sensación. Corría tan clara a su alrededor como lejos de ella. Recogió un poco de agua y dejó que corriera de su palma de vuelta al arroyo. Se vertía como un fluido espeso, casi viscoso, más denso que el agua de la Tierra. Desconcertante.

Se frotó las palmas sobre su cuerpo, limpiando lo peor de la mugre y la suciedad tanto como pudo. Juntó las palmas y bebió agua, saciando parte de su sed. Le hormigueaba en la boca y garganta. Podría jurar que estaba bebiendo agua con gas. Todo era muy extraño, pero, al fin y al cabo, estaba en un planeta alienígena y bebía sabe Dios qué.

El hormigueo era aún más evidente en la herida de la parte posterior de su cuello. Presionó suavemente con los dedos sobre el corte, aliviando el dolor mientras exploraba. No estaba tan mal, considerando el dispositivo que Striker había extraído. Un dispositivo de esclavo mental, había dicho. Se estremeció ante la idea. No tener voz sobre lo que decías o hacías. Ese era un destino peor que la muerte.

Se preguntó por qué estos Reptiles llegarían a tales extremos. Debían ser una raza verdaderamente malvada para haberle hecho eso a millones.

También se dio cuenta de que no sabía nada sobre estos Reptiles, aparte del hecho de que iban de planeta en planeta convirtiendo a los habitantes en esclavos. Era hora de averiguar un poco más sobre estas criaturas. Conoce a tu enemigo era una buena filosofía.

Tomó un respiro profundo, lo contuvo por un momento para armarse de valor, y luego se puso de pie, decidida a hablar con Striker sobre *todo* —resistir sus impulsos más básicos. Todavía estaba en una misión. Aunque parecía haber entrado ella misma en

la lista de personas desaparecidas, era su deber entender qué les había pasado a esas otras mujeres.

Justo en ese momento, Striker se dio la vuelta. Ni siquiera fingió no haberla visto. Sus ojos se clavaron en los de ella, ardientes. Su mandíbula se tensó, los músculos de su cuello se marcaron. Sus puños se cerraron. Se abrieron.

Su cuerpo se puso en alerta máxima. Sus pezones se endurecieron, su abdomen palpitó, la excitación se agitó. El aire mismo parecía acariciar cada centímetro de su piel desnuda. Fue a cubrirse, pero se detuvo antes de hacerlo, dejando caer las manos a los costados.

Le gustaba que la observara.

Estaba seriamente excitada. De nuevo.

Tan rápido.

Intentó preocuparse, recuperar algo de autocontrol. Pero no pudo.

No era solo el hecho de que la mirara como si fuera un hombre hambriento y ella el plato principal. Era el hecho de que le *gustaba*. Había retomado exactamente donde lo habían dejado, y no podía pensar en una sola razón por la que se habían detenido.

Lo deseaba. Él la deseaba. Eso era todo lo que importaba.

Un gruñido profundo cortó a través de su bruma sexual. Se dio cuenta tardíamente de que venía de él. El sonido licuó sus entrañas. Era un sonido de desesperación, rayando en la frustración. Dio un paso, sacudió la cabeza como para liberarse de un pensamiento, llevándose la palma a la frente. Con ese movimiento, su contacto visual se rompió.

El hechizo se quebró. El mundo volvió, y ella pudo respirar de nuevo.

Vislumbró la confusión en su rostro antes de que se alejara a grandes zancadas y desapareciera en una grieta de la pared de la cueva que no había notado antes. El aire fresco le erizó la piel, llamando su atención hacia el montón de ropa en el suelo arenoso.

Cruzó los brazos sobre sí misma y se frotó los brazos mientras vadeaba a través del arroyo y la seguridad de la ropa, luchando por ponérsela sobre la piel mojada. A su alrededor, las luces

centelleaban como estrellas con esteroides. No estaba segura si era su imaginación, pero parecían estar más activas. Más brillantes.

Y la sensación de ser observada más pronunciada.

Ahora ni siquiera sospechaba. Lo sabía.

Estaba perdiendo la cabeza.

De repente sintiéndose exhausta, se dirigió al jergón con piernas pesadas como plomo y se desplomó sobre las hojas suaves. El burbujeo en su estómago empeoraba. No tenía náuseas, solo incomodidad, como si hubiera una bomba de baño explotando en su estómago.

Cerrando los ojos, se rindió al sueño que la llamaba, sin sentir el más mínimo atisbo de culpa por no haber resuelto ninguna de las preguntas que atormentaban su mente, o su misión, o el hecho de que estaba varada en un planeta alienígena con el alienígena más sexy vivo. Había una bendita oscuridad detrás del velo del sueño, y en ese momento era una tentación que no negaba.

* * *

No podía pensar con claridad, y no sabía por qué. Imágenes eróticas de Vivien pasaban por su mente como una caricia sensual. Cuando la vio ponerse de pie y vio el agua deslizarse por su cuerpo, supo que si no se alejaba, habría cedido a la tentación.

Y vaya tentación que era.

Lo cierto es que no era virgen. Había tenido intimidades antes, y habían sido divertidas para ambas partes. Pero había podido marcharse cuando el romance terminaba —ambos lo habían hecho— en términos mutuos. Incluso si se sentía atraído por cierta hembra, nunca había estado tan obsesionado que sintiera su piel hormiguear de conciencia incluso con solo un pensamiento.

Se ajustó el miembro mientras caminaba. Su erección era casi dolorosa. Si no podía apartar su mente de sus deseos rebeldes, estaría en problemas. Había una cosa segura, este no era el momento ni el lugar para empezar nada.

Estaban en problemas, y no podía ver una salida. No si no podía enviar un mensaje a Jo'Aquin o a la tripulación. Y no podía hacer eso sin la nave. O una torre, si es que todavía existían.

Una vez que un planeta era invadido por los Reptiles, nadie sabía exactamente qué sería de él. Colocaban una ciber-red sobre el planeta. Ninguna información podía entrar o salir. Era como si el planeta, y todos en su superficie, implosionaran.

Las preguntas de Vivien rondaban su mente. La más importante era, *¿por qué?* El Consejo, y todos los demás, tenían sus teorías, pero nadie sabía con certeza.

No se hacían demandas. No se entraba en negociaciones. En la superficie, no tenía sentido. ¿Quién invadiría un planeta, dedicaría recursos, costes, vidas para hacer tal cosa sin un aparente beneficio?

Sacudió la cabeza, sus pensamientos debatiéndose entre la motivación de los Reptiles y el sexo. Reprimió un gemido, ajustó su erección —de nuevo— y se dirigió hacia la entrada de la cueva. Quizás vigilar para ver si había Reptiles en la zona le daría algo de alivio.

Encajó su cuerpo a través de la grieta y recorrió la longitud del túnel serpenteante. Finalmente, dobló la esquina y se deslizó hasta la entrada, cuidando de permanecer oculto en las sombras.

El aire estaba entrecruzado con transportes volando bajo, llevando dos y tres Reptiles a la vez. Mientras observaba, un transporte voló sobre su cabeza y hacia las profundidades del bosque abajo. Era un hervidero de actividad concentrada, mucho más de lo que era cuando encontraron la cueva.

Lo más probable es que solo fuera cuestión de tiempo antes de que descubrieran la cueva, y a ellos. Si su situación podía empeorar, acababa de hacerlo. Los Reptiles eran tenaces. Si les estaban buscando, las criaturas no pararían hasta encontrarlos.

Se alejó con cautela de la entrada, cuidando de no hacer ningún ruido que pudiera ser detectado con cualquier tecnología, y desapareció de nuevo en el túnel. Había esperado que los Reptiles les estuvieran buscando, pero lo estaban haciendo *intensamente* en un esfuerzo altamente coordinado.

Lo que también le llamó la atención fue que no estaban usando a los esclavos mentales para hacer su trabajo. Los Reptiles eran inherentemente perezosos, usando a sus esclavos dondequiera y

cuando fuera posible. Incluso para buscar a los fugitivos. No les importaría. De hecho, no había visto a ningún habitante en absoluto.

Atenuó la luz de su Buscador y se deslizó de nuevo a través de la grieta. Esto significaba que este santuario no era seguro. Solo sería cuestión de tiempo antes de que uno decidiera explorar las profundidades de la cueva, pero su muslo aún palpitaba con la herida de la pierna, exudando fluido a través del vendaje, y Vivien todavía se estaba recuperando del veneno del Reptil. No estaba en condiciones de caminar por un bosque desconocido. Necesitaban descansar. Solo un poco más antes de tener que moverlos y enviar un mensaje.

Girándose, colocó algunas enredaderas y apiló algunas de las piedras más grandes para cubrir la fisura. A primera vista, podría parecer un callejón sin salida y actuar como un disuasorio. Alcanzó una piedra, para descubrir que estaba cubierta de una textura suave, casi peluda. La recogió y frunció el ceño. Era ligera. La olió. Desprendía un aroma ligeramente cítrico. Un aroma que hizo que su estómago rugiera al reconocer comida y protestar por el hecho de que no había tenido ninguna en un tiempo.

Rompió la dura piel exterior con el pulgar y extrajo una porción del interior. Un sabor dulce y dichoso estalló en su lengua, seguido de un destello efervescente. Estaba bueno.

Buscó entre el lecho de hojas en la base de las enredaderas, encontrando otro. Era extraño que no pareciera haberlos notado antes. Juraba que no estaban ahí, pero tenía otras cosas en mente.

Vivien también tendría hambre. Armándose de valor, la buscó, pero estaba dormida en el jergón. Eso era bueno. Significaba que se estaba recuperando.

Recogió algunas de las frutas, las puso cerca y se sentó junto a Vivien. Incluso dormida, había una intensidad en ella. Una fuerza sólida. Su cuerpo había sido moldeado para la aptitud física y el poder. Los músculos definían sus brazos, incluso relajados. Su forma era ágil y esbelta. No delgada, sino más bien saludable. Una forma física nacida de años de duro trabajo. Tuvo que preguntarse cuánto habría trabajado para lograr tal fuerza.

Sabía que estaba en las fuerzas armadas, pero sus habilidades y determinación interior mostraban que era más. Casi podía ver su mente trabajando a través de problemas y desentrañándolos en su sueño. Una verdadera estrategia.

Conocía esa mirada. La había visto en numerosos miembros de su propio pueblo durante las innumerables guerras en las que había participado. No desaparecía. No podías esconderte en los sueños. A veces eran el peor lugar para buscar un respiro. Los horrores de las batallas siempre dejaban cicatrices. Simplemente no podías verlas todas, pero una vez que las tenías, las reconocías en todos los demás. Parecía ser una verdad universal. Otras especies no se libraban.

Había pensado en ello a menudo y lo había aceptado, pero verlo desarrollarse en el sueño de Vivien fue la primera vez que lo había enfurecido. Si las guerras y batallas tenían que ocurrir, al menos el sueño debería ser un refugio. Al menos eso era lo que ahora deseaba para Vivien. Parecía necesitarlo más que la mayoría.

Apartó un mechón de pelo que había caído sobre su mejilla. Todavía estaba húmedo en sus sienes por su baño. *Ese* baño.

Solo recordarlo envió un estremecimiento por todo su cuerpo y una inmediata rigidez de su miembro. Se movió incómodamente. Realmente necesitaba controlar su libido. Sus reacciones eran cuestionables. Se sentía atraído por ella, no podía negarlo, pero desearla era como una droga en su sistema.

Trazó la línea de su mandíbula. No pudo evitarlo. Su piel era tan suave, como pétalos de una flor terrestre. Finas líneas se extendían desde las comisuras de sus ojos, y una ligera línea rompía la piel entre sus cejas. La alisó con la yema de su pulgar.

Tenía que tocarla. Era más que un deseo; era una *necesidad*. Algo que no parecía poder negarse a sí mismo. Pero ella estaba durmiendo, y tocarla era una invasión de la privacidad. Además, cuando la tocara, quería que ella lo supiera. Eso desencadenó otro destello de imágenes eróticas en su mente.

Su estómago se tensó y su pecho se constriñó ante las imágenes eróticas. Primero tocaría sus hombros, brazos, todo su cuerpo, y luego, cuando no pudiera soportar ninguna ropa entre ellos,

desenvolvería su cuerpo, como el mejor regalo recibido en el Festival de los Dioses. Se tomaría su tiempo, sería consciente de todo sobre ella mientras develaba su belleza, hasta que estuviera desnuda y abierta y húmeda y cálida y dispuesta y buscándole con la misma necesidad con la que él la buscaba a ella.

Su cuerpo podría no ver el problema de hacer esto mientras ella dormía, pero su mente todavía conservaba un vestigio de caballerosidad. Un temblor recorrió su brazo, pero apretó los dientes y obligó a sus dedos a alejarse.

Entonces ella abrió los ojos.



Capítulo Once

— ¿Qué crees que estás haciendo?

Se inclinó sobre ella como si estuviera a punto de besarla. De devorarla. Y su primera reacción fue alcanzarlo y tirar de él hacia sus labios expectantes. Pero entonces la fría y dura razón se abrió paso en su cerebro, dura como el hielo.

Él parpadeó, aclarándose la niebla de sus ojos. Se echó hacia atrás, pareciendo casi confundido al encontrarse tan cerca de ella. De forma ilógica, quiso atraerlo justo a donde había estado. En vez de eso, obligó a sus débiles extremidades a obedecer su orden y se incorporó. Todos sus músculos protestaron cuando se obligó a moverse. Se sentía como si hubiera corrido durante una semana. Subiendo una montaña. Con un equipo de treinta kilos a la espalda. Continuamente.

Se pasó la palma por la cara, intentando recuperar algo de energía. Si tan solo pudiera volver a dormirse. Durante aproximadamente una semana.

—Toma.

Se concentró en una roca azul del tamaño de la palma de su mano que él le ofrecía. —¿Qué es?

—Fruta. Está bastante sabrosa. —Hundió los pulgares en la piel y la separó. Gotas de jugo salpicaron el aire al abrirse.

—¡Huele a naranjas! —No sabía cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había comido, pero por la forma en que su estómago se contrajo, había pasado un buen rato.

—También sabe bien —dijo él.

Le dio la mayor parte y guardó un trocito para sí mismo. Su mirada nunca la abandonó mientras comían. Normalmente, odiaba ser el centro de atención. Pero viniendo de él, era diferente. Y eso era algo que no le gustaba.

No quería darle vueltas y se concentró en la fruta. El interior era de un lila pálido, la piel más dura y peluda de color azul, y parecía tener la consistencia de un melón. Era difícil reconciliar algo con este aspecto que oliera a algo familiar. Se preguntó fugazmente si sería seguro comerlo, pero el agua estaba bien y Striker, que ya había dado varios mordiscos, se había detenido y la observaba como si estuviera esperándola.

Levantó la fruta, la olió. Un olor dulce y succulento le hizo la boca agua. Tenía demasiada hambre para darle más vueltas. Hundió los dientes en la pulpa. El sabor explotó en su boca. —¡Es una naranja mezclada con fresas. ¡Mis favoritas! —Era increíble, y antes de darse cuenta, estaba raspando la piel con los dientes. Incluso el extraño hormigueo en la lengua se sentía bien.

—¿Quieres otra? —Le ofreció otra.

Al darse cuenta de que había devorado su fruta, le dirigió una sonrisa de disculpa. —Debía de tener más hambre de la que pensaba. —Rechazó la fruta con un gesto. —Está bien. La dejaremos para más tarde. —Lo miró. Él se lamió una gota de jugo de la comisura de la boca. Sus labios parecían húmedos, suaves y tentadores. Se aclaró la garganta. —Eh. Gracias por encontrar la fruta. ¿Dónde estaba, por cierto?

Señaló en dirección a las enredaderas. —Justo en la base del follaje, allí.

Miró hacia allí. Las luces parpadeantes parecían ser mucho más brillantes, pero probablemente era porque sus ojos estaban

acostumbrados a la relativa oscuridad de la cueva. —¿No había una salida de aquí?

Asintió, deshaciéndose de las cáscaras enterrándolas en la arena un poco más allá. —Cubrí el hueco con enredaderas. Fui a la entrada de la cueva. No... tiene buen aspecto ahí fuera.

—¿Qué significa exactamente "no tiene buen aspecto"?

Su muslo rozó el de ella al sentarse de nuevo a su lado. El calor se avivó con el contacto, penetrando directamente en sus músculos y estallando con una serie de escalofríos y mayor conciencia.

Sacudió un poco la cabeza, tratando de deshacerse de la hipersensibilidad hacia él. Su gran palma se posó en su hombro, los dedos masajeando como si simplemente tuviera que tocarla. —¿Estás bien?

Mirarlo fue un gran error. Aun así, intentó superarlo haciendo preguntas que eran importantes pero carecían de urgencia. —Sí. Solo... dime a qué te referías. *Dime cualquier cosa para dejar de pensar en lo bien que se siente tu mano sobre mí.*

Se lamió los labios, su mirada bajó a su boca y volvió a sus ojos, con una expresión de perplejidad en su rostro. —Los Reptiles están haciendo un esfuerzo concertado para encontrarnos. Puede que no sea seguro quedarnos aquí demasiado tiempo.

Ella estuvo de acuerdo. Siempre moverse. Nunca quedarse quieto. No dar a tus enemigos la oportunidad de encontrarte. Pero la forma en que su pulgar se movía en un pequeño círculo contra la piel de su clavícula le estaba haciendo muy difícil concentrarse en maniobras tácticas.

—Tenemos que enviar un mensaje. Tenemos que llegar a una torre de comunicación, o volver a tu nave. Colarnos a bordo y enviar un mensaje. ¿Sabes dónde hay una?

—¿Una qué? —Su mirada bajó a su boca, y se inclinó un poco hacia delante.

Ella inclinó la cabeza contra el dorso de su mano, como un gato buscando una caricia. Pero era su tacto el que encendía fuegos artificiales en la tierna piel de su mejilla. —Una torre. O tu nave.

Levantó la muñeca, tocando la pantalla. La luz iluminó su rostro. Sus pupilas estaban tan dilatadas que habían eliminado todo el color.

Apareció una imagen esquemática en un holograma flotante tridimensional. Tres puntos parpadeando silenciosamente, uno amarillo y dos rojos, aparecieron dentro de una cuadrícula que claramente indicaba un paisaje.

—Somos el punto amarillo aquí. Creo que esa es una torre justo ahí. El punto rojo es la nave.

Se movió, y su muslo se alineó con el de ella desde la cadera hasta la rodilla. Su pierna era enorme. Sabía lo duros que eran esos músculos. Se inclinó hacia el holograma, su palma se posó sobre su muslo. Hubo una exhalación de aliento larga y lenta.

—No parece tan lejos.

Él había dejado de mirar el holograma. Cuando bajó la muñeca, la pantalla desapareció. Se inclinó tan cerca que su aliento acarició su mejilla. —Creo que...

Cuando tragó, ella observó cómo la nuez de Adán saltaba en su garganta. Vagamente se preguntó cómo los extraterrestres podían tener nuez de Adán antes de que el pensamiento de sus labios sobre los suyos nublara sus pensamientos.

—¿Crees...?

Era tan difícil pensar cuando todo lo que quería era sentir; su mano en su cuerpo, para ser precisos. Sus dedos se aferraron a su muslo, casi lo suficientemente fuerte como para dejar un moratón, pero él no pareció notarlo. O importarle.

—Está casi demasiado cerca. Es demasiado fácil llegar allí.

Su enorme palma acunó la parte posterior de su cabeza, y ella suspiró cuando sus dedos se enredaron en su pelo. Una ligera presión, y cayó contra él, con la cabeza inclinada, las palmas aplanadas sobre su pecho.

—Fácil. Sí. —Sería tan fácil cerrar esa pequeña distancia que había entre ellos y dejar que él hiciera lo que su cuerpo anhelaba que hiciera. La intensidad era insoportable.

Estaba segura de que había cierta urgencia en lo que él decía, algo de lo que debería ser más consciente, pero justo en este momento no parecía poder reunir ningún sentido.

Su mano se deslizó desde su pecho hasta su nuca, los dedos resbalando por la piel sedosa. —Tenemos que estar...

—Estar...

—Alerta.

—Sí. Alerta... —Ni siquiera estaba pensando en palabras o significados o puntos o mapas. Eran ruido de fondo ante la necesidad abrumadora de besarlo. Cubrió la corta distancia. Un suspiro se extendió por ella cuando sus labios se encontraron con los de él. Él separó los labios, y ella se deslizó dentro, deleitándose con el calor húmedo y abrasador dentro de su boca.

Su lengua se batió en duelo con la suya, y la mano en su nuca se afirmó. Otra rodeó su cintura, y estaba siendo bajada hacia el jergón. Ella lo recibió con los brazos alrededor de sus hombros, abrazándolo. La acomodó para que se acostara sobre las suaves hojas, sin romper el beso.

Sus dedos se deslizaron bajo su camisa y la recorrieron desde las caderas, sobre el abdomen, la caja torácica hasta cubrir su pecho. Arqueó la espalda, gimió en su boca mientras sus dedos acariciaban y provocaban. Las yemas de sus dedos rozaron su pezón erecto, enviando una cascada de sensaciones de arenas movedizas filtrándose por su cuerpo y cortocircuitando su cerebro.

Pura necesidad. El deseo sin adulterar corría por sus venas. Él se acomodó entre sus muslos separados, su entrepierna presionada contra la parte más íntima de su cuerpo. Rompió el beso para arrugar su camisa.

Lamentó la pérdida de su boca antes de que él deslizara su sujetador hacia arriba y devorara su pecho. Ella se estremeció, arqueando la espalda mientras gritaba. El calor líquido viajó desde su pezón hasta su entrepierna, inflamando la necesidad absoluta de su atención.

Sus dedos arañaron sus hombros mientras él succionaba un pezón, luego el otro. La exquisita necesidad se transformó en un fuego que lo consumía todo cuando su mano se deslizó entre sus piernas y trazó la costura de su sexo a través de sus pantalones. Una sensación dorada la atravesó cuando casi llegó al clímax con ese toque demasiado rápido.

Levantó la cabeza, sus pupilas dilatadas como si fuera medianoche. —No puedo evitar tocarte.

—Pues no lo evites. —No reconoció su voz, estaba tan espesa de excitación.

Sus dedos se aplanaron, y le cubrió el monte de Venus. El calor de su palma atravesó el material. Frunció el ceño, como confundido. —¿Es esto lo que quieres?

¿Por qué se había detenido para preguntar? —Más que nada.

Se desabrochó los pantalones y se los quitó de las piernas, junto con su ropa interior. El aire fresco se posó sobre su piel, la sensación liberadora de estar desnuda intensificó todos sus sentidos.

—No creo...

Ella acarició su miembro, frotando su dura longitud a través de sus pantalones. Él cerró los ojos y se estremeció, y ella lo acarició desde los testículos hasta la punta. —Uno de nosotros está demasiado vestido. —Forcejeó con el cierre antes de que él la ayudara y se desprendiera de su ropa.

Ella le quitó la chaqueta, luego él estaba arrodillado entre sus piernas, desnudo, su miembro erguido gloriosamente. Se apoyó en un codo, alcanzándolo. Su caliente longitud se asentó en su palma, la sensación de su piel sedosa tan suave sobre tal dureza. Giró mientras lo acariciaba, su pulgar jugando sobre la punta. Su mirada la clavó con tal ferocidad que ella se sobresaltó anticipando lo que sabía que vendría.

—Estás jugando con fuego.

—Qué curioso. Pensé que estaba jugando con tu...

Se lanzó sobre ella, su boca devorando la suya. Esta vez, no hubo suavidad en su beso. Él tomó. Ella dio. Libremente. Saqueó su boca, los dientes chocando, mordisqueando sus labios. Mientras la besaba, se acomodó entre sus muslos, la punta de su miembro rozando su entrada. Un pequeño movimiento de sus caderas, y la cabeza la estiró y entró en ella.

Levantó la cabeza, los músculos de su cuello tensándose. —Te preguntaré esto una vez más. ¿Es esto lo que quieres? —Para ilustrar su punto, movió las caderas, entrando un poco antes de retirarse completamente.

Todo su cuerpo palpitaba con necesidad erótica. —No solo quiero esto. Lo *necesito*. —Alcanzó entre ellos y, con un movimiento de su

cuerpo, se empaló. Con un profundo gemido, él se deslizó en un suave movimiento hasta quedar completamente asentado dentro de ella.

Su cabeza cayó hacia atrás sobre las hojas, boca abierta, jadeando. Se sentía tan bien. Abrió los muslos, bloqueando sus tobillos detrás de su trasero, y movió las caderas, probándolo dentro de ella. Una sensación exquisita se disparó, girando en espiral en todos los centros de placer de su cuerpo.

—Te sientes tan malditamente bien a mi alrededor, Vivien.

—Tú tampoco estás nada mal —logró decir después de unos momentos.

Su peso cambió, y un calor húmedo rodeó su pecho. Acunó su cabeza mientras él succionaba su pezón y comenzaba a embestir. Ella movió las caderas, encontrando cada deslizamiento largo, lento y sensual.

La presión aumentó, subiendo con cada caricia. Presionó sus talones en su trasero, instándolo a ir más fuerte. Más rápido. Él se estrelló contra ella, su ritmo acelerándose. Sus dedos se tensaron en su pelo. Él plantó sus manos a ambos lados de ella y se elevó sobre ella.

Ella se aferró a sus bíceps mientras su ritmo aumentaba. Su respiración se volvió entrecortada mientras esa deliciosa ola alcanzaba su punto máximo, y se perdió en un orgasmo glorioso y vertiginoso. Él se tensó, se zambulló en ella, gimió desde lo más profundo de su estómago. Echó la cabeza hacia atrás, gotas de sudor cayendo por su mejilla mientras se liberaba dentro de ella. Sus músculos se tensaron, la piel brillaba. Su último pensamiento coherente mientras otro orgasmo la envolvía fue lo glorioso que se veía.



Capítulo Doce

Se despertó acalorada. Y se sentía maravillosa, con los músculos en un estado relajado y lánguido. Se estiró, disfrutando del alivio. Flotaba en un estanque mental de letargo.

Hasta que recordó lo que acababa de hacer.

Sus músculos se pusieron rígidos y abrió los ojos de golpe. Un enorme montículo de músculos se movió bajo sus extremidades extendidas. Tenía un brazo sobre su pecho, una pierna cubriendo ambos muslos gigantes. Un pecho desnudo e igualmente muslos desnudos.

Echó un vistazo a lo largo de su estómago y más allá; sí. *Aquello* también estaba desnudo, y con esa constatación se esfumó la débil esperanza de que todo hubiera sido un sueño.

Desenredó sus extremidades con todo el cuidado que pudo. El brazo de Striker le cubrió los hombros, incluso mientras dormía. Ella envolvió su muñeca con los dedos y bajó lentamente la extremidad hasta que cayó sobre las hojas detrás de ella.

Se alejó con cuidado, sintiendo el aire fresco donde antes estaban piel contra piel. Él apenas se movió. Ella soltó el aliento que no se había dado cuenta que contenía. Salió como un silbido, dejándola con la sensación de ser un neumático desinflado.

Joder. ¿Qué. Demonios. Había. Hecho?

Justo lo *peor* que podría haber hecho jamás en una misión.

Porque eso era lo que estaba haciendo.

Una *misión*.

Y por razones que escapaban a su comprensión, no había sido capaz de controlar su libido, ni podía hacer retroceder las manecillas del tiempo antes de, no sé, *joderlo todo*.

Hundió la cabeza entre las manos antes de separar los dedos y recorrer con la mirada el musculoso cuerpo de Striker. Su pecho se expandió al tomar una respiración profunda. Un puño ligeramente cerrado a su lado. Dedos largos que la habían sostenido con tanta delicadeza. Incluso con ternura, a pesar de la pasión de su encuentro amoroso. Se preguntó cómo unas manos que parecían tan poderosas podían mostrar tal ternura. Incluso la forma en que la había mirado mientras hacían el amor, con ferocidad y anhelo en sus ojos.

Una mirada que no merecía.

Él no la conocía. Lo que había hecho. La misión que había matado a su equipo. Sus amigos. La única familia que tenía. No era alguien a quien nadie debiera acercarse tanto.

Era un error que no podía permitirse cometer de nuevo.

Con el corazón acelerado, agarró su ropa de donde la había lanzado y metió sus extremidades en ella a tirones.

La misión. Tenía que mantenerse centrada. No desviarse. Las distracciones mataban a la gente. No podía esperar que Striker se pusiera en más peligro del que ya había afrontado. ¿Para qué? ¿Por una soldado a la que se le había arrebatado todo tras una serie de malas decisiones? No merecía que nadie arriesgara su vida por ella. Y absolutamente no un hombre como Striker. Él estaría seguro en la cueva. Sin duda tendría más posibilidades de supervivencia sin estar lastrado por ella.

Ella se había metido en esta situación, y ella misma saldría adelante. Striker permanecería aquí, en la cueva, a salvo, y ella enviaría una comunicación. Ignoró la punzada que la instaba a volver a tumbarse junto a él, estirarse y disfrutar de su piel contra la suya, esperar a que se despertara y volver a hacer el amor con él.

Pero era una soldado, y hasta hace unas semanas una muy buena. Era la mejor ignorando sus sentimientos y lo que quería hacer en favor del panorama general. Esta vez no iba a ser diferente.

La extraña Starjet de Striker sería el lugar más lógico para enviar una señal. Ni siquiera sabía cómo era una torre de comunicaciones. Al menos sabía cómo era la Starjet. Tenía la ubicación marcada en el mapa del dispositivo de muñeca de Striker. Era casi demasiado fácil.

Casi.

Excepto que estaba en un planeta alienígena. Territorio desconocido. Enemigo desconocido.

Sin mencionar después del mejor sexo de su vida.

Un calor seductor con una dosis de confusión la invadió. Ella nunca hacía esto... esto del sexo casual. Y hacerlo en estas circunstancias era algo que absolutamente no debería haber hecho. Fue casi como si no hubiera podido evitarlo, pero toda su carrera —toda su *vida*— se había construido sobre un estricto autocontrol.

Se avergonzó por la forma en que dejaba a Striker. Como si estuviera escabulléndose.

Bueno, ¿no es eso lo que estás haciendo?

Apartó esa voccecita a un lado. Lo último que necesitaba era tener remordimientos por marcharse como lo estaba haciendo.

Estaba intentando arreglarlo. Estaba intentando mantenerlo a salvo. Estaba intentando compensar tantas cosas mal hechas. No tenía derecho a esperar que nadie salvara su maldito trasero.

Sigue diciéndote eso a ti misma.

Genial. Ahora la voz tenía actitud.

Sal de tu cabeza, Demazi, y concéntrate en la misión. No le des tantas vueltas.

Una de las primeras cosas que aprende un soldado es el sigilo. Una táctica en la que ella era particularmente buena. Desabrochó el dispositivo de su muñeca sin que él se moviera siquiera. Tal vez podría ser carterista cuando regresara a casa. De soldado caído en desgracia a ladrona. Tenía cierto atractivo. Un mal atractivo, pero atractivo al fin y al cabo. El pensamiento irónico la divirtió durante un segundo antes de que la familiar pesadez en su corazón regresara.

Ajustándose el dispositivo en su propia muñeca y con las botas en la mano, se dirigió hacia el hueco que Striker había cubierto con las enredaderas. Un susurro rozó su oído. Giró sobre la punta de los pies, con los ojos moviéndose rápidamente, pero Striker seguía dormido en el jergón y la cueva estaba en silencio.

Se mordió el labio inferior mientras esperaba a que su acelerado corazón se relajara, manteniéndose quieta por si alguna forma sombría se movía en una parte distante de la cueva. Pero la luz seguía centelleando y el agua seguía fluyendo. Aparte de eso, nada más se movía. El sonido debía ser su imaginación.

Apartó las enredaderas y pasó a través de ellas, volviéndolas a colocar como si nunca las hubiera tocado. Avanzó por el túnel totalmente oscuro usando las yemas de sus dedos a lo largo de las húmedas paredes de piedra como guía. Estaba tan silencioso que su respiración sonaba fuerte en sus propios oídos, pero sabía que eso era solo un truco propio de un silencio tan absoluto.

De repente, la invadió una ola de mareo. Se apoyó contra la pared, recargándose pesadamente mientras esperaba a que la sensación pasara. Su respiración era temblorosa cuando recuperó algo de fuerza.

¿De dónde había salido eso?

Sacudió la cabeza para disipar lo último que quedaba. Ahora no era el momento para que su cuerpo la frenara. Bloqueó sus rodillas, tomó una respiración profunda y siguió caminando, mantenida en pie por su determinación.

La oscuridad del túnel se desvaneció en una luz grisácea filtrada que conducía por una estrecha esquina hasta revelar una cueva más pequeña. La luz gris que entraba por la abertura la cegó por un momento. Se arrastró lentamente, pegada a la pared de la cueva hasta que llegó a la entrada.

Observó desde las sombras. Objetos con forma de platillo sobre los que se erguían dos o tres de aquellas viles criaturas se deslizaban sobre las copas de los árboles. Retrocedió. Verlos de nuevo hacía que todo fuera demasiado real.

El impulso de volver y encontrar consuelo en los brazos de Striker era una verdadera tentación. Pero una a la que estaba decidida a no

ceder. Uno de los resultados de haber sido capturada por terroristas era ignorar el miedo.

El miedo hacía que cometieras errores. El miedo te hacía débil. El miedo era una emoción, y las emociones podían controlarse.

Cerró los ojos, visualizando su miedo como una nube negra que flotaba alrededor de su cabeza y corazón. En su mente, agarró la nube y la trabajó hasta convertirla en una bola no más grande que una pelota de tenis antes de meterla dentro de ese pequeño cofre que mantenía bajo llave en ese lugar profundo dentro de ella.

Se estaba volviendo una experta en hacer eso. Cualquier cosa que no le gustara sentir se convertía en una pequeña bola negra y pesada encerrada dentro de ese cofre mental. Tan buena como desaparecida.

Hubo una ligera punzada en su pecho antes de que la determinación y la firmeza de acero reemplazaran el miedo. Marginalmente mejor. Al menos ahora podía pensar con claridad. Las cosas serían mucho más fáciles si simplemente no tuviera que sentir nada en absoluto.

Concentrándose en el exterior, esperó y observó. Pronto emergió un patrón. Obviamente estaban buscándolos a ambos, y lo estaban haciendo realmente mal. Los huecos entre las naves que volaban sobre sus cabezas y dónde miraban eran enormes. Había poca organización y aún menos capacidad. No parecían ser capaces de ver mucho con esos ojos pequeños suyos. A juzgar por su falta de habilidad, tal vez tuviera una oportunidad de alcanzar la Starjet.

Se retiró de nuevo a la cueva y abrió el mapa en el Buscador de la misma manera que lo había hecho Striker. Apareció la pantalla tridimensional, con la topografía y la dirección clara. Por encima de la cresta y bajando por el valle. Fácil. Podía hacerlo.

Ella *iba* a hacerlo.

Esperó hasta el siguiente hueco en el tráfico de aerodeslizadores y corrió silenciosamente hacia el denso follaje de los árboles circundantes, ignorando el frío mordiente y la sensación sin nombre en su corazón que la instaba a volver con Striker.

Se agachó bajo una rama baja, acurrucándose en una bola inmóvil, con su mano en el áspero tronco para estabilizarse. Un

susurro se deslizó a su alrededor. Parte del aire, y a la vez no. Un sudor caliente brotó por su piel mientras giraba, pero nada podría haberle hablado.

No le sorprendería estar volviéndose loca. Sería una locura *no* volverse loca, considerando todo. Una risita quería escapar, pero la reprimió. No podía permitirse hacer ruido. Otra nave se deslizó silenciosamente sobre ella. Se quedó tan inmóvil como los árboles que la cubrían hasta que pasó.

Su aliento se condensaba en el aire mientras se agachaba hacia el siguiente árbol, luego el siguiente. Se lanzó a través del bosque, vigilante y tensa, dirigiéndose hacia la cresta y el valle más allá. Las patrullas de los Reptiles eran frecuentes, pero no muy minuciosas. Soldados así serían despedidos bajo su mando. Enviados de vuelta al entrenamiento básico como mínimo.

Pronto la tenue luz del día se espesó en una sombra más profunda a medida que se acercaba la noche. La temperatura fresca también bajó, lo suficiente como para que el frío de la noche atravesara su ropa diseñada para temperaturas mucho más cálidas.

Apartó su mente del frío. Seguir moviéndose evitaría lo peor. Se preguntó cuánto tiempo llevaba Striker despierto. Ya tendría que estarlo. No la seguiría. No sabría en qué dirección había ido. Después de todo, ella tenía su Buscador. Él era lo suficientemente experimentado como para saber que si se quedaba en la cueva, estaría a salvo. Con suerte, no faltaría mucho una vez que enviara una señal.

Se agachó bajo el refugio de un follaje espeso, arriesgándose a echar otro vistazo al mapa. Estaba aproximadamente a medio camino. La pendiente del terreno que conducía a la cresta era bastante empinada y rocosa, pero a juzgar por el tiempo que había pasado caminando por el bosque, debería llegar a la nave antes del amanecer.

Una voz desmembrada pasó por su oído. Un toque en su hombro. Giró, y la grava tintineó pendiente abajo cuando su zapato resbaló. No había nada allí más que aire. No podía quitarse la sensación de que la estaban observando, pero no había patrullas. Nada se movía en la maleza. No había nadie alrededor.

Las voces estaban empeorando. Más prominentes. Incluso urgentes. Si se concentraba, casi podía escuchar palabras. Se limpió el sudor de la frente con una mano temblorosa.

Paranoia. Delirios. Su tenue control sobre sus capacidades mentales estaba disminuyendo. Había pasado por mucho. Quizás demasiado para que su mente lo manejara. Lástima que no hubiera perdido la cordura en la Tierra. Al menos allí tenían hospitales para este tipo de cosas.

Apretó los dientes con tanta fuerza que casi le dolió, y se frotó el punto en su hombro donde la mano fantasmal la había tocado. Todavía podía sentir su tacto en el hombro, como si la mano aún estuviera allí. Aunque no lo estaba. Nunca lo había estado. Todo estaba en su mente, llegando a una conclusión inevitable. Estaba en una espiral descendente. Todos los signos estaban ahí.

Solo necesitaba aferrarse a alguna apariencia de cordura hasta que enviara un mensaje de rescate. Corrió bajo los árboles, su respiración haciéndose laboriosa, los músculos tensos y ardiendo. Resbaló en la grava, se impulsó por la pendiente usando ramas como palanca. Las voces susurraron de nuevo, haciendo eco desde el aire.

Las ignoró.

Seguiría adelante. Sin detenerse a descansar. La locura podría esperar unas pocas horas más antes de que se desconectara de la realidad. Sería realmente el final perfecto para una racha de mierda.



Capítulo Trece

Striker se despertó de golpe y supo inmediatamente que ella no estaba allí. Una rápida mirada al espacio a su lado y alrededor de la cueva vacía se lo confirmó. Se puso en pie de un salto, con el corazón acelerado. Sus dedos comprobaron una muñeca vacía, y maldijo.

Ella se había llevado su Buscador y sin duda estaba intentando llegar a la Starjet para enviar un mensaje. Es lo que él habría hecho, dada su situación.

De todas formas, llamó su nombre, pero solo le respondió un silencio pétreo.

De todas las cosas estúpidas, irresponsables, temerarias, insensatas, valientes y atrevidas que podía hacer.

Se pasó los dedos por el pelo, entrelazando las manos detrás de la cabeza en una frustración impotente, oscilando entre la ira y la admiración por la Capitana de la Tierra.

Aunque era una mujer fuerte, no sabía lo vulnerable que era en realidad. Ni lo que los Reptiles le harían si la atrapaban. No eran conocidos precisamente por su humanidad. Se habían esforzado mucho en secuestrarla y la querían de vuelta. La idea le provocó un escalofrío en el estómago.

El escalofrío se convirtió en helada cuando se dio cuenta de que podría haberse marchado porque habían hecho el amor. Nunca antes en su vida se había sentido tan excitado, casi como si su deseo hubiera sido encendido por otra fuerza más allá de su control.

Había estado en su mente. Y en su cuerpo. No podía negarlo. Pero había sido como si simplemente no pudiera contenerse. Si ella hubiera dicho que no, se habría detenido sin dudar, aunque le hubiera costado hasta el último ápice de fuerza de voluntad. Y más.

Pero no lo había hecho. Parecía ser tan incapaz de ignorar su deseo como él. Por lo que podía entender, había sido consentido por ambas partes, aunque fuera de su rango normal. Pero, ¿por qué había huido?

Esto planteaba la cuestión de una motivación más profunda. Él y ella iban a tener una conversación muy seria cuando la encontrara. Lo que ella no se daba cuenta era que él sabía exactamente dónde estaba la Starjet. Los Reptiles no podrían abrir la cabina de acero-plástico, y mucho menos meterse allí para pilotarla a algún sitio, así que seguiría donde él la había aterrizado.

Se puso la ropa de un tirón y se dirigió a las enredaderas que Vivien había dispuesto cuidadosamente para ocultar la grieta en la pared. Alcanzó la enredadera más cercana y la apartó. Lo intentó al menos. Estaba tan sólida como un tubo de acero.

Frunció el ceño, agarrando la enredadera con las dos manos, pero solo consiguió resbalar en la arena. Dio un paso atrás confundido. Las hojas a lo largo de los extremos de las enredaderas comenzaron a temblar y agitarse. Una enredadera se enroscó alrededor de su tobillo. Se la quitó de una patada, tambaleándose hacia atrás. Las enredaderas se arrastraron por la arena, atándose alrededor de ambos tobillos, haciéndole perder el equilibrio. Su impulso le hizo caer de culo. Más enredaderas se deslizaron alrededor de sus muñecas, tirando de sus brazos lejos de su cuerpo. Luchó, pero las enredaderas eran más fuertes y rápidamente lo tuvieron extendido boca arriba.

—Cálmate.

Una voz susurró en su oído, pareciendo provenir del mismo aire. Giró tanto como las enredaderas se lo permitieron, pero no había

nada allí.

—¿Quién está ahí? ¿Quién ha hablado?

—¿Podemos confiar en ti?

Frunció el ceño, luchando contra la idea de que estaba hablando con su frágil mente.

—La confianza es recíproca.

Una risa fantasmal hizo que se le erizara el vello de la nuca.

—Eso es cierto.

Las enredaderas que rodeaban sus muñecas y tobillos se aflojaron y cayeron de nuevo al suelo arenoso. Se retiraron un poco, ondeando suavemente, como si esperaran a ver qué haría. Estar de culo no era la posición más segura. Se levantó, lentamente y de la forma menos amenazante posible. Miró a su alrededor pero seguía sin ver nada que pudiera haberle hablado.

—Estoy perdiendo la maldita cabeza, eso es lo que me pasa.

Una enredadera se deslizó lentamente hacia él, casi tentativamente. Casi... de forma consciente. Se obligó a mantenerse firme, aunque todos sus sentidos le gritaban que luchara. Se envolvió suavemente alrededor de su tobillo, fría contra su piel.

—¿Sería aceptable este contacto?

—Es mejor que ser estrangulado por la flora, maldita sea — murmuró.

—Es la única manera en que podemos comunicarnos con los de tu especie. —La voz parecía provenir del centro de su cerebro, más que de su oído.

Lo había escuchado. Se quedó inmóvil.

—¿Dónde estás?

Algunas de las enredaderas a lo largo de la pared lejana temblaron antes de separarse y formar una figura humanoide. Se deslizó hacia él sobre pies hechos de las espumosas hojas donde había encontrado la fruta. Enredaderas más pequeñas la conectaban a las enredaderas más grandes a lo largo de las paredes. Estaba perfectamente formada por un entrelazado de delicadas enredaderas, tan perfectamente que pequeñas hojas brotaban de una de sus mejillas. Hojas de puntas rosadas formaban un velo parecido al cabello que descendía hasta la mitad de su espalda. Sus

ojos inteligentes brillaban con un azul iluminado. Tenía una nariz ligera y plana y una boca ancha sin labios.

Dos brazos crecían de un torso delgado, engrosado con enredaderas entrelazadas y cubierto por corteza rugosa. Las piernas se formaban desde el corpiño, pero las rodillas eran más bien curvas suaves que articulaciones. La criatura parecía haber salido de las páginas de uno de los cuentos de hadas de la Tierra. Un hada del bosque, o un duende sin alas, perfectamente adaptado a su entorno. La criatura se detuvo en el lado opuesto del arroyo, meciéndose de un lado a otro como si fuera una hoja recién brotada en una brisa cálida.

Parpadeó varias veces, su mente poniéndose al día con sus ojos. La criatura no se *camuflaba* entre las enredaderas; la criatura *era* las enredaderas.

Extendió una mano hacia él, como un saludo. Unos zarcillos caían de los extremos de tres dedos finamente afilados.

—Estoy aquí. —Habló sin mover la boca.

—¿Cómo puedo oírte hablar?

Después de unos momentos, la voz sonó en su cabeza:

—No hablamos como vosotros. Necesitamos tocar. Conectar. Asimilar nuestra psique en la vuestra.

No sabía si le gustaba esa idea o no. Tiró de la enredadera enrollada alrededor de su tobillo, luego se detuvo.

—¿Necesitas tocarme de verdad? ¿Esta enredadera necesita tocarme?

La criatura inclinó su cabeza.

—No pretendemos hacer daño al hacerlo, pero carecemos de la capacidad de comunicarnos de otra manera. Nuestras cuerdas vocales han... cambiado.

Parecía que ni siquiera estaban hechos de sangre y hueso, y por lo tanto probablemente no tenían cuerdas vocales. Había especies psíquicas por todas las galaxias, pero nunca compartían su habilidad con otros, dependiendo de la tecnología para comunicarse. Esta era la primera vez que una voz hablaba desde el *interior* de su cabeza.

—¿Quién eres? —No se parecía a los habitantes de este mundo que él recordaba, pero había una aguda conciencia en ella que

resultaba desconcertante.

—Somos parte-callisteanos. Nos integramos con la conciencia de este mundo cuando los Reptiles intentaron destruirnos.

Striker frunció el ceño.

—¿Quieres decir que sigues siendo callisteano? —Todos los callisteanos eran altos, de extremidades largas, con una cara muy pequeña. Aunque, cuando miró más de cerca a la criatura, había similitudes. Bípedo, dos brazos largos, torso alargado y cabeza. Las facciones tenían los mismos rasgos faciales. Incluso los gestos eran similares. Era como si estuvieran ocultos bajo capas de flora.

—¡Dioses! ¡Realmente sois ellos!

El callisteano inclinó la cabeza.

—Era la única forma en que podíamos sobrevivir a la invasión.

Eso era sorprendente, y respondía a las preguntas sobre por qué no había habido contacto desde que los Reptiles invadieron este planeta. Este era un mundo altamente tecnológico, la especie avanzada. Parecía que eran tan avanzados que habían encontrado una manera de sobrevivir a lo insuperable.

—¿Cuál es tu nombre?

—No tenemos nombre. No hay individuos. Solo muchos.

Aquello le hizo reflexionar. Claramente solo podía ver a uno de él —¿o ella?— al otro lado del arroyo.

—¿Muchos? ¿Cuántos de vosotros hay aquí?

La criatura hizo un gesto con un movimiento lánguido y lento. Alrededor de la cueva, las enredaderas temblaron. Caras de todos los tamaños aparecieron en hendiduras y sombras por todas partes.

Striker miró alrededor, sin palabras y más que un poco tenso. Definitivamente estaba en inferioridad numérica si las cosas se volvían agresivas.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —Miró a la criatura con cautela, casi sin querer saber la respuesta.

—Ahora que nos hemos integrado, nuestra conciencia abarca hasta el principio. —Parpadeó lentamente. Si miraba de cerca, casi podía ver el cosmos reflejado en sus grandes ojos azules.

Hmm. Esa era la respuesta que *no* quería oír. Sabía que al tratar con diferentes especies, a veces llevaba tiempo desarrollar la

comprensión. Normalmente, involucraba embajadores y diplomáticos. Y tiempo. Todas las cosas que él no era y no tenía.

—¿El principio de... qué?

—Desde la concepción de este mundo. Nuestra memoria abarca hasta el inicio del tiempo en este planeta en esta dimensión.

Eso era un poco más de lo que había pensado. ¿Y qué querían decir exactamente? Definitivamente era una respuesta mejor explorada en otro momento. Lo intentó de nuevo.

—¿Cuánto tiempo hace que sabéis que hemos estado... aquí? ¿En esta cueva?

Otro parpadeo lento.

—Cuando viniste por primera vez con tu hembra. Estaba muy enferma. Lo supimos a través de la mezcla de nuestra sangre con vuestra sangre.

—¿Mezcla de sangre? —Cuanto más hablaba con esta criatura, más preguntas se agolpaban en su mente.

El callisteano señaló el arroyo. Habían lavado sus heridas en el agua. ¿Podría el agua ser lo que ellos consideraban su sangre?

—El hormigueo. —No había sido su imaginación. Cada vez que había bebido el agua, limpiado su cuerpo, lavado sus heridas... había combinado su sangre con la de ellos.

—Sí, eso es lo que es esto. Nuestras venas. Nuestra sangre. Nuestra fuerza vital. Ahora unidas.

—¿Podéis leer mi mente?

Casi se golpeó la frente con la palma abierta. Claro que podían leer su mente. Estaban hablando telepáticamente. Estaban en su cabeza. Pero, ¿cuánto podían leer exactamente? No quería que una entidad desconocida hurgara en sus pensamientos y recuerdos, accediendo a cualquier cosa.

—Respetamos tu privacidad personal. Nos disculpamos si te sientes violado. No era nuestra intención. Era la única forma en que podíamos entender que no pretendías hacernos daño y que eres un verdadero enemigo de quienes invadieron este planeta. No teníamos otra manera de entender tus motivos. Necesitábamos comunicarnos tanto contigo como con tu hembra y tuvimos que trabajar para integrar vuestros sistemas para poder comunicarnos.

¿Integrar? Esa era una conversación a fondo que no quería tener en ese momento. Y nada que sonara muy bien. Su prioridad era Vivien. Una vez que estuviera a salvo, entonces pondría su mente a tratar de entender qué demonios les había pasado a ambos.

—¿Sabes dónde está? —Tal vez si hubieran sido lo suficientemente conscientes como para saber que estaban aquí y lo que habían hecho, también sabrían adónde había ido.

—Tu hembra se fue cuando estabas descansando. Intentamos advertirle, pero no creemos que nos oyera. Todavía lo estamos intentando, pero ella se resiste. —La criatura cruzó sus manos pasivamente frente a su cuerpo.

—¿Estáis intentando advertirle? ¿Cómo? ¿Dónde está? Necesito llegar hasta ella. ¡Decidle que vuelva! —La urgencia le hizo dar un paso adelante y casi desenredar la enredadera de su tobillo. Dio un paso atrás, permitiendo que la enredadera se enredara más firmemente en su piel.

—Cuando nos toca, intentamos comunicarnos, pero es más difícil fuera del útero. —El callisteano señaló la cueva.

—¿Qué? Espera. ¿Te refieres a cuando toca un... árbol? ¿Una pieza de flora?

El callisteano inclinó la cabeza, un hábito que estaba empezando a entender como una afirmación.

—Sí. Todo en este planeta está conectado. El agua. Las hojas de los árboles. Las flores. La fruta.

Su mente daba vueltas con esta nueva información. La fruta. Se estremeció al pensar que podría haber comido algún tipo de extremidad de ellos.

—¿Quieres decir que... os *comimos*?

—Eso fue un regalo hecho para vuestro sustento. No es de nuestro cuerpo, sino de nuestra libre voluntad. No proporcionamos nada a los invasores, pero os alimentaremos a vosotros. También ayudó con la integración.

—Gracias. Creo. —Su voz sonaba un poco débil mientras el alivio le recorría. Solo esperaba que esta integración no causara daños permanentes ni a él ni a Vivien—. Pero, Vivien, mi... mi hembra. ¿Podéis sentir dónde está? Necesito llegar hasta ella. Creo que ha

ido a buscar mi Starjet para enviar una señal fuera del planeta para que mi gente nos rescate.

El callisteano inclinó la cabeza.

—Ese es su propósito, pero su motivo es muy profundo y proviene de un lugar de profundo dolor y arrepentimiento. También es diferente de vuestra fisiología. Hay algo diferente en esa. Diferente de cualquier otra especie a lo largo de las galaxias conocidas. Tememos por su seguridad.

Los vellos de la nuca de Striker se erizaron. Él también temía por su seguridad.

—¿En qué es diferente?

—Su especie tiene acceso a dimensiones que otros no pueden ver. Está sin explotar, pero es lo que los invasores necesitan para avanzar con sus planes. Hay peligro para todos si los invasores liberan su poder.

Todo el cuerpo de Striker se acaloró y luego se enfrió. ¿Podría esto tener algo que ver con el secuestro de Lauren, y luego el sigilo y la duración con que los Reptiles habían secuestrado a Vivien? No entendía completamente el significado del callisteano, pero lo único que entendía era que Vivien estaba en gran peligro y que tenía que mantenerla alejada de los Reptiles.

Aunque le costara todo.



Capítulo Catorce

Los susurros le rozaban el oído, girando alrededor de su cabeza. Ni siquiera se molestó en reconocerlos. Tenía miedo de admitir que oía algo, como si al hacerlo, su inminente locura se volviera mucho más real. Ignorarlos era lo más proactivo que podía hacer. Era lo *único* que podía hacer.

Se agachó bajo un árbol frondoso mientras dos lunas gemelas se elevaban sobre la cresta y pendían altas en el cielo. No sabía si en este planeta nevaba, pero si estuviera en la Tierra, sabía que estaría sumergida hasta los muslos en hielo y nieve.

Si era sincera consigo misma, no era solo el frío lo que la incomodaba. Había una esencia sutil e intangible que no entendía, pero supuso que si estar en otro planeta, escondiéndose de criaturas Reptiles no la sacaba de su zona de confort, no sabía qué lo haría.

Cambió su peso, sus músculos protestando, habiéndose entumecido por el factor de frío y el hecho de que llevaba horas sentada en cuclillas. Había caminado todo el día para encontrar el avión, y ahora esperaba la protección de la oscuridad para llegar al aparato y enviar un mensaje.

Se había entrenado para esto, pero nunca olvidaba lo tortuoso que era permanecer tan inmóvil como los árboles que la rodeaban. Movi

los dedos de manos y pies, tratando de dejar fluir la sangre antes de que se congelara en sus venas. Lo más difícil era ocultar su aliento escarchado cuando se condensaba en el aire frente a ella.

El Starjet brillaba bajo la plateada luz lunar, casi al alcance. Varias patrullas de Reptiles deambulaban por los alrededores. No había un patrón real, pero quedarse allí tanto tiempo le reveló que las tres patrullas se reunían aproximadamente cada hora antes de aventurarse en un círculo más amplio. La última pareja se había ido y ella había esperado unos minutos adicionales antes de arrastrarse lentamente desde debajo de las ramas del árbol.

Las voces susurraron de nuevo, casi con urgencia esta vez, pero desaparecieron cuando ella se movió fuera de la protección de las ramas. Tomó una respiración profunda y calmante, agradecida de que al menos su cabeza se hubiera despejado.

Todo lo que tenía que hacer era llegar al Starjet, enviar un mensaje y encontrar protección bajo los árboles nuevamente. Una entrada y salida rápida. Simple. Podía hacerlo. Quizás. Con suerte.

Lo que pasaría después de enviar el mensaje, no lo sabía. Solo podía esperar que llegara a la gente de Striker y vinieran a rescatarlos. De alguna manera.

Era un plan endeble, pero era todo lo que tenía por el momento. Y si algo le sucedía, con suerte Striker estaría a salvo. Se preguntó si alguna vez lo volvería a ver después de todo esto. Probablemente él estaría feliz de librarse de ella. *Ella* estaría feliz de librarse de sí misma. No había dado su mejor impresión, lanzándose a él como lo hizo, por razones desconocidas, para luego escabullirse en la noche profunda como si estuviera avergonzada.

Estaba avergonzada, pero no de él.

Suspiró. Realmente no necesitaba estar reflexionando sobre esto ahora.

Manteniendo todos sus sentidos alerta, lenta, tediosa y cuidadosamente se dirigió hacia el Starjet, deteniéndose bajo el ala. Era similar, pero a la vez tan diferente de los aviones que había pilotado. Aerodinámico y elegante, estaba hecho de un metal gris-negro bruñido que parecía absorber la luz de la luna.

Extendió la mano y apoyó la palma contra la parte inferior de la nave. Estaba fría al tacto, pero suave. El Buscador de Striker vibró. Retiró la mano, y la vibración cesó, pero cuando tocó el Starjet, el dispositivo volvió a zumbar.

Contuvo un salto de emoción. El Buscador desbloquearía el Starjet. Quizás después de todo podría lograr esto. Echó una rápida mirada alrededor y presionó los lados del dispositivo. Un esquema de la cabina se iluminó sobre su muñeca.

Jadeó, apagándolo rápidamente. El esquema era tan brillante que había iluminado toda la parte inferior del Starjet. Después de largos momentos de silencio, parecía que no había sido vista. Por nada. El silencio del bosque era opresivo.

Normalmente, cuando quieres desbloquear algo, necesitas estar cerca de ello. Lógicamente, eso significaría que tendría que estar cerca de la cabina. Localizó los huecos y pasamanos en el lateral de la nave y rápidamente escaló hasta la parte superior. Golpeó con los nudillos contra el material tipo vidrio más duro que jamás había encontrado. Era excesivamente resistente. Demasiado duro para romperlo.

Comenzó a buscar alrededor del borde, donde el cristal besaba el metal, pasando las yemas de los dedos por el sello.

—Vamos, vamos —murmuró.

Tal vez el Buscador lo abriría. Lo encendió, ocultando su brillo mientras presionaba botones. El sonido entre un siseo y un gorgoteo fue la única advertencia de que no estaba sola. Se giró. Dos Reptiles flotaban detrás de ella en una aeronave completamente silenciosa. Saltó por el costado del avión. Un rayo la golpeó entre los omóplatos. Todo su cuerpo quedó entumecido, y la oscuridad la envolvió antes de que tocara el suelo.

* * *

El frío le atravesaba el cuerpo. Las piernas le dolían. Tenía el trasero entumecido. El hielo debajo le quemaba la espalda y los brazos donde yacía. Si no estaba acostada sobre hielo, entonces era algo mucho más frío que el hielo.

Estaba entrenada para recuperar la consciencia rápidamente, pero esta era una ocasión en la que estar inconsciente era una bendición.

Volvió a sus sentidos, todo el tiempo cuidando de mantener los párpados cerrados y el cuerpo inmóvil y flácido. Había correas apretadas en sus brazos superiores e inferiores, a través de los hombros y la cintura, el cuello, la cabeza y las piernas superiores e inferiores. Estaba firmemente atada. También estaba desnuda.

Se permitió que el pánico se drenara de ella. El pánico no te deja pensar correctamente. El pánico es solo una emoción que impide que el cerebro y el cuerpo funcionen y hagan lo que quieres que hagan. Tomó una respiración profunda y silenciosa, concentrándose en los sonidos.

Había seres a su alrededor. Cerca. Sonidos de objetos recogidos y movidos sobre una superficie metálica. Los clics y chasquidos que sonaban como uñas arañando una pizarra conversaban en una habitación que hacía eco.

Sonidos de arrastre y un cambio en el aire le alertaron de que estaban cerca. Unas garras rasparon la piel de su cuello. Se mantuvo quieta pero no pudo detener el escalofrío de sudor o la repentina aceleración de su corazón. Desafiaría al mejor de cualquiera a hacer eso.

Sintió un pinchazo a lo largo de su arteria carótida. El goteo de algo afilado que marcaba su piel y un chasquido cuando la atravesó. Una quemazón química caliente en su vena que se disparó hacia su cerebro en el siguiente latido.

Sus ojos se abrieron de golpe, su cuerpo tensándose contra las ataduras. Miró directamente al ojo negro e inexpresivo de una criatura Reptil que estaba de pie sobre ella.

La criatura retrocedió sorprendida antes de que un sonido resoplante saliera de entre sus fauces entreabiertas.

—¡Suéltame y te daré algo de verdad por lo que reírte! —La ira la atravesó, salvaje y desvergonzada, pero todo lo que podía hacer era tensarse inútilmente contra las ataduras.

El pánico amenazaba con resurgir, pero lo reprimió despiadadamente. Ya había estado así antes. Atada. Incapaz de detener cualquier cosa que le sucediera. Su única opción para detener las palizas, los cortes, los moretones, los tratamientos con agua, la electrocución era hablar en contra de su voluntad. Decirles

todo lo que sabía. Soltarlo todo. Al final, ni siquiera había estado completamente consciente cuando habló, ni siquiera podía recordar exactamente qué les había dicho, pero sabía cómo había terminado.

Ahora, sin embargo, no tenía nada que decir. Nada que perder.

Excepto... Striker. Moriría esta vez antes de revelar su ubicación. Podrían torturarla todo lo que quisieran, pero se llevaría eso a la tumba.

El Reptil miró por encima de su hombro y chasqueó y siseó. Otros dos vinieron desde el otro lado de la habitación y se pararon sobre ella, agarrando varios tubos y agujas.

Uno le pegó ventosas en la frente mientras el otro alineaba una larga aguja que estaba conectada a un tubo delgado en su sien. Empezó a forcejear cuando se dio cuenta de que iban a insertar la aguja directamente en su cerebro.

—Cobardes. Le hacéis esto a una mujer atada e incapaz de luchar. Malditos cabrones.

Jadeaba, su corazón agitándose salvajemente en su pecho. Hubo un chasquido cuando la aguja atravesó su piel. Pasó un momento antes de que un dolor cegador estallara en su cabeza y oscureciera su visión.

Oyó a alguien gritar y vagamente se dio cuenta de que era ella misma. Hubo una inundación de más frío en su cuello, luego más productos químicos ardieron en su vena y se fusionaron con el dolor cegador en su cerebro. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron y se bloquearon. Sus pulmones se cerraron como si estuvieran en una jaula constrictora. No podía moverse. No podía respirar. El dolor era indescriptible.

Recibió con agrado la oscuridad que bordeaba su visión como un fin a este sufrimiento, pero sus sentidos no se atenuaron. La oscuridad se convirtió en un túnel sinuoso. Voló hacia abajo, siguiendo sus bajadas y curvas, indefensa ante la corriente de aire en la que estaba atrapada. Colores eléctricos y brillantes del arcoíris pasaban en un borrón. Ya no tenía cuerpo. Su mente era una mera fracción. Todo lo que había era aquí y ahora, y las vueltas y giros del túnel pasando a toda velocidad.

Una vuelta más, y cayó en un abismo negro. Dio volteretas en el espacio, girando de cabeza a los pies. Extendió la mano, golpeó una superficie. Sus palmas se agarraron, ralentizaron su caída, antes de aterrizar en un montón tembloroso.

Después de unas respiraciones profundas, logró levantar la cabeza, y lo que vio le hizo ansiar la muerte que creía que estaba llegando. Gritó, y la oscuridad tembló como si se alimentara de ella. Una y otra vez gritó, el aire a su alrededor vibrando y convulsionando hasta que no hubo más sonido que hacer. Hasta que todo lo que era, era un desastre tembloroso incapaz de movimiento, sonido, pensamiento. Hasta que todo lo que conocía era el terror. Hasta que se *convirtió* en el terror. Hasta que solo pudo esperar la muerte que creía que estaba llegando.

Porque la muerte habría sido una bendición contra la criatura que se transformaba desde la oscuridad y se abalanzaba sobre ella.



Capítulo Quince

—Tengo que irme. Ahora —Striker fue a salir de la cueva cuando el inquieto movimiento de las hojas en la base de la criatura lo detuvo.

—No podemos sentirla.

Se detuvo a medio paso, volviéndose hacia el Callistean.

—¿Qué quieres decir?

—No podemos percibir sus movimientos. Han cesado.

Su pecho se constriñó. Podría haber muchas razones por las que no estaba siendo detectada, y ninguna de ellas buena.

—¿Dónde estaba la última vez?

Ya sabía la respuesta, y la sensación nauseabunda en sus entrañas se intensificó cuando la criatura lo confirmó.

—En el segundo valle más allá de la cresta. Es en el mismo lugar donde detectamos tus energías por primera vez.

Maldijo por lo bajo. La ubicación del Starjet.

—¿Puedes detectar la presencia de Reptiles en la zona?

—También ha cesado.

Esta vez, maldijo en voz alta. Apartó su tobillo de la enredadera, luego caminó de un lado a otro, pateando la arena, con la mente acelerada.

Solo podía significar una cosa. La habían encontrado. Y llevado. ¿Pero adónde? Tenía que recuperar el control. La vida de Vivien dependía de él. *Piensa, maldita sea. Piensa.* Perder los nervios no la ayudaría en absoluto. Apretó los dientes, luchó por retomar el control.

Si los Callistean podían detectar dónde estaba Vivien —o dónde no estaba— quizás podría averiguar dónde podría estar. Dejó de caminar para colocarse frente a la criatura de nuevo y esperó impacientemente a que la enredadera se enroscara alrededor de su tobillo una vez más, una pequeña parte de su mente agradecida de que volviera.

—Aunque no puedas detectar la... energía... de Vivien, ¿hay alguna forma en que puedas ver dónde está?

El Callistean hizo una pausa, tan quieto que Striker temió que no fuera a responder.

—Hay una oleada de energía diferente a lo que hemos experimentado antes.

—¿Una oleada de energía?

—Es una mezcla de muchas. No es de este planeta. No busca asimilar, sino destruir. El patrón de energía no está claro, pero acabamos de detectar un rastro de tu hembra, aunque cambia mientras hablamos.

—¿Cómo está cambiando?

Su voz sonaba tensa. No había manera de saber qué estaba pasando, pero no era nada bueno. Nada relacionado con esos *frekking* Reptiles era bueno.

—Transformándose en... más. Su esencia es la base.

—¡FREK! —Todo su cuerpo temblaba. Necesitaba detenerlos. Ahora—. Yo... tengo que irme. Llegar hasta ella. ¿Puedes... puedes decirme exactamente dónde está? —A sus costados, sus puños se cerraban y abrían.

El Callistean inclinó la cabeza después de una pausa que pareció extenderse hasta el fin del universo, pero que en realidad fue solo un momento.

—Te guiaremos.

Miró con dudas al Callistean, que no solo estaba físicamente conectado a las enredaderas, sino que era *parte* de ellas.

—Sin ánimo de faltar al respeto, ¿cómo vas a hacer eso?

La criatura simplemente se desplomó en el suelo en un montón de enredaderas sueltas y hojas aterciopeladas. Un suave crujido hizo que Striker girara, apenas dando crédito a sus ojos.

El Callistean estaba de pie junto a la fisura, entre varios otros cercanos.

—Un cuerpo es un estado mental relativo. Donde está la conciencia, la materia circundante también puede volverse sólida y doblarse ante la consciencia. Dondequiera que haya vida en este planeta, estaremos contigo.

—¿Acabas de... cómo has...?

—Mi conciencia se movió a través de la estructura vegetal y simplemente se reformó.

Simplemente. Se reformó.

Striker frunció los labios. Nunca en sus días había visto a ninguna otra especie capaz de habitar cuerpos físicos a voluntad. Los Callistean eran tan tecnológicamente avanzados que de alguna manera habían podido cambiar la estructura de su cuerpo y volverse más similares a las plantas para no sucumbir a la esclavitud mental.

El Callistean inclinó la cabeza.

—Tus suposiciones, aunque extremadamente básicas, son fundamentalmente correctas.

—¿Acabas de leer mi mente? Pensé que ibas a mantenerte alejado de ella.

El Callistean simplemente juntó sus manos al frente.

—Piensas en voz alta.

¿No había nada privado en este planeta? Striker alejó su tobillo del contacto con la enredadera mientras pensamientos de represalia surgían en su mente. Los pensamientos privados eran pensamientos privados. Realmente tendría que vigilar su lengua —err, mente— cuando tocara cualquier flora.

Ya se ocuparía de todo eso más tarde. Ahora, tenía asuntos mucho más urgentes. Esperaba que los Callistean pudieran guiarlo para salvar a Vivien.

* * *

Vivien emergió a través de varias capas de gris para abrir los ojos en una habitación tenue. Varios Reptiles estaban alrededor de la mesa sobre la que yacía. Un miedo rápido e instintivo congeló su cuerpo cuando uno se acercó y arrastró una garra a lo largo de su brazo.

Una brisa fresca acarició su muñeca cuando la correa cayó. Atónita, Vivien observó cómo desabrochaban el resto de las correas. Los Reptiles retrocedieron, observándola con expectación brillando en sus ojos muertos, como si esperaran algo.

Su cuerpo estaba pesado, sus extremidades moviéndose como a través de lodo. No sabía qué le habían inyectado. Podría haber sido hormigón por la forma en que se acumulaba en sus venas y hacía que moverse fuera tan difícil.

Se sentó y balanceó sus pesadas piernas por el borde de la mesa, jadeando. Ese pequeño esfuerzo le costó mucho. Levantó la cabeza, mirando a los Reptiles.

—¿Por qué me habéis desatado?

Uno de los monstruos se inclinó hacia otro y siseó. Hubo un chasquido de dientes en respuesta y un sonido gutural de enfado que silenció al que hablaba. Lo reconoció como el que le había inyectado cualquier porquería que aún corría por su sistema.

No sabía qué alucinógeno psicodélico había sido, pero no tenía prisa por repetirlo. Su peor pesadilla ni siquiera se acercaba a ese terror.

—Bueno, si no vais a detenerme, creo que me iré por mi... mi camino —frunció el ceño. No había querido repetir esa palabra.

Los Reptiles se inquietaron. Miró de uno a otro. La observaban. Implacablemente. Casi podía cortar la tensión en el aire. Se sentía como si hubiera una broma y ella fuera el blanco sin saberlo. No era gracioso. No era gracioso en absoluto.

Se puso de pie tambaleándose y se apoyó contra la mesa. Sus extremidades temblaban. Levantó una mano, pasando los dedos por su cabello. Cuando su mano se negó a bajar, mentalmente obligó a su brazo a volver. Se movió lentamente hacia su costado.

Casi sentía como si su brazo no fuera realmente parte de ella. Su brazo se sacudió, los nervios activándose. No había querido moverlo.

Miró al líder monstruoso.

—¿Qué me habéis hecho... me habéis hecho?

Jadeó. Había hablado contra su voluntad, las palabras simplemente saliendo sin control. Sus brazos hormigueaban con un cosquilleo que rápidamente se extendió por todo su cuerpo. Se enderezó de golpe alejándose de la mesa. Dio un paso. Una pierna, luego la otra.

Su cuerpo se movía, pero no bajo su control.

—¿Qué soy? ¿Un robot?... robot... robot...

Esto se estaba volviendo más que inquietante. Los Reptiles parecían excitados, y el suelo crujía mientras uno se movía de un pie a otro.

El hormigueo retrocedió, pero su cuerpo se quedó entumecido. Primero las puntas de sus dedos y los dedos de los pies, luego se extendió rápidamente por sus extremidades, a través de su abdomen inferior, torso y hasta su cuello.

Su cuerpo se sacudió poniéndose rígido y su cabeza se inclinó para mirar a los Reptiles por encima de su nariz. Luchó contra su brazo que se estaba elevando, con el dedo señalando al Reptil líder, pero fue impotente para detenerlo.

—¿Os atrevéis a estar ante vuestro Dios?

Su voz retumbó desde su cuerpo, sonando como nada que un cuerpo usando cuerdas vocales pudiera sonar jamás. Una voz profunda que resonó por toda la habitación, y los Reptiles cayeron de rodillas al unísono. El líder, sin embargo, miró hacia arriba, con los ojos abiertos y llenos de loca alegría.

Las palabras salían de su boca, pero no tenía control sobre ellas. El entumecimiento se extendió sobre su barbilla. Su nariz. Mejillas. ¿Qué demonios le estaba pasando?!

—Es tu último aliento. Cédeme el control —le tomó un momento darse cuenta de que la voz profunda y sobrenatural salía de su boca. Ni siquiera había sentido moverse sus labios.

—Cede. ¡Te lo ordeno!

La sensación de entumecimiento cubrió su rostro, y mientras le cerraba los párpados, se hundió en la oscuridad detrás.

—Cede, y no vuelvas a mostrarte ante mí.

Fue succionada hacia atrás, haciéndose cada vez más pequeña. Estaba de pie en un débil foco de luz, la oscuridad espesa y negra a su alrededor. Extendió la mano, presionó contra el borde de la luz. No fue más allá, presionando contra una barrera invisible. Presionó contra la barrera con ambas manos. No cedió. Con el corazón bombeando, la histeria aplastándola, golpeó la negrura. La barrera se dobló con la forma de su puño como si estuviera hecha de algún tipo de gel esponjoso. Una fuerza más allá hizo rebotar su puño hacia ella. Fue lanzada de espaldas.

Su respiración era áspera en el silencio absoluto. Giró sobre manos y rodillas, el suave sonido que hizo sonando imposiblemente apagado, como si estuviera en una habitación insonorizada.

Intentó mirar a través de la oscuridad. No había nada. Solo... nada. Una oscuridad sólida y negra que parecía poder asfixiarla presionaba por todas partes.

—¿Hola?

Se puso de pie con piernas temblorosas, girando. Una y otra vez.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —Casi temerosa de una respuesta.

Silencio.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde estoy? ¿Por qué me habéis puesto aquí?

Dio un paso hacia el centro del espacio confinado, jadeando, sudando. Las terminaciones nerviosas se encendieron y dispararon hasta que todo su cuerpo temblaba, el pecho oprimido, los pensamientos fracturados. Su respiración era fuerte en sus oídos.

—¡Decidme qué me habéis hecho!

Gritando, golpeó con ambos puños contra la pared negra. La barrera se abolló pero luego se enderezó en oscuridad lisa nuevamente. No había flexibilidad. No había salida. Ningún lugar adonde ir.

—Habladme. Alguien. Quien sea. ¡Decidme dónde estoy!

Golpeó sus puños contra la oscuridad una y otra vez... hasta que perdió la noción del tiempo. Hasta que el agotamiento la hizo

desmoronarse en un charco de miembros temblorosos sobre un suelo que parecía ni siquiera estar allí. Se acurrucó en una bola dentro de los límites del pequeño foco de luz, con el cuerpo temblando, la respiración entrecortada.

Nadie respondió.

No creía que nadie lo hiciera.

Había pensado que ya había perdido la esperanza antes. Pensó que sabía lo que era la desolación. Se había equivocado.

Esas experiencias solo fueron el preludio del espectáculo principal.



Capítulo Dieciséis

El espectro de verdeazulados del bosque circundante era frío y gélido. El cielo gris acero ofrecía poco en cuanto a añadir algún color adicional. De hecho, profundizaba las sombras y absorbía cualquier cosa que pudiera considerarse brillante. La respiración de Striker se congelaba con cada exhalación, mientras el frío del anochecer se filtraba a través de su ropa. La parte inferior de las delgadas hojas estaba cubierta por una capa de hielo blanco. Era oscuro y desolado. Un páramo helado, a pesar del bosque circundante de árboles altos y arbustos escuálidos.

Lo único más inquietante que el paisaje casi congelado era el silencio absoluto. Aparte de sus pisadas que rompían la costra helada, ni siquiera se oía la llamada lejana de aquella pequeña criatura emplumada y voladora que había visto antes de entrar en la cueva.

Había una ominosa presión en el aire, como si las moléculas se hubieran vuelto más densas, aferrándose unas a otras como si fueran un rebaño que percibe el peligro. Una sensación de presagio comenzó como una pulsación detrás de sus ojos, pero ahora golpeaba a través de su mente con la sutileza de un puño gigante.

Se quedó inmóvil, escudriñando las sombras. Los rostros aparecían silenciosamente en el estrechamiento y formación de las hojas, en la torsión de las ramitas jóvenes y flexibles, en la huella sobre una hoja. Tal como prometieron, los calisteanos le rodeaban, guiándole, vigilando. No estaba acostumbrado al efecto de los rostros que aparecían y desaparecían, habiendo apartado accidentalmente a numerosos habitantes del planeta de su camino pensando que era una rama baja, en lugar de una extremidad. Sin embargo, en este momento, su guía se había detenido.

Extendió la palma sobre el tronco más cercano, cerró los ojos, se concentró y habló en su mente:

—¿Hacia dónde ahora?

—No estamos seguros.

¿Qué significaba eso? Fuera lo que fuese, no podía ser bueno. La ominosa sensación de presagio de alguna manera se hizo más pesada.

—¿Por qué no estáis seguros?

—Ya no podemos sentirla. Su esencia ha... cambiado.

—¿Cambiado? ¿Cómo?

—Es... desconocido.

El calisteano sonaba inseguro. Esto no era bueno. Definitivamente no era bueno. Necesitaba cambiar de táctica. Si los habitantes no estaban seguros, tenía que encontrar otra manera.

—¿Qué tipo de energía detectáis?

—Eso también es desconocido. No parece ser de este universo.

La mente de Striker daba vueltas. Nada tenía sentido.

—¿Cómo es eso posible? —Si alguien sabía sobre lo imposible, serían los calisteanos. Se habían convertido a sí mismos en medio flora, por el amor de Dios.

—La energía ha cambiado y se hace más fuerte. Busca destruir.

Eso no era bueno.

—¿Podéis llevarme hasta esa energía? —Si la energía de Vivien estaba de alguna manera mezclada con este nuevo factor desconocido, la lógica le decía que ella estaría cerca.

Una sensación de malestar se instaló en la boca de su estómago. Esto era malo. Solo podía rezar para que Vivien estuviera a salvo,

pero sus oraciones nunca habían sido cosas que se cumplieran. La experiencia le enseñó que si los Reptiles estaban en el centro de todo esto, no era nada bueno.

Si algo le había pasado a Vivien... tragó con dificultad... si algo le había pasado, entonces era su deber detener a los Reptiles de hacer lo que estuvieran haciendo. Su deber —y su placer— sería vengarse si le habían hecho daño, aunque fuera a un solo pelo de su cabeza.

Apartó la sensación de náusea. No le iba a ayudar —ni a Vivien.

—Sí —fue la simple respuesta.

Con un gesto firme de su boca, se concentró en observar la cascada deslizante de rostros en las hojas y les siguió con pasos casi silenciosos. Después de horas de caminata, sonidos irregulares interrumpieron el silencio del bosque. Movimiento. Sonidos de cuerpos que no estaban hechos de hojas. Apartó una rama y casi se estampó contra un muro sólido. Su palma se aplanó sobre una superficie lisa, fría, que alguna vez fue blanca y que ahora estaba manchada por la suciedad y la intemperie.

—Nuestra ciudad —la voz que sonó en su cabeza tenía tonos tristes.

Había visto holo-imágenes de las orgullosas y elegantes ciudades de este planeta. Los Reptiles no solo habían destruido una raza, sino también todo lo que habían creado como parte de su cultura.

—No destruida. Oculta.

Los rostros aparecieron en las hojas, y se movió para seguirlos tanto a ellos como a la línea del edificio.

—¿Habéis echado de menos vivir aquí?

—Recordamos cómo era tener una mente propia. Así como la vida en nuestras formas anteriores.

Ahora no imaginó la nota de tristeza.

—Puedo imaginarlo.

—La vida es... diferente. Tenemos libertades que antes no teníamos en estas formas, pero sí, tener soberanía sobre un cuerpo y mente individuales es un regalo —susurró el calisteano en su mente.

No podía imaginar perder tu forma, así como tu mente, para convertirte en algo —otro— para sobrevivir.

—Esto es apenas un parpadeo en nuestro camino evolutivo, pero uno que tomamos solo por necesidad.

—¿Cambiaréis de nuevo? Quiero decir, ¿si podéis? —Esa era una pregunta cargada, que pendía de tantos "si". Sonaba como si hubieran forzado la adaptación debido a la invasión de los Reptiles. ¿Habría alguna manera de volver a lo que una vez fueron? Supuso que todo dependía de los Reptiles y la invasión de este mundo.

—Por aquí.

—¿Dónde?

Una rama se movió y rozó contra la pared. A medida que se deslizaba hacia abajo, Striker se concentró en una juntura casi imperceptible. La única indicación de que era una entrada era el corte vertical recto. Un teclado electrónico estaba incrustado en la pared a un lado del marco. Muerto. Un golpe a la cara de la cerradura no hizo nada.

—¿Cómo vamos a entrar?

Una enredadera se deslizó bajo la puerta y, al poco tiempo, la juntura se ensanchó lo suficiente como para que Striker pudiera hacer palanca y abrir la puerta con las yemas de los dedos. Tiró de ella lo suficiente para deslizarse al oscuro interior.

Una enredadera se enroscó alrededor de su tobillo, buscando contacto con su piel. Una imagen se formó en su mente. Era un pasillo, solo que no uno que pudiera ver con ojos físicos. El ángulo era completamente incorrecto, como si estuviera a nivel del suelo mirando hacia arriba. Todo estaba iluminado en tonos de verde iridiscente parpadeante, como si brillara a través de una bruma de calor. El pasillo estaba truncado, provocándole un rápido caso de vértigo. Las enredaderas cubrían las paredes, particularmente en los pliegues de los bordes de las paredes, el suelo y el techo. Extendió una mano hacia la pared para apoyarse y agradeció que la horrible sensación disminuyera un poco.

—¿De dónde vino eso? —murmuró, frotándose los ojos.

—Ve con nuestros ojos, si los tuyos de músculo y sangre no pueden.

—¿Esa imagen muestra las cosas como vosotros las veis?

Tragó contra el contenido de su estómago que amenazaba con salir. La experiencia era bastante —diferente. Parpadeó ferozmente, pero no sirvió de nada para permitirle ver algo más que una pared negra.

Sonidos huecos resonaban desde lo profundo del edificio, amortiguados por la distancia, pero presentes.

—Reptiles. Rápido. Hemos detectado su forma física.

Striker asintió, preparándose para lo que necesitaba hacer y dejando que los calisteanos fueran sus ojos. Apretó los dientes.

—De acuerdo, pero atenuadlo un poco. Casi pierdo el almuerzo viendo las cosas así.

Tuvo una sensación de confusión, luego de claridad.

—Ah, sí. Recordamos los resultados a veces desagradables de la comida masticada.

Cuando lo ponían así, comer no sonaba tan tentador. Supuso que como especie de flora, o en lo que se hubieran convertido, también comían como plantas. Tampoco sabía mucho sobre eso.

—Nos sostenemos a través de la tierra, estás en lo correcto. Minerales. Agua. Luz. Eso es lo que necesitamos para sobrevivir.

Estaría feliz cuando tuviera su maldita mente para sí mismo otra vez. Tragó, recordando que incluso habían escuchado ese pensamiento.

Solo mantén tu mente en la misión, Deimos. No hay necesidad de perturbar a los aliados con pensamientos innecesarios.

—Muéstramelo de nuevo, pero esta vez ¿podéis atenuar el efecto?

La imagen del pasillo reapareció en su mente, los colores meros tonos de sombra. Mantuvo su mano en la pared para ayudar con el vértigo y se alegró cuando su estómago permaneció tranquilo.

Caminó tan silenciosamente como pudo, aparte de sus casi silenciosas pisadas y el suave crujido de enredaderas y hojas mientras pasaba. Siguió la red de enredaderas que crecía sobre la pared, sus dedos recorriendo la superficie fría y resbaladiza. De vez en cuando, un zumbido similar a una corriente eléctrica pasaba bajo su tacto.

—Es simplemente la forma en que nuestra conciencia atraviesa la red natural.

Eso daba que pensar. Lo comparó con el pulso de las sinapsis en el cerebro, donde el pensamiento viajaba a lo largo de la minúscula red de fibras conectoras.

Un escalofriante sonido de asentimiento resonó en su mente. Debió haber acertado con ese pensamiento. Una luz intensa apareció adelante, iluminando rápidamente sus alrededores a medida que se dirigía hacia ella. El sonido amortiguado también se volvió más claro y fuerte. Definitivamente algo estaba sucediendo al final del corredor.

—Quédate quieto.

Una enredadera se enrolló alrededor de sus hombros, deteniéndolo. Los sonidos indistintos se transformaron en los chasquidos y siseos de los Reptiles. Entremezclados estaban los tonos más suaves y modulados de una voz femenina. ¡Vivien!

Se esforzó por correr hacia ella, pero las enredaderas lo sujetaron con firmeza.

—Detente. Espera.

Las palabras fueron suficientes para cortar la urgencia que recorrió su sistema. Respiró profundamente, aclarando su mente. Había olvidado las primeras reglas del entrenamiento. Nunca —*nunca*— precipitarse hacia lo desconocido. Estar alerta. Ser medido. Y no actuar precipitadamente. Justo lo que estaba a punto de hacer.

—Tu entrenamiento militar es bastante lógico —dijo el calisteano.

Y casi lo había olvidado todo al oír la voz de Vivien. Ella habló de nuevo, pero había algo extraño en su voz.

—Moveos. Allí. Uno por uno. Sujetadlos firmemente. Conectadlos. Sin errores.

¿Qué demonios estaba pasando? Se quitó las enredaderas del pecho, se agachó cerca del suelo y se dirigió hacia el final del pasillo.

—¡Hexoniano. Quédate atrás!

La orden fue seguida por un fuerte tirón en su tobillo. Lo ignoró — y luego deseó haberse quedado atrás. La entrada daba a un balcón, desde el cual podía ver directamente la sala circular debajo.

Vivien caminaba entre filas de lo que parecían camillas de hospital, hablando y señalando a un grupo de Reptiles, que rápidamente se

movían para cumplir sus órdenes. Pero eso no era lo más horripilante.

Atadas a las camillas que se extendían desde una silla central tipo trono, había al menos cincuenta mujeres humanas, con bandas plateadas en sus muñecas, tobillos, piernas, brazos, torso, cuello y frente. Podían estar atadas, pero estaban inmóviles. La única forma en que Striker sabía que podrían estar vivas era que los Reptiles estaban conectando catéteres en las arterias de los pliegues de sus codos y cuellos.

Miró el rostro de la mujer más cercana. Estaba tan pálida que su piel era casi translúcida. Sus labios estaban azules, las mejillas hundidas, el cabello rubio lacio. Su ropa estaba manchada y sucia. Parecía enferma. Muy enferma. Las otras no tenían mejor aspecto. Sus ojos estaban cerrados. Al menos estaba inconsciente y fuera de la miseria consciente. Una pequeña misericordia, si es que podía llamarse así.

—¡Tú, allí! ¡Conecta a esa. Ahora!

Los movimientos de Vivien eran espasmódicos, como si no hubiera dominado completamente su cuerpo. *¿Qué demonios le pasaba?* Necesitaba acercarse más a ella.

—Demasiado peligroso —susurró el calisteano en su mente.

Se deslizó sobre su estómago a través del balcón.

—¡Hexoniano. Atrás!

Mientras se acercaba al borde, Vivien giró, con la cara hacia arriba, sus ojos —sus ojos *rojos*— perforándolo. Su rostro estaba contorsionado, los huesos pronunciados, los labios delgados. Pero esos ojos —*esos ojos* no eran nada que hubiera visto antes. Esos ojos no eran suyos. Esos ojos *ardían*.

Levantó su brazo. Lo señaló directamente. Como uno solo, los Reptiles que atendían a los humanos se volvieron para verlo. Su voz sonó con absoluta claridad, resonando claramente por toda la cámara.

—Atrapedlo.



Capítulo Diecisiete

Striker se puso de pie de un salto y corrió por el pasillo cuando todo el contingente de Reptiles se abalanzó hacia él. El corazón le palpitaba con fuerza en el pecho y la adrenalina invadió su sistema. Se precipitó de vuelta por el pasillo, chocando contra las paredes, cuando la oscuridad lo envolvió.

Una cuerda se tensó alrededor de su muñeca. Se detuvo de golpe, retorciéndose el brazo y cayendo de rodillas. Forcejeaba con la cuerda cuando una visión de tono verdoso estalló detrás de sus ojos. Por suerte, ya estaba de rodillas cuando su estómago dio un vuelco por el vértigo.

Una puerta oscurecida apareció en su mente, y la cuerda lo atrajo hacia ella. —¡Escóndete aquí! —las voces calisteanas surgieron simultáneamente en su mente.

Pesadas pisadas resonaban por el pasillo. Empujó la puerta con el hombro. Se movió un poco. Lanzó todo su peso corporal contra ella. Crujió al abrirse y él se deslizó dentro. Una vez dentro, empujó la puerta para cerrarla de nuevo. Las pisadas resonaron al otro lado de la puerta, pero para su intenso alivio, continuaron por el corredor, alejándose.

—Hexoniano. ¿Puedes oírnos?

—¡Sí! Sí, estoy escuchando. —Su mente descendió de su estado de hiperactividad—. Vivien. Decidme qué le ha pasado.

Solo con mirarla, sin haber visto sus ojos, sabía que algo andaba mal.

—Ya te lo dijimos. Ella está... cambiada. Impregnada de energía de otro.

—Eso no tiene ningún sentido. ¡Habládme claro y dejad vuestros acertijos! —gritó en su mente, que estaba conmocionada. El edificio estaba infestado de Reptiles. Demasiados para luchar él solo. Necesitaba que la tripulación del *Starlight* apareciera milagrosamente, pero eso era solo un pensamiento ilusorio.

—Su energía todavía está ahí. Solo que... alterada. Y cubierta. Bajo capas —dijo finalmente el calisteano.

Striker de repente se sintió más cansado que nunca en toda su vida. —No lo entiendo. Solo... quiero llegar hasta ella. —La segunda revelación en cuestión de segundos fue que la echaba de menos. Aunque no la conociera bien, *quería* conocerla más. Era como si en su corto tiempo juntos, ella se hubiera metido bajo su piel. Y lo que es más, no sabía cuándo había empezado a suceder, pero le importaba.

Aquella última noche —¿había sido solo anoche?— fue la mejor de su vida. Con ella quería *más*. Había una conexión entre ellos dos. Una que quería explorar. Por primera vez, comprendía el significado de la palabra *futuro*. Para una realización tan monumental, llegó bastante rápido. O quizás simplemente no la había reconocido por lo que era y su inteligencia emocional había alcanzado todas las señales.

El caso es que, aunque no hubiera estado totalmente en control de sus acciones cuando hicieron el amor, esperaba que ella lo perdonara. Quería más noches excelentes. Y días. Quería más de lo que su vida le había dado en el pasado. Simplemente ya no quería su pasado ni su presente.

Quería un futuro. Y no cualquier futuro. *Su* futuro. Con Vivien.

Era extraño cómo las cosas que a menudo cambiaban vidas eran las decisiones más rápidas. Cuando sabías, simplemente sabías, y nada iba a cambiar ese conocimiento.

No quería pensar en los "y si". No quería pensar en lo sombrío que era todo en este momento. Pero sabía que era algo por lo que luchar. La mejor manera de alcanzarlo no era quedarse en la oscuridad como un *jackdonk* y sacarlos de esta situación.

—¿Dónde estamos?

Abrió cuidadosamente su mente a la visión verde que se implantaba, teniendo cuidado de mantener su boca cerrada y el estómago tenso contra cualquier sacudida inconsciente. La visión le llegó lentamente esta vez, permitiéndole adaptarse. Agradeció silenciosamente a los calisteanos por su consideración y sintió más que oyó su apreciativa respuesta.

La sala en la que se encontraba era claramente avanzada tecnológicamente. Elegantes escritorios recorrían la pared. Pantallas en blanco adornaban las paredes, unas que habría pensado iluminarían la habitación si estuvieran encendidas. Varios dispositivos portátiles estaban alineados ordenadamente a lo largo del banco, como si estuvieran listos para ser utilizados en cualquier momento.

Lo único fuera de lugar eran las enredaderas y hojas que trazaban cada superficie, escondiéndose detrás de la tecnología, rodeando las pantallas, envolviendo los dispositivos, como si el toque de una hoja pudiera imitar la piel y los huesos y las manos que una vez los habían recogido.

Escaneó la habitación. Parecía familiar hasta que lo comprendió. —Una sala de comunicaciones.

—Lo es —fue la respuesta.

—¿Puedo enviar un mensaje a mi nave? ¿A mi tripulación? —No sabía por qué lo había preguntado. Las unidades de comunicación necesitarían energía, y no veía ninguna fuente de alimentación.

Se escuchó una risita dentro de su cabeza. —Eso es porque la apagamos para dificultar las cosas a quienes invadieron nuestras ciudades. Todavía está ahí. Solo necesitamos encenderla.

—¿Habláis en serio? —No pudo evitar la explosión. ¿Significaba que todo este tiempo podría haber enviado un mensaje?

—La fuente de energía debe limitarse a esta habitación. Los invasores no deben conocer su existencia —dijeron los calisteanos.

Striker se dirigió al banco, donde varias unidades de comunicación estaban alineadas. Cogió una y la limpió. El metal estaba húmedo y frío al tacto, justo como imaginaba que se sentiría el metal frío y muerto.

—¿Esta?

En respuesta, una enredadera flexible y de color verde claro subió por su pierna, sobre su hombro, bajó por su brazo y ató su mano al dispositivo. Un hormigueo, como si flotara en un fluido efervescente, vibró a través de su piel y hasta el centro de su cuerpo. Su energía estaba siendo drenada.

—¿Qué está pasando? —Casi se sentía mareado.

—Eres nuestra fuente de energía. Es la única manera de contener la energía para no alertar a los Reptiles. No llevará mucho tiempo. Aguanta, Hexoniano.

La pantalla cobró vida. Los datos se extendieron por la pantalla, figuras y números parpadeando demasiado rápido para que pudiera descifrarlos. Sin previo aviso, la pantalla se apagó y el metal volvió a enfriarse.

—Está hecho.

Respiró hondo. Luego otra vez. —¿Quieres decir que se ha enviado una señal?

—Varias.

Striker se pasó una mano débil por la frente. —Podríais haberme dicho lo que estabais haciendo.

—A costa de extraer demasiada carga natural de tu cuerpo, calculamos que era más expeditivo simplemente proceder.

Striker se levantó del banco, sintiendo que algo de fuerza volvía a sus extremidades, agradecido —hasta cierto punto— de que hubieran sido tan rápidos como pudieron. Ahora estaba tembloroso. No quería pensar cómo estaría si hubieran tardado más.

—Supongo que solo tenemos que esperar —murmuró, sintiéndose extraño al escuchar realmente su propia voz. Se estaba acostumbrando a hablar en su cabeza.

Hubo un estruendo resonante, y la habitación se sacudió desde sus cimientos, como si fuera un terremoto. Un fino chorro de polvo

se filtró desde el techo. Un gemido escalofriante sonó por todo el esqueleto del edificio.

—¿Qué ha sido eso?

Seguramente, era demasiado pronto para que Reed acercara tanto la nave espacial.

Hubo una pausa, como si los calisteanos no estuvieran seguros. — Un agujero de gusano está naciendo en la atmósfera de nuestro planeta.

A pesar de la falta de inflexiones vocales, las palabras en sí eran lo suficientemente escalofriantes porque eso era, —Imposible.

—La mujer está en el centro. La energía debe ser detenida desde la fuente.

Otro estruendo resonó lo suficientemente fuerte como para hacer que Striker se encogiera. El edificio se sacudió de nuevo, traqueteando y temblando. Más partículas descendieron del techo al suelo. Fuera lo que fuese, si podía hacer que un edificio calisteano se sacudiera desde sus cimientos, estaba ocurriendo algo decididamente malo. Le llevó un momento entender a qué se referían con la palabra "fuente".

—Vivien no está haciendo esto. Ella nunca, *jamás*, haría algo así. Es lo que sea que le han *frekeado*. ¡No toquéis ni un pelo de su cabeza!

Striker se lanzó hacia la puerta y la abrió de un tirón. Fatiga o no, no iba a permitir que Vivien sufriera ningún daño. Ella era inocente. No merecía morir. No por culpa de lo que le hubieran hecho.

Un cordón como de acero alrededor de su tobillo le hizo caer de bruces en el frío suelo de hormigón antes de ser arrastrado de nuevo a la habitación. La puerta se cerró de golpe, encerrándolo dentro.

Arañó la enredadera que se enrollaba alrededor de su tobillo. Se movió más arriba por su pierna, enroscándose alrededor de su muslo en un estrangulamiento. Otra enredadera rodeó una muñeca. Dos. Su otro tobillo, y lo mantuvo extendido e inmóvil en el suelo. Parecía que eran bastante buenos inmovilizándolo.

—¡Dejadme ir con ella! —bramó, sin importarle si le oían o no.

—Desiste. Te daremos una oportunidad, pero solo una.

—¿Por qué haríais eso siquiera? —gruñó.

La pausa fue lo suficientemente larga como para ponerle los nervios de punta. —Porque si tienes éxito, ella será ciertamente un premio para nosotros.

¡Basta de acertijos! —Entonces dejadme levantarme para poder *frekearme* salvarla.

—No hay necesidad. Está atrapada dentro de su mente —dijeron los calisteanos.

Striker tomó aire profundamente y apoyó la cabeza en el suelo. —¿Cómo puedo liberarla?!

—Sigue la conexión que estableciste cuando os unisteis físicamente.

Movió la cabeza en señal de negación. —¿Cómo puedo hacer eso si no me dejáis tocarla?

—Será más expeditivo llevarte allí.

De repente, su perspectiva se tambaleó y se precipitó por un túnel retorcido hecho de luces negras, verdes y blancas. Tan súbitamente como empezó, se detuvo, suspendido ante una puerta cerrada. Vaciló, como si flotara en el aire. —Se puede entrar en su mente por esta puerta.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que mientras su cuerpo estaba extendido en un suelo frío e implacable, su conciencia estaba en otro lugar.

—¿Cómo?

—Sangre con sangre. Mente con mente. Estamos conectados.

Comenzaba a intuir hasta qué punto estaban conectados. Las preguntas abarrotaban su mente, pero no era el momento ni el lugar para tener una sesión de preguntas y respuestas. Habría tiempo de sobra más tarde. Con suerte.

Extendió una mano y la envolvió alrededor de la anticuada y ornamentada manija, complacido de ver que al menos todavía tenía un cuerpo corpóreo. Se detuvo justo antes de entrar. —¿Por qué no pasáis vosotros?

Si estaban conectados, los calisteanos podrían pasar tan fácilmente como él.

—Ella tiene una conexión emocional contigo. Sin una conexión como la tuya, su mente nos rechazaría como reflexiones o simplemente como un producto de su imaginación. Ella te conoce y te reconocerá, pero date prisa, no hay mucho tiempo. Si no puedes traerla de vuelta, entonces no tendremos más remedio que detener su energía.

Detendrían a Vivien para salvar el planeta. Dioses, el bien mayor apestaba. Tomando un aliento reconfortante y no queriendo perder un tiempo que no tenían, giró el pomo, abrió la puerta y entró en la mente de Vivien.



Capítulo Dieciocho

Sonidos suaves lo rodeaban. Una dulce voz femenina llena de asombro transmitía una sensación de pertenencia y bienvenida. Unos labios presionados contra una frente, manos firmes y sustentadoras debajo de él. Un cálido pecho en los labios. El instinto de mamar, que traía consigo un amor incondicional y seguridad.

Una voz masculina emitió un sonido discordante. La leche —y el confort— flaquearon. La incomodidad y la angustia —todo nuevo— hicieron que ella tomara aire. Un sonido se formó en la exhalación. Unas suaves palmadas en su cuerpo la calmaron, buscando nuevamente la leche, el contacto, la conexión. Ahora ávida, la leche fluyó y la calma regresó.

A Striker le llevó un momento darse cuenta de que las sensaciones no eran suyas. Un momento más largo para entender que el bebé recién nacido en brazos de la mujer era Vivien. Que lo que sentía y percibía era, de alguna manera, todo lo que ella sentía y percibía.

La mujer, que obviamente acababa de dar a luz, estaba sonrojada, exhausta y hermosa. Y tan parecida a Vivien que resultaba inquietante. Un hombre se erguía cerca. Militar. Condecorado. Clínico. Distante. Permaneció a un lado mientras el personal médico

atendía a la madre, su mirada distraída, su boca casi en una mueca de desdén.

Una voz llamó desde detrás de la puerta cerrada. Él dirigió una palabra cortante a la mujer y salió a grandes zancadas de la habitación, sin percatarse del tierno dolor en el rostro de la mujer. La bebé se separó de su pecho y comenzó a llorar.

La escena se volvió acuosa, la habitación convirtiéndose en manchas indistintas de color y emoción, implosionando mientras él permanecía en el centro. Se lanzó hacia la puerta por la que había desaparecido el hombre para ver imágenes estroboscópicas a su alrededor. Un caleidoscopio de color, sensación, emoción, felicidad, confusión, amor lo rodeaba. La mujer era prominente y era el centro desde el que todo se proyectaba. La risa de una niña, brillante, feliz, despreocupada. Columpiándose en un columpio gigante. Un sol brillando desde un cielo azul. Manos y brazos amorosos y besos. Rosas y amor. Una calidez que se asentaba justo dentro de su pecho y florecía cada día.

Luego, confusión. Voces en susurros. La ausencia de esas manos cálidas y amorosas. Eso era todo lo que quería. Las buscaba cada día, pero nunca volvían. Un elegante ataúd negro cubierto de flores. Llanto. Negro por todas partes. Ropa. Rostros. Un gran agujero en la tierra. Frío. Lluvia. Desolación.

Silencio.

Ya no había manos amorosas. Ni besos. Ni cantos. Ni voz. Ni consuelo.

El caleidoscopio dio paso a la imagen de un hombre enorme sentado en un escritorio. Todo era tan grande. Su cabeza ni siquiera llegaba a la altura del escritorio donde estaba sentado el hombre. Una mano regordeta que parecía tan pequeña tocó su muslo. Quería preguntar a dónde se habían ido esos brazos amorosos. Esa voz que le cantaba y la llenaba de alegría se había ido. ¿Iba a volver? Quería saber todas estas cosas, pero el hombre la miraba con fríos ojos grises. Su mano se deslizó de su pierna y se aferró a su osito de peluche. Osito iba a estar allí para ella ahora. No podía cantar, pero sus pequeños brazos peludos podían abrazarla. Si se esforzaba lo suficiente, podía oler ese amor incondicional que se aferraba a él. El

hombre ladró un sonido discordante. Ella se estremeció y hundió la nariz en las fibras, respirando profundamente. Rosas y amor. El corazón de Striker se quebró.

Los colores goteaban como gotas de lluvia por una ventana, formando escena tras escena. Una niña pequeña esperando a que la recogieran en la puerta de la escuela. Una habitación fría. Una casa silenciosa. Gritos constantes en un torrente de órdenes. Cientos de pisadas retumbando en interminables ejercicios que le recordaban sus primeros días en el ejército de la flota. La niña que escuchaba comenzaba a unirse ahora que era mayor.

El hombre severo envejecía. Más condecoraciones alineadas en su pecho. Su rostro se volvía más arrugado. Más duro. Los ojos grises y fríos ya no estaban distantes y distraídos. Ahora condenaban y encontraban fallos. Ella se esforzaba más. Estudiaba hasta que el sol tocaba el cielo de la mañana. Sacaba las mejores notas. Mantenía una rutina brutal de gimnasia, natación, senderismo, jogging. Mantenía su habitación limpia. Lavaba. Fregaba. Planchaba. Cocinaba. No había amigos. Solo pruebas y tribulaciones. Todo para que el hombre severo con los ojos grises pudiera ofrecerle una sonrisa.

El hombre tenía un nombre. Capitán. Luego Mayor. Ahora General. Siempre severo. Acusador. Juzgador.

—Puedes hacerlo mejor, Soldado.

—¿Te consideras apta para el ejército? Eres basura.

—Eres una vergüenza para los hombres que sirven contigo.

—Harías que tu madre quisiera repudiarte.

Una andanada de huesos rotos. Laceraciones. Puntos de sutura. Lesiones internas. Estancias clínicas en el hospital se abalanzaban sobre él como una interjección de un vídeo antiguo con esa severa voz masculina. Las palabras indistintas, pero con el mismo significado: fracaso, fracaso, fracaso, seguido de la misma respuesta desesperada para hacerlo mejor. Para hacerle sentir orgulloso. Striker no sabía quién era este hombre, pero sabía una cosa. No había honor en tratar a un soldado como un fracaso. Socavar la autoestima lo suficiente, especialmente así, y ahí es cuando los errores realmente ocurren.

Solo tuvo un segundo para pensar en eso cuando pasó ante él una fila de hombres. Sexo. Sexo que desgarraba el agujero dentro de ella, haciéndolo más grande con cada polla que empujaba y cada noche insatisfecha. Hombres a los que ofrecía rosas y amor, para tenerlas de vuelta destrozadas en pequeños pedazos sangrientos. Algo en ella cambió después de un tiempo.

Solo había sexo sin corazón. El sexo servía para un frágil momento de consuelo. Ya no buscaba un momento más de ese elusivo aroma de rosas y amor porque sabía que no estaba allí. Se enfurecía. La única liberación eran las batallas. La ira la mantenía en marcha. Le otorgaron un equipo. No del hombre de los ojos grises y fríos, sino de otros que habían notado su destreza en el campo de batalla.

Había felicidad en los lazos de ese equipo, todos hombres. Risas entre la sangre de las batallas. Ayudaba a aliviar la desesperación que arañaba como ácido en su interior. Nunca hubo sexo con estos hombres. Era una línea que no cruzaba. No quería perderlos. Eran familia. Lo eran todo. Los combates en la Tierra continuaron y fueron enviados a otra misión. A un lugar caluroso, seco, polvoriento y desolado.

Se encontró en un largo y oscuro pasillo. Frente a él había una puerta, cerrada con muchos candados antiguos de varios tamaños. Pesadas cadenas metálicas y alambre de púas se entrelazaban con los candados y bloqueaban la puerta. Detrás de él había luz. Tenía que llegar a la luz.

Se dirigió a la puerta. Arrancó trozos de madera de la puerta mientras despedazaba los candados y las cadenas. La puerta crujió y gimió en protesta, resistiendo firmemente su embestida. Con un gruñido, arrancó el último candado junto con un enorme trozo de puerta y la abrió de golpe.

El mundo giró a su alrededor. Confusión. Gritos. Desesperación asfixiante. Algo salió mal, y era culpa de ella. Muchos hombres gritándole. Los cañones de las armas la golpeaban. Le quitaron sus armas, dejándola indefensa. Su equipo. Su ropa. Fue golpeada y arrojada desnuda y dolorida a una celda helada, y la mataron de hambre. La torturaron. Los días se volvieron borrosos. El tiempo perdió sentido.

Le gritaban mientras la golpeaban. Querían saber cosas. ¿Había venido sola? ¿Tenía un equipo? Sí, y era un secreto. No podía hablarles de su equipo. Su familia. Los matarían si supieran dónde estaban. No iba a decir ni una palabra.

La paliza continuó. Estaba delirando. No sabía si soñaba o estaba despierta y hablaba. Les contó por qué había venido a esta tierra de odio y guerra. Había una bomba. Tenía que ser desactivada. Arrasaría media ciudad. Ella era la mejor en infiltración, así que la enviaron primero para desactivar las puertas. Emboscada. Estaba atrapada.

No había escapatoria para ella, pero si su equipo se mantenía alejado, estarían a salvo. Se alegraba de que la dieran por muerta. Contenta de haber arruinado sus planes antes de ser capturada. Era el protocolo. El único consuelo en todo este lío.

Entonces su peor pesadilla se hizo realidad. ¡Su equipo había venido! Todos alineados frente a ella. Pero, ¿por qué estaban aquí? Deberían estar lejos y a salvo. Les preguntó a sus torturadores, pero solo se rieron de ella y le dijeron que les había contado dónde se escondían. Como recompensa, podría verlos mientras les volaban los sesos.

Uno de los hombres apuntó una pistola a la cabeza de Dane. Apretó el gatillo. Su grito llenó su cabeza mientras su sangre salpicaba la pared detrás de él. Luego fue el turno de Mike. Luego Scott. Su familia. Muertos. Se habían ido. Justo frente a sus ojos. El dolor era insoportable. Cuando la pistola se volvió hacia ella, supo que iba a morir. Pero se lo merecía.

Ella les había dicho dónde estaba su equipo.

Habían muerto porque no pudo guardar un secreto.

Antes de que apretaran el gatillo, hubo una explosión. La pared salpicada de sangre se desintegró y soldados irrumpieron. Hubo un frenesí de balas, y luego fue arrojada sobre un hombro y sacada del lugar de muerte.

El hombre de la voz severa la encontró culpable. Indigna. Un fracaso. Culpa tan espesa que se convirtió en su sangre circulando por su cuerpo. Sabía que el hombre tenía razón. Había matado a la única familia que tenía.

Striker permaneció observando el destrozo de su vida desde ese evento. Su culpa lo arañaba como si fuera suya. Se perdió en su desolación. La angustia se convirtió en su normalidad. El dolor hizo que cada latido de su corazón físico doliera.

El hombre de la voz severa la rechazó por completo, pero irónicamente era la única voz que ella necesitaba perdonar.

Días lúgubres se convirtieron en meses hasta que pasó más de un año. Ya no hubo más hombres. Ni siquiera para el sexo. No buscaba consuelo de ningún tipo. Era inmerecido. Reanudó sus funciones como una forma de poder pensar en otra cosa, aunque fuera por unos momentos. El trabajo se convirtió en un respiro. Se entregó a ello una vez más. Horas y horas y horas. Cayendo en la cama tan exhausta que rezaba para no soñar.

Se encontró con el caso de las mujeres desaparecidas. Cincuenta de ellas. Quizás más. Los militares estaban involucrados porque habían desaparecido a lo largo de la Planicie de Nullarbor. Ese tramo de tierra vasta y solitaria era testigo de maniobras militares ultrasecretas que no querían que nadie conociera.

Ella había ido para intentar averiguar qué les había sucedido. Tal vez si las encontraba —aunque fuera a una— podría aliviar su culpa. Se había parado en medio de esa tierra salvaje y solitaria y rezó por ayuda. Rezó para poder salvar a alguien. Rezó para ser perdonada. Rezó para que todo terminara. Cuando vio descender una luz, quedó fascinada. Pensó —de manera ridícula— que sus oraciones habían sido respondidas. Pero en lugar de un ángel indulgente que le quitara su dolor, el diablo había venido en forma de un Reptil gigante.

Ahora nunca encontraría a esas mujeres y sus pecados nunca serían perdonados.

Comenzó otra serie de recuerdos. Con estos, él estaba familiarizado. Despertar en otro mundo, confusa y dudando de su cordura. Se vio a sí mismo, pero como ella lo veía. Enorme. Un poco arrogante. Fascinante. Un deseo muerto hace mucho tiempo se avivó sorprendiéndola. El pesado fardo de responsabilidad de encontrar a esas mujeres.

Él era un obstáculo o alguien que podría ayudar. No lo sabía con certeza. No culpaba su respuesta dado el modo frívolo en que la había tratado al principio. Si solo hubiera sabido por lo que había pasado. Pero, ¿cómo lo habría sabido?

Podrías haberle preguntado. Hablado con ella. Con ella.

Cerró los ojos mientras las emociones de ella lo inundaban cuando hicieron el amor. El deseo se transformó en confusión al actuar de manera tan primitiva y cruda. Excitación más allá de su experiencia. La incapacidad de detenerse. Los Callisteanos jugando con ellos — algo por lo que responderían si alguna vez salía de esto con vida. La liberación como ninguna otra que hubiera conocido. Le agradaba, se alegró de sentir. Casi podía sentir, en ese estado intensificado y sin restricciones, que esto podría ser algo más.

Luego su caída después de hacer el amor.

Un sentimiento de inadecuación abrumadora alzó su fea cabeza. La necesidad de huir que le picaba bajo la piel. La certeza absoluta de que había hecho algo mal, que solo terminaría haciéndole daño.

¿Era así como se sentía realmente? ¿Cómo se veía a sí misma? ¿Como un pedazo de basura sin valor al que nadie miraría dos veces?

Equivocado. Tan equivocado.

Striker cayó de rodillas cuando la desesperación de ella lo inundó. Cerró los puños y los apoyó en el suelo. La oleada de sus emociones era abrumadora. Tenía que preguntarse si esta era la forma en que se sentía todo el tiempo. No sabía qué era más horroroso: que esto fuera su normalidad o que el hombre severo, quienquiera que fuese, el absoluto cabrón que era, pudiera ser tan despiadado como para dejarla pensar que era verdad.

Ella no era culpable de nada. No era la persona horrible que pensaba que era. Simplemente no lo veía. La culpa nublaba su perspectiva. Le hacía ver y pensar cosas que no eran realidad. Solo quería tomarla en sus brazos, calmarla, decirle que lo había hecho bien en circunstancias imposibles, mejor de lo que él jamás habría podido hacer. Una mujer valiente como ella debería ser honrada, no dejada para sentirse como un fracaso.

Si tan solo pudiera decirle eso. Dejarla verse a sí misma como él la veía. Incluso si lo peor sucediera y ambos murieran, ella debería saber esta única cosa. Echó la cabeza hacia atrás e hizo algo que no había hecho en mucho tiempo: rezar.

—Dioses, dejadme verla. Por favor. Necesita ver la verdad.

La escena de sus miembros entrelazados se desintegró. Había una figura acurrucada sobre sí misma, agazapada en medio de un haz de luz débil. Rodeándola estaba la oscuridad más espesa que jamás hubiera presenciado. No era como mirar por su portal cuando notaba el espacio entre las estrellas, por grande que fuera.

La oscuridad aquí era la ausencia de... todo. Luz. Sonido. Olor. Una sensación omnipresente de desesperanza se deslizó sobre sus hombros como un manto.

El único color eran los cálidos tonos de piel color miel y cabello rubio con mechas de sol.

¡Vivien!

Corrió hacia ella, sus pasos sonando apagados y muertos, y se detuvo justo al otro lado del foco de luz. No podía llegar a ella. Había una barrera invisible entre ellos.

—¡Vivien! —gritó.

Su voz sonaba apagada, como si la oscuridad se comiera su voz. Llamó de nuevo. Y otra vez. Otra vez. Llamó hasta que su garganta se tensó con el esfuerzo. Golpeó la barrera. La embistió con puños, rodillas, talones. Nada de lo que hacía penetraba a través de la barrera. Ella permanecía acurrucada en el suelo, quieta y silenciosa. Ni siquiera sabía que él estaba aquí.

—¡Vivien! Abre los ojos. ¡Mírame!

Después de quién sabe cuánto tiempo, se deslizó hasta el suelo, su espalda contra la luz, usándola como respaldo, mirando a través de la impenetrable oscuridad.

Desesperación. Esa misma desesperación negra e interminable con la que Vivien existía se reunió alrededor de sus hombros. Se hundió en su piel y tomó residencia en su corazón. La observó durante un tiempo largo e interminable. Ella no movió ni un músculo.

Los Callisteanos acabarían con su energía si él no llegaba a ella. El tiempo tenía que estar agotándose. Cerró los ojos. Incluyó la cabeza

hacia atrás contra el sólido túnel de luz e hizo algo que nunca había hecho antes. Abrió su alma.



Capítulo Diecinueve

U n constante murmullo la devolvió a sus sentidos. No era el tipo de estruendo de maquinaria pesada que podía sacudir un edificio con esos tonos bajos y vibrantes. Era un tono cálido que ondulaba a través de ella como un suspiro. El murmullo fluctuaba con diferentes tonos. Serpenteante y ligeramente cantarín.

Permitió que los tonos flotantes emergieran, atravesando las sombras del sueño. No quería despertarse del todo. Hacerlo significaría enfrentarse a esa infinita oscuridad que acechaba con malévolos intenciones y maldad, apestando a esa criatura que de alguna manera la había devorado.

No podía precisarlo, pero la oscuridad era maligna. Rebosaba de maldad. Haría cualquier cosa para no tener que estar plenamente consciente de ello otra vez.

Además, escuchar el murmullo era mucho mejor que el sonido de nada más que su propia respiración y un miedo paralizante. Si el murmullo era un sueño, se quedaría ahí. Se relajó de nuevo y dejó que el sueño la ocultara. Aquí, podía soñar con Striker, ese gran hombre-alienígena dorado con el cuerpo de un dios antiguo. Eso era mucho mejor que estar sujeta a cualquier sueño ordinario.

Era una chica de brazos, y vaya si él tenía brazos. Largos, anchos, con bíceps abultados de músculo. Antebrazos suaves, lo suficientemente fuertes para soportar cualquier carga. Manos con dedos largos y delgados que le habían arrancado ese orgasmo. *Ese* orgasmo debería pasar a la historia. *Ese* orgasmo que la había tomado completamente por sorpresa.

No pensaba que volvería a experimentar ningún orgasmo de nuevo. Ni sexo. Lo había descartado después de...

Detuvo esa línea de pensamiento. No la llevaría a ninguna parte ni cambiaría esos acontecimientos.

No cambiaría el hecho de que lo había perdido todo.

Piensa en Striker otra vez. Lo único positivo que le había sucedido en... bueno, en su vida, si era totalmente sincera.

Y solo había sido necesaria la destrucción de todo su mundo y de cómo concebía el universo. Alienígenas. Planetas. La existencia de otras especies, que no eran solo las bacterias que los científicos en la Tierra pasaban décadas buscando. Definitivamente podría decirles ahora que deberían ampliar un poco su enfoque. Esos Reptiles, eran bastante difíciles de pasar por alto.

Se estremeció. Tal vez era mejor que esos científicos estuvieran buscando bacterias. Menos trauma.

Striker, piensa en Striker.

Le gustaban sus brazos. Y su pecho. Sus abdominales. Quizás los alienígenas no engordaban como los humanos. Sus cuerpos cambiaban a lo largo de generaciones, o tal vez habían desarrollado un método científico para detener cualquier tipo de acumulación de grasa. Obviamente tenían una tecnología seria si ese Starjet era indicativo de algo.

Le gustaba su cuerpo. Le gustaba la forma en que se alzaba una cabeza por encima de ella. Eso no le ocurría a menudo a una mujer que medía casi un metro ochenta. La hacía sentir femenina. Qué risa, ya que se esforzaba cada día por no ceder a ese lado de sí misma, pero maldita sea si no le gustaba cuando había estado acurrucada en sus brazos.

A pesar de la extraña manera en que se había encendido y combustionado cuando habían hecho el amor, no había sido una

sorpresa total. Lo había *deseado*. Ya lo había deseado. Solo se sorprendió de haber actuado en consecuencia. Pensaba que esa parte de ella había muerto con su equipo. Y así había sido. Hasta hace poco.

Y ahora —ahora que estaba atrapada dondequiera que fuese este infierno— no podía arrepentirse. Le dejaría hacerle esas cosas otra vez. Y otra.

Podía imaginarlo ahora. Cómo la sostendría. Suave al principio, luego duro y firme cuando importaba, llevándola cada vez más alto hasta que se deshiciera.

Era más que solo lo físico, aunque eso había estado presente desde que le había golpeado en la parte posterior de la cabeza —pobre chico. No sabía en lo que se había metido, rio para sí misma, pero ese era un punto secundario.

Lo que realmente había hecho que se sentara y prestara atención fue la manera en que la miraba. Cuando le había pillado mirándola fijamente. Podía ver la confusión en su expresión. Eso lo podía entender. Estaban en una situación donde cualquier cosa sexual normalmente se apagaba. Pero no había sido así. No para ninguno de los dos.

No solo había habido un interés sexual primario que ella reconocía en hombres de todo el mundo, sino que había habido más. Había habido afecto. Ternura. Interés en ella como persona, más allá del impulso de simplemente follar. Aunque no tenía mucha experiencia con la ternura de ese tipo, la había visto en esos profundos ojos brillantes suyos. Se preguntaba si él sabía lo expresivos que eran en realidad.

Cuánto había ansiado una mirada así dirigida hacia ella. Desde que era una niña pequeña. Cuánto había trabajado para conseguirla.

—...entonces me alisté en el *Starlight*. Sé que entenderías esto, pero tenía que alejarme de la guerra. La lucha constante. Ir a la batalla y preguntarte quién volvería contigo... —El murmullo se convirtió en una voz. ¡La voz de Striker! Emergió a través de más capas de sueño para escuchar.

—...llevamos luchando contra los Reptiles durante mucho tiempo. Durante décadas, hemos visto planeta tras planeta sucumbir ante

ellos... —No sabía de dónde venía, pero eso no importaba. Lo que importaba era escuchar.

—...perdido buenos amigos. Demasiados. He estado en tantas batallas que he perdido la cuenta. He visto cosas que no puedo olvidar. Cosas de pesadilla...

¡Ella sí que sabía de eso! Algunas noches no quería irse a dormir porque sabía con qué soñaría. Bebía botella tras botella de whisky para dejar de pensar. Para descansar algo antes de que las pesadillas invadieran.

—...no sé por qué los Reptiles lograron invadir cualquier planeta. Como especie, nunca mostraron mucha progresión durante siglos. Su mundo era de luchas internas y tribus. Sin tecnología. Luego, de repente, cambiaron. En poco tiempo, invadieron cada planeta de su galaxia. Después pasaron a la siguiente antes de que nadie supiera lo que estaba sucediendo. Los planetas se unieron, formaron un ejército central, y mientras tanto ellos seguían invadiendo mientras nosotros organizábamos nuestros traseros.

—Entonces invadieron mi planeta...

Vivien aspiró un largo suspiro, lleno de horror. No sabía eso. Pero por supuesto, él tenía que tener una historia para ser lo que era. Para hacer lo que hacía.

—...logramos contenerlos, pero apenas. Hubo muchas bajas. Más de dos tercios del planeta fueron —aún lo están— esclavizados mentalmente... —Oyó la tensión en su voz. La entendía hasta lo más profundo de su alma.

—...incluida mi familia. Madre. Padre. Hermanos. Primos. Los cuidamos. Los mantenemos vivos con la esperanza de poder liberarlos. Pero se está volviendo difícil. Nadie de ninguno de los planetas aliados puede averiguar cómo lo están haciendo. Te afecta. El no saber. La batalla constante. Por eso me alisté en el *Starlight*. Podemos proteger un planeta. Evitar que sea objetivo. Mucho mejor que luchar para detener una invasión. Esos pobres desgraciados. Luchando. Muriendo...

Ella sabía de batallas. De muerte. Apartó ese pensamiento, dejando que la voz de Striker la centrara.

—...¿qué más podría pedir? Cinco años a bordo de una nave para cuidar de un planeta pacífico. Algunos no querían ir. Pensaban que sería aburrido, pero yo salté ante la oportunidad. ¡Unas vacaciones! Me gusta tu planeta. Me gusta vuestra forma de vida —en vuestras zonas de paz, por supuesto...

A ella también le gustaba la vida en los países pacíficos. Estaba tan harta de la lucha. El esfuerzo constante por intentar marcar la diferencia. El saber que nada de lo que hiciera terminaría jamás con la lucha.

Siempre habría quienes quisieran luchar. La raza humana parecía muy similar a los Reptiles en muchos aspectos. Tribal. Enfrentamientos internos. En la historia de la humanidad, siempre había habido una guerra u otra. Siempre alguna facción —religiosa o geográfica— que quería cambiar el mundo, hacer que la gente viviera sus vidas como alguien más quería que las vivieran. Y siempre habría necesidad de personas que lucharan por la libertad que egoístamente querían arrebatar.

Estaba tan, tan cansada. Cansada hasta los huesos. Cansada en el alma.

—...en realidad solicité el mando, pero Jo'Aquin, ese cabrón, entró por un pelo. Solo me cedió el mando cuando conoció a Lauren, y no quería apartarse de su lado. No es que me importe. Me alegro de que haya encontrado a alguien a quien amar... —Su voz se quebró. Sonaba tan perdido. Tan desesperanzado.

Ella conocía ese sentimiento íntimamente.

Él no había tenido otra opción que luchar por necesidad. Tenía que salvar su planeta. Su familia. Cuando lo único que cualquiera quiere es encontrar a alguien a quien amar. Era una verdad universal. Algo que cualquiera merecía.

Excepto tú.

Incluso ahora, a medio camino a través del universo, pensaba en su padre. No parecía poder escapar de él.

¿Cuándo acabaría?

—...siempre quise ser soldado. Pensaba que sería una vida de aventuras...

No había habido opción para ella. Convertirse en soldado o perder a su padre. En cuanto a la vida de aventuras, había soportado, se había esforzado, había prescindido de cosas —todo por una sonrisa ilusoria. Un precio tan pequeño. Uno que nunca se pagó.

—...no entendía la realidad. Nunca había visto a nadie enfermo, y mucho menos morir frente a mí...

—Nadie se acostumbra jamás a eso —susurró. Hay algo sobre ver un pecho destrozado en el campo de batalla que ninguna cantidad de charla psicológica puede borrar.

—...ver a hombres, tu unidad, tu familia siendo despedazados y morir. Nunca te recuperas de eso...

Eso, lo podía entender. —Te lo llevas contigo dondequiera que vayas. Tus sueños. Tus pensamientos. Te consume y nunca te deja —susurró.

—...pero tienes que levantarte y seguir adelante...

—¿Pero cómo puedes hacer eso cuando la vida nunca vuelve a ser la misma? —Decirlo en voz alta hizo que los recuerdos volvieran en tropel. Había trabajado duro para mantenerlos a raya, pero eso era antes. Esto es ahora, y eso la había cambiado irrevocablemente.

—...tienes que encontrar un camino...

—No hay camino. —Si hubiera habido un camino, lo habría encontrado. Rectificación: siempre había encontrado un camino en el pasado, pero no merecía encontrar una salida de esto—. Mis acciones por sí solas fueron imperdonables.

—Tú no apretaste ese gatillo. No eras responsable de la elección de tu equipo. Ellos tomaron una decisión que querían tomar. Sabes todo eso, soldado —dijo Striker.

Abrió los ojos parpadeando, miró alrededor. No había nada allí. Oía su voz. Debía ser su imaginación. —Me estoy volviendo loca.

—Definitivamente no te estás volviendo loca.

Se incorporó de golpe. Striker estaba al otro lado del túnel de luz. Imposible. —Tú. Cómo. Qué. Por qué. —Su corazón golpeaba diez veces contra su caja torácica. Su boca trabajaba sin palabras. Se puso en pie de un salto.

—Puedo responder a todas esas preguntas, pero primero tenemos que sacarte de aquí. Los Callisteanos te matarán si tardamos

demasiado.

—Pero qué... ¿Callistean? ¿Quiénes...? —Sus pies estaban clavados en el sitio. Sus piernas se negaban a funcionar. Su mente daba vueltas.

Él presionó su mano contra el costado de la luz, hundiendo la palma solo hasta cierto punto, pero no atravesándola. —Te lo explicaré más tarde. Estira la mano hacia mí, Vivien. No puedo atravesarlo.

Ella levantó su mano hacia él, sus dedos presionaron contra la barrera. Su corazón se hundió. Seguía encerrada en esta prisión. —No puedo. Lo intenté durante tanto tiempo. No puedo salir de aquí.

—Tampoco podías oírme, hasta ahora. Puedes atravesarlo. Solo tienes que encontrar la manera. —Parecía tan serio, tan preocupado. La miraba igual que su equipo cuando...

Dio un paso atrás, alejándose de él. Tal vez esta prisión era su penitencia. Si cedía ahora, sus pecados nunca serían perdonados. —No deberías haber venido a por mí.

—Quería hacerlo. —Era tan sincero. Igual que cuando había venido a rescatarla de los Reptiles desde otro planeta cuando ella no merecía que nadie la rescatara en absoluto.

—Tienes que irte. Déjame aquí, donde sea que esté *aquí*. —Contempló la negrura como tinta. Si había algo que sabía, es que él no merecía esto.

—No me voy a ninguna parte sin ti, Vivien.

Un dolor punzante atravesó su cráneo, haciéndola caer de rodillas. Sus manos acudieron a su cabeza, como si eso pudiera aliviar la agonía.

—¡Vivien!

Ella lo miró a través de lágrimas y ojos entrecerrados. —Sálvate. Vete.

Era todo lo que podía decir antes de que otro rayo de electricidad la atravesara.

—¡Vivien!

No podía responder. El dolor era demasiado grande.

Este era el final definitivo. Se había enfrentado a la relativa calma del purgatorio antes del dolor ardiente del infierno.

Si finalmente estaba aquí, todo lo que merecía era aceptarlo, porque si había una cosa que su padre le había enseñado, era que los errores creaban deudas y había que pagarlas. Pero Striker no había cometido ningún error. Era inocente. No merecía ser arrastrado con ella. Tenía que hacer que se fuera.

—¡Striker! Vete. Por favor. Vete.



Capítulo Veinte

— Se nos ha acabado el tiempo. Debemos terminar con la vida de esta.

Los tirones de los Calisteanos en su mente coincidían con sus palabras. Destellos de un rojo oscuro como la sangre pulsaban a través de la oscuridad.

Boom. Boom.

Un pulso vibró una, dos veces, sacudiendo su equilibrio. Golpeó la pared de luz.

—¡Vivien!

Aunque Vivien estaba tan cerca —a un brazo de distancia— nunca había estado más lejana. Estaba hecha un ovillo en el suelo, con las manos extendidas sobre su cabeza, los dedos hundiéndose en su cráneo como si pudiera desgarrarse la cabeza.

Emitió el ruido más desolador, un gemido:

—Vete.

Él golpeó de nuevo, con furia alimentando la acción.

—No me iré a ninguna parte sin ti.

Otro doble pulso/boom le sacudió. Usó ambas manos contra la luz para mantener el equilibrio. Sus manos se hundieron un poco en la pared, con un calor eléctrico que le pinchaba la piel. Una

desesperación como nunca antes había sentido se derramó a través de él.

Ella le miró. Tenía los ojos inyectados en sangre, el rostro contorsionado por el dolor. Sea lo que fuera que los Calisteanos le estaban haciendo, realmente no le quedaba mucho tiempo.

—Tú no lo hiciste. No tienes que pagar.

La desesperación que él sentía era la misma desesperación reflejada en su rostro. Con una sacudida, se dio cuenta de que a través de la luz, podía sentir sus emociones.

—Ven, Hexoniano. La entidad casi ha traspasado esta dimensión.

Se deslizó hasta el suelo para poder mirar directamente a Vivien.

—¿Ves mis manos, Vivien? ¿Las ves? —Cuando ella no se movió, espetó lo único que sabía que la motivaría. Aunque aún no había comandado oficialmente el *Starlight*, había sido responsable de tropas, y puso en efecto toda la fuerza de su voz de segundo al mando—. ¡Pon tus manos en la pared sobre las mías. Hazlo ahora, soldado, o habrá un infierno que pagar!

Ella se estremeció, y como la buena soldado que había sido entrenada para ser toda su vida, levantó la cabeza y el brazo y colocó una palma temblorosa sobre la suya. Chispas crepitaron a través de la delgada barrera, y sus oscuras emociones le sacudieron sin control, tan intensas que tuvo que esforzarse para mantener su mano sobre la de ella.

La barrera transmitía sus emociones. No solo las transmitía. Las electrificaba. Las hacía estallar. Crudas, oscuras y desoladas.

No solo se odiaba a sí misma.

Se *detestaba* a sí misma.

Y si él no conseguía hacerle ver lo equivocada que estaba, ella moriría pensando que esa era la verdad.

Ese hombre de ojos grises severos tenía mucho que responder.

—Padre. Es mi padre.

Susurró tan bajo que casi no la oyó, excepto que sus emociones pulsaron a través de él. Sus ojos estaban entrecerrados, lágrimas corrían por sus mejillas, piel pálida, labios agrietados.

Ella le creía.

Boom. Boom.

El pulso se debilitaba. Más espaciado. El rojo sangre profundo pulsaba lentamente, alejando la oscuridad. El blanco bordeaba el rojo. La malicia se retiraba con el negro, pero con el blanco solo había... nada.

—¿Ves? Me lo merezco —susurró Vivien.

Se puso de rodillas, con la mirada clavada en ella.

—Soldado, si yo digo que te lo mereces, sabes que lo digo en serio, pero nunca he escuchado una mayor cantidad de mierda de *sula* en toda mi vida.

Su rostro registró conmoción y sorpresa. Bien. Eso es lo que pretendía. Luego hizo algo que su propia alma —y numerosas aventuras de una noche— hacían lo posible por olvidar. Lo único que haría solo por *ella*.

Vertió imágenes de batalla, pérdida, carnicería. Años de su vida pasados luchando batallas interminables en una guerra que nadie pensaba que pudieran ganar. Hermanos de armas, muertos sin más razón que el egoísmo de otra especie. La destrucción de planetas, donde quedarse al margen y permitir que sucedieran las invasiones era la mejor línea de acción porque significaba la menor pérdida de vidas.

Luego la fina esperanza de que, a través de Lauren, la plaga del universo pudiera ser vencida.

Y el hecho de que Vivien había sido elegida por los Reptiles por alguna razón, y eso solo podía significar que de alguna manera, de alguna forma, Vivien tenía el poder de liberar planetas. Sociedades perdidas. Miles de millones de personas esclavizadas mentalmente.

Ahora tenían una oportunidad.

Que todo esto descansaba sobre sus hombros.

También sabía que la llamada del bien mayor era más fuerte que la voluntad de morir.

Su rostro se quedó flácido cuando el poder de su convicción la golpeó. Él sabía que tenía que ser así, que la pared de luz que amplificaba sus emociones también amplificaba las suyas.

Boom. Boom.

El rojo lento se consumía por la aniquilación de la blanca nada.

Era difícil respirar, como si el aire estuviera privado de oxígeno. Su cabeza palpitaba al ritmo de los pulsos cada vez más lentos del rojo que se desvanecía. Sabía que cuando dejara de respirar aquí, su vida terminaría con la de Vivien.

También sabía que vivir la vida como lo había hecho —bordeando los límites— no era una vida a la que volver. No sin Vivien. Si ella no venía, moriría con ella.

—Eres un cabrón terco —la voz de Vivien tembló.

Sintió el momento en que ella se decidió. El momento en que estuvo de acuerdo con él.

La barrera se desintegró. Ella cayó en sus brazos, y él la recogió. Presionó sus labios contra los de ella, una gratitud como nunca antes había sentido se derramó a través de él. La rodeó con sus brazos, pasó sus manos por su espalda, por su pelo. Acarició su boca con la suya, trazó sus labios con su lengua, temblando de alivio.

Un rugido atronador, lleno de rabia y furia, explotó a su alrededor. Garras ácidas se clavaron en su espalda. Vivien jadeó, arqueando la espalda, boca abierta en agonía. Un poder oscuro e hirviente surgió a través de él.

Agarró los hombros de Vivien y llamó a los Calisteanos:

—¡La tengo! ¡Sacadnos de aquí!

Inmediatamente, fue propulsado hacia atrás, a través de un sinuoso túnel oscuro a una velocidad vertiginosa. Su cuerpo se sacudió violentamente al ser devuelto a su forma física. Se liberó de las enredaderas que lo cubrían, se puso de pie de un salto, abrió la puerta de golpe y salió corriendo por el pasillo hacia Vivien.

Solo podía esperar llegar a tiempo.

* * *

Había una cuerda alrededor de su cuello. Sin aire. Abrió los ojos a luces brillantes, gritos, siseos y chasquidos, dolor y asfixia. Arañó lo que sea que estuviera alrededor de su cuello, y para su sorpresa, se cayó. Respiró profundamente en sus pulmones doloridos, nunca antes el oxígeno había sabido tan dulce.

Necesitó varias respiraciones antes de tomar conciencia de los gritos aterrorizados que perforaban su conciencia. Parpadeando para

aclarar su visión, deseó estar atrapada en ese pequeño foco de luz de nuevo. Casi.

Estaba sentada en una especie de incómodo trono de piedra, elevado sobre un plinto. Unas escaleras conducían a una sala enorme. Mujeres atadas a camillas estaban dispersas por la sala, luchando, gritando, profiriendo obscenidades.

Entonces notó a los Reptiles, moviéndose torpemente en sus uniformes y botas pesadas mientras luchaban con —se frotó los ojos— ¿enredaderas? Su cerebro había dejado oficialmente de funcionar. Sea lo que fuera que estaba pasando, las enredaderas parecían estar... ganando. Si una criatura era golpeada, caía al suelo en un enredo de enredaderas, para reformarse detrás del Reptil. Varios de los monstruos estaban inmovilizados con enredaderas que los enredaban como serpientes retorciéndose.

Su cuerpo fue tragado por un frío helado. Una sombra se cernía sobre su cabeza, curvándose sobre ella como una ola malévola, esperando para succionarla de nuevo a la oscuridad. Esa *cosa* aún estaba aquí. La cosa que se había apoderado de su mente y cuerpo. No iba a volver allí. No a ese lugar que magnificaba los lugares más oscuros de su mente. De ninguna manera iba a volver a ese infierno jamás.

Ya había terminado con esos recuerdos. Su infancia. Su padre. Todo lo que había hecho para que él la aceptara. Pero él nunca lo haría. Nada traería de vuelta a su madre, y su padre no era capaz de entenderlo. Y ella simplemente... ya había tenido suficiente.

A los ojos de su padre, nunca sería suficiente, y eso estaba bien. Era su defecto. No el de ella. Nunca el de ella.

En lugar de amarla, tratarla con las necesidades básicas que requería una niña que había perdido a su madre, hablar con ella, permitirle crecer hasta convertirse en la joven mujer con el mundo a sus pies... él la había culpado.

Simplemente no había visto que había asumido la confusa culpa de una niña pequeña hasta que todo quedó expuesto, sangrante y en carne viva. Lo había vivido de nuevo con la perspectiva de un adulto.

Ya no iba a vivir según esas reglas.

Striker le había hecho ver. Entender. Él lo sabía porque había experimentado el mismo infierno que ella.

Con un rugido, obligó a su cuerpo a moverse. Se puso de pie, contra músculos temblorosos que sentía que iban a colapsar. Empujó la oscuridad hacia atrás con cada onza de fuerza de voluntad que poseía.

No.

Iba.

A volver.

Gritó mientras la presión alcanzaba su punto máximo. Su pecho se constriñó, los pulmones se vaciaron, y aun así gritó. Gritó contra la muerte de su equipo. Su secuestro. Su terror, y finalmente... le gritó a su padre.

No.

Más.

La oscuridad desapareció y todo lo que quedó fue ella en su propia mente. Jadeó otra respiración, una y otra vez, como si hubiera corrido una maratón y no se hubiera dado cuenta de que se había hundido de nuevo en el trono hasta que unas manos cálidas y callosas alisaron sus brazos, cara, se deslizaron por su pelo.

—¿Striker?

Unos ojos preocupados la miraron desde un rostro serio y apuesto.

—¿Eres... tú?

Ella cubrió con su mano la que estaba en su mejilla sobre la suya. Nunca había visto una cara más dulce. La emoción casi la abrumó.

—¿Quién más iba a ser?

Un grito la devolvió al presente. Una mujer se tambaleó y se estrelló contra el suelo, todavía atada a la camilla.

Puntos de conciencia le pincharon en la mente. Pensamientos extraños pincharon su conciencia, como patas de hormigas rascando el suelo. No era oscuro. No como la presencia. Solo... diferente. Presionó las yemas de los dedos contra su sien.

—¿Vivien? ¿Qué pasa? —Si era posible, Striker parecía aún más serio.

—Puedo oír pensamientos. Voces. Tan diferentes.

Una conciencia se volvió más prominente en su mente. Un Reptil se abalanzó hacia ella subiendo un escalón. Ella no quería que se acercara. La criatura volvió sus ojos vidriosos hacia ella, luego retrocedió un poco.

Striker se levantó hacia el Reptil, pero ella puso una mano en su brazo, deteniéndolo.

—¿Puedes... esperar un momento?

—No creo que tengamos momentos para esperar —dijo él.

No respondió, pero instó mentalmente a la presencia a retroceder hasta el suelo y soltar su arma. El Reptil inmediatamente hizo lo que ella había pensado. Quería que todos se detuvieran, dejaran sus armas y dejaran de luchar. El metal tintineó cuando las armas cayeron al suelo. Docenas de Reptiles se quedaron inmóviles.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó Striker.

—Creo... —No terminó la frase. Todo lo que quería era que los Reptiles desataran a las mujeres y las dejaran en paz. Observó con asombro cómo las criaturas se movían para cumplir sus órdenes.

—Joder. ¿Qué está pasando?

Las mujeres sollozaban y se acurrucaban, sin saber qué hacer.

—No lo sé... no lo sé. Creo... creo que puedo controlarlos.

Un forcejeo en la plataforma superior hizo que mirara hacia arriba para ver una fila de hombres entrando corriendo, con las armas desenfundadas. Se tensó cuando Striker emitió un sonido de reconocimiento.

—¡Reed!

Una enredadera que se movía por sí sola se enroscó alrededor del tobillo de Striker. Su mirada se volvió distante por un momento antes de que esbozara una sonrisa que tenía la capacidad de quitarle el aliento.

—¡Me acaban de decir que lo has conseguido!

Ella miró alrededor, preguntándose quién le había dado esa información, pero no había nadie cerca. Él tomó su mano, la felicidad inundando sus rasgos.

—Se acabó. Estamos a salvo. ¡Mi tripulación está aquí!

Se sentía tan bien —no podía describir lo bien que se sentía tener su mano en la suya—, pero se soltó de su agarre.

—¿Tu tripulación?

Su mirada confusa le envió una lanza de culpa a través del corazón.

—Hay mucho que explicar.

—¿Quieres decir que lo consiguieron? ¿Esto... esto ha terminado?

—El alivio era tan grande que sus rodillas amenazaban con fallarle.

—Sí, Vivien. Estamos a salvo. Tú estás a salvo.

Ella retrocedió, se llevó la mano al pecho cuando él fue a tomarla de nuevo. Sabía que no debía estar haciendo esto. No quería nada más que enterrarse de nuevo en sus brazos, justo como lo había hecho en la cueva y en su mente, pero cuando llegaba el momento, no podía hacerlo. Ni siquiera sabía por qué. Era totalmente ilógico, pero algo le impedía aceptar plenamente lo que él claramente quería darle. No podía aceptarlo. Simplemente no podía.

Lo conocía como a ningún otro. Se había conectado con él de una manera que nadie debería poder hacerlo. Había sentido lo que él sentía. Su mente, recuerdos, emociones... como un buffet abierto. Había festejado y le había gustado lo que había probado. Más que gustarle... él resonaba con ella, y ella ardía por más.

A cambio, él también había visto todo sobre ella... recuerdos, pensamientos, acciones... y aún así la aceptaba. No lo entendía. ¿Cómo podía él... cómo podía *cualquiera*... seguir queriéndola después de lo que había hecho? Por no hablar de... por no hablar de sentir lo que sentía por ella.

Se habían conectado en mente y alma en ese túnel de luz. Y ahora sabía exactamente lo que él sentía por ella.

Su padre era un problema. Su padre la había moldeado, ignorado, abusado emocionalmente de ella, eso era un hecho... pero ella seguía siendo responsable de las muertes de la única otra familia que había conocido... su equipo. ¿Cómo podría alguien perdonar eso? Y ahora... ahora Striker conocía su secreto más profundo y privado.

Su cuerpo se quedó completamente entumecido y sintió que su mente le seguía de cerca.

Miembros de la tripulación se acercaban a las mujeres tan suavemente como podían, abriéndose paso entre los Reptiles

pasivamente erguidos. Las mujeres sollozaban, sin saber qué hacer, en quién confiar. Retrocedían tanto de los Reptiles como de los hombres. Pasaban demasiadas cosas. Demasiado para procesar.

No había nada que la protegiera. Ni siquiera la barrera de un alma vacía. Que su padre la ignorara era más fácil que quedar expuesta así. Nadie debería conocer las marcas negras en las almas de los demás.

Su cuerpo temblaba, y sus pulmones se contricieron a la mitad de su capacidad. Sus piernas cedieron. Lo siguiente que supo, Striker la estaba ayudando a sentarse.

—Estás en shock.

Dos hombres con uniformes similares al que llevaba Striker subieron las escaleras. Ella se acurrucó. A pesar de ser una soldado experimentada, no pudo evitar reaccionar siguiendo su primer instinto. Estaba tan cansada. Maldita sea, tan cansada.

—Vivien. Estoy aquí para ayudarte.

—No. Vete. No puedes... no puedo... no me quieres. No me quieres.

—Sabes lo que siento, Vivien. Viste la verdad. La *sentiste*. Ambos lo hicimos.

—Fue... una mentira. Lo hice para salir. Eso es todo.

—No lo dices en serio.

—Sí lo digo. Aléjate de mí. Crees que me quieres, pero créeme cuando te digo que estás mejor sin mí.

Ignoró el dolor en su voz cuando se alejó de él. No quería lidiar con nada más. Era demasiado. Quería que todo desapareciera. Solo quería paz. Bendita nada.

Su visión titubeó. Manchas bailaban ante sus ojos. Los hombres se alzaban sobre ella. Striker les hablaba, pero sus voces sonaban como si estuvieran bajo el agua.

Apartó las manos que intentaban alcanzarla. Striker. El dolor en sus ojos era demasiado para soportar. Demasiado.

Cuando su visión se nubló, se dejó llevar, apartando los únicos brazos capaces de darle consuelo.



Capítulo Veintiuno

La consciencia regresó con sonidos de sollozos ahogados y exhaustos y resoplidos intermitentes. El oscuro y cálido capullo del sueño dio paso a luces intensas y un ruido de fondo general que se intensificaba. Quería volver a la deriva hacia las profundidades incoherentes donde no tendría que lidiar con nada más, pero no podía bloquear el llanto y la miseria general. Incluso después de esquivar a la muerte, no podía deshacerse de su sentido de la responsabilidad.

Con un suspiro interno, abrió los ojos para ver varios rostros mirándola desde arriba. El atractivo rostro de Striker y sus ojos preocupados y cautelosos; otro hombre con lo que parecía ser un polvo dorado sobre su piel bronceada y una persona o cosa que parecía un... se incorporó bruscamente del catre y se tambaleó sobre piernas inestables.

Jadeando, miró fijamente el rostro de Striker. La expresión de preocupación y cautela ahora era de ansiedad.

—El árbol. Está vivo. ¿Alguien más lo ve? ¿Estoy alucinando? Un árbol. Moviéndose. Justo ahí.

Se avergonzó al descubrir que no solo le temblaba el dedo, sino también la mano y el brazo. Striker pasó sus brazos por su espalda y

debajo de sus rodillas, la levantó del catre y la sentó en su regazo.

—Puedo estar de pie —gimió mientras golpeaba con su brazo contra unos pectorales duros como rocas.

No quería estar en sus brazos. Quería rechazar la inmediata sensación de consuelo y protección que la inundaba como ambrosía. No *merecía* sentir algo así. Ni de lejos.

—¡Vivien!

Ese profundo retumbar contenía tal poder como para derretir sus entrañas, para hacerla vacilar y volver a su abrazo, para hacerla desear cosas buenas para sí misma. El árbol-cosa y el otro hombre de piel dorada se acercaron.

—Quédate donde estás.

El árbol crujió.

—Tú también.

El hombre de piel dorada se llevó la palma al pecho.

—Soy Arix, médico jefe del *Starlight*.

—¿De dónde habéis salido? —Miró por encima del hombro de él para ver a mujeres asustadas repartidas por la habitación, devolviéndole la mirada. Le recordó al triaje después de una batalla. Que básicamente era lo que había sido.

Hombres grandes y fornidos que vestían uniformes similares al de Striker atendían a las mujeres. Algunos se sentaban en un catre con una mujer acurrucada en su regazo, sostenida firmemente en brazos musculosos, cuidando de ellas mientras sollozaban y lloraban.

—Necesitas atención médica, Vivien —dijo Striker.

Arix sostuvo un dispositivo portátil en su dirección, con un ceño fruncido reflejado en su frente. *¿Puede todo el mundo dejar de fruncir el ceño ya?* Una risita demente casi se desbordó de su boca, y se esforzó por tragarla, concentrándose en las luces rojas y blancas parpadeantes del dispositivo.

—Sus ondas cerebrales son... inusuales.

—Deja de hacer... lo que sea que estés haciendo y déjame en paz —dijo Vivien.

—Necesita calmarse —dijo Arix, mirando a Striker con preocupación tensando sus facciones.

—Es solo un dolor de cabeza. Siempre me da uno después de una experiencia cercana a la muerte —Una risita estalló. Rápidamente se tapó la boca con la mano, esperando que nadie se diera cuenta.

Él se inclinó hacia ella, su cálido aliento acariciando su oído.

—Vivien. Para.

Ella luchó en su agarre, con pensamientos deslizándose por el interior de su cráneo sin adherirse. Las imágenes de la entidad oscura amenazaban con envolverla de nuevo. Estaba entrando en un pánico total y no podía detenerlo.

Los brazos se tensaron como una banda de acero a su alrededor. Una voz profunda y retumbante sonó en su oído, un aliento cálido en la concha de su oreja. Una enredadera se enroscó alrededor de su tobillo.

—No me va a atrapar otra vez. No lo hará. ¡Déjame ir!

La voz retumbante sonó de nuevo. Se aferró a un sonido tranquilizador.

—Calma. Calma. Calma.

Las palabras se repitieron en su mente. La única palabra repetitiva como un bálsamo. Su mente se deslizó.

Una imagen de exuberantes bosques verdes entró en su mente. Voló sobre las puntas de altos árboles y descendió gradualmente a través de ellos hasta llegar a un río claro y serpenteante que goteaba sobre grandes piedras blancas y planas. Miró a su alrededor. El aire era fresco pero no gélido. Se asentó como un bálsamo fresco en su piel acalorada.

El sonido del agua burbujeante captó su atención. Pisó las rocas, caminando de puntillas como cuando era niña hasta el borde del agua. Sus dedos descalzos se sumergieron en el agua. Era agradable y confortable.

Un sol cálido atravesó las nubes. El efecto del cielo azul profundo, en lugar de un gris plano y frío, fue sorprendente. Suspiró, inclinando su rostro hacia la calidez. ¡Calor! ¡Por fin! Absorbió la calidez, dejando que los rayos penetraran a través de su piel.

Una gran roca plana estaba junto a la orilla del agua. Se sentó en ella, de cara al agua y a las montañas más allá.

—Hermoso.

Se dio la vuelta. Striker estaba a un lado, observándola. Tenía la sensación de que no se refería al paisaje, y un rubor apareció en su rostro.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —Giró, sin ver nada más que un espeso bosque de pinos enmarcando las piedras blancas del río—. ¿Dónde estamos?

—No hemos ido muy lejos. Nuestros cuerpos están en la camilla, y tú sigues en mi regazo, pero pensamos que esta vista sería mucho más relajante para ti.

—¿Pensamos? —Sacudió la cabeza, tratando de encontrar algo de lógica en sus pensamientos—. ¿Cómo he llegado aquí?

Él se rió, en total contraste con su mirada seria.

—Estamos en un espacio mental en este momento. Un producto de la imaginación que es lo más tranquilizador para ti. Los nativos se les ocurrió esta idea, y es condenadamente buena. Me estoy acostumbrando a su forma de pensar.

Las cosas simplemente no tenían ningún sentido. Si era honesta, desde el momento en que la habían secuestrado, nada tenía sentido.

—Me he vuelto loca, ¿verdad? Tiene que ser eso. Todo finalmente me ha afectado —Suspiró, echando una última mirada a la increíble vista—. Nunca hubiera pensado que la locura se vería tan bien.

—No estás loca. De hecho, eres la persona más cuerda que conozco, a pesar de todo lo que has pasado.

Le lanzó una mirada ceñuda, sin querer hablar de sí misma ni de nada más. ¿Por qué no podía desaparecer todo? Estaba harta de la lucha. Del conflicto. Apoyó los codos en las rodillas, apartando la mirada de él, sin querer ver la condena en sus ojos ahora que lo sabía todo sobre ella.

—No quiero hablar de mí misma.

—Entonces no lo haremos.

Lo miró sorprendida. Generalmente, cuando las personas te decían que no querías hablar de un tema, tenía el efecto contrario.

Él señaló la roca.

—¿Puedo?

Ella quería que la estrechara entre sus brazos, y al mismo tiempo no lo quería. Era un maldito desastre. Era íntimamente consciente de

su gran cuerpo sentándose junto a ella. Era mucho más grande que ella, su cuerpo todo masa muscular, delgado y construido para la fuerza. Junto a él, sin embargo, no se sentía débil. Solo... femenina. Se concentró en las rocas distorsionadas bajo el agua en lugar del hombre al que apenas podía resistirse.

—Eso es. A pesar de lo que diga, me estoy volviendo loca — murmuró para sí misma y se sorprendió cuando Striker se rio.

El sonido profundo calentó algo muy dentro de ella.

—Yo pensé lo mismo. Los calisteanos tienen esa manera de ser.

Ella miró su perfil, curiosa a pesar de su declaración de no querer hablar de nada.

—¿Los calisteanos?

—Sí. Los habitantes originales de este planeta.

Frunció el ceño, mirando alrededor.

—Dijiste que estaban tecnológicamente avanzados. Todo lo que puedo ver son árboles.

Tal vez eso era solo... dondequiera que estuviera... pero incluso cuando estaba caminando por el bosque, no había visto nada más que naturaleza. Estaba sorprendida de sí misma. Solo unos días atrás, pensaba que la Tierra era todo lo que había, y ahora estaba considerando a alienígenas de otro mundo. Incluso había hecho el amor con uno.

Su interior se calentó ante el recuerdo. Y había sido la mejor maldita sesión de amor que jamás había tenido. Podría acostumbrarse a ese tipo de trato. Enfadada consigo misma, rápidamente apartó el impulso.

No cedas. Mantenlo dentro. De esa manera, nadie sale herido.

—Dejaron que su planeta se rejuveneciera después de la invasión de los Reptiles, pero siguen siendo muy avanzados tecnológicamente —dijo Striker.

—¿Cómo sabes eso? —A pesar del cansancio doloroso que se arrastraba dentro de ella, sentía curiosidad—. ¿Y por qué no los vi cuando llegamos aquí?

La boca de Striker se torció en una sonrisa irónica.

—Estaban a nuestro alrededor, pero no los vimos. Solo necesitaban conectar con nosotros de una manera *muy inusual*.

Ella frunció los labios.

—¿Qué son, los maestros del camuflaje? —Sus instintos solían ser certeros, pero no había tenido ni idea de su existencia.

Él se rio de nuevo, y la piel se le puso de gallina.

—Sí. Lo son. Solo se hicieron visibles para mí después de... que hubiéramos bebido su sangre.

—¿Qué?

Él dirigió sus ojos llenos de humor hacia ella.

—Yo tuve la misma reacción, pero ellos consideran que el agua es su sangre, la flora sus músculos y huesos. Encontraron una manera de sobrevivir a la invasión integrándose con la flora de su mundo. A eso me refiero con que son tecnológicamente avanzados. Ningún otro ser, hasta donde yo sé, ha sido capaz de transferir su conciencia de esa manera.

Ella lo miró, incrédula.

—Eso suena a algo sacado de una mala novela de ciencia ficción.

—Tengo que admitir que estoy de acuerdo. Solo ellos pueden crear algo como esto —dijo Striker, señalando la gloriosa vista del río y la espléndida cordillera vestida con una capa de pinos frescos más allá. La montaña era tan enorme que los enormes pinos parecían casi insignificantes en comparación.

—¿Estamos realmente en algún... espacio mental?

Él asintió.

—Pensamos, considerando las circunstancias, que sería lo mejor.

Ella suspiró, dejando caer la cabeza en las palmas abiertas.

—Perdí totalmente el control.

—Creo que incluso el guerrero más curtido hubiera... perdido el control —dijo, repitiendo sus palabras, que sonaban un poco extrañas viniendo de él.

—Eso es una tontería. Nunca hay excusa para perder el control. La gente muere cuando eso sucede —La amargura y una aplastante culpa cayeron alrededor de su corazón, seguidas por la habitual oleada de rabia—. Y no me digas que tengo que perdonarme a mí misma ni ninguna de esas tonterías, porque eso no va a suceder.

—No voy a decirte que tengas que superar nada —dijo él.

Ella lo miró boquiabierta, pero rápidamente se recompuso, reuniendo la familiar ira.

—Y tampoco me sermonees —Ya había tenido suficientes charlatanes haciendo eso también.

—No haré nada de eso. Las experiencias te convierten en la persona que eres hoy, buenas y malas. Las experiencias te hacen crecer. Necesitas abrazar lo bueno y lo malo —dijo.

Ella resopló. Él sabía lo que había pasado. Lo sabía todo sobre ella. Lo había visto desarrollarse en su mente en multicolor.

—Haría cualquier cosa por volver en el tiempo y tener a mis amigos de vuelta. ¿Pueden hacer eso estos calisteanos? Si son tan tecnológicamente avanzados, ¿no han dominado ya la esencia del tiempo?

Una elegante ceja rubia se elevó.

—Puede que lo hayan hecho. Tendremos que preguntarles —Su expresión se volvió seria, su frente arrugándose en líneas—. Todos hemos tenido malas experiencias, Vivien, y por dolorosas que sean, yo aún elegiría conservar las mías.

Ella se burló.

—No puedes hablar en serio.

—Hablo muy en serio. Los miembros de mi equipo eligieron luchar en la guerra. No minimizaría su valiente sacrificio deseando que desapareciera —dijo.

Ella se bajó de la roca, enfrentándolo, con los puños apretados contra los muslos, poniendo todo el veneno posible en sus palabras.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Tus amigos murieron! ¡Fueron asesinados! Igual que los míos. No hay nada que desee más que traerlos de vuelta.

Ignorando el dolor que atravesó su corazón, tropezó sobre las rocas, alejándose de él.

—Eres un bastardo sin corazón si no deseas lo mismo. Vete y déjame en paz, Striker.



Capítulo Veintidós

U nas grandes palmas sobre sus hombros la hicieron girar hasta quedar cara a cara con un furioso Striker. No esperaba eso. — ¡¿Cómo te atreves?!

Se retorció para liberarse de su agarre, pero su presa era demasiado firme, sus manos demasiado grandes para moverse — ¡Quítame las manos de encima!

—No hasta que entres en razón. Necesitas dejar de compadecerte y mostrar a tu equipo el respeto que se merecen —. Sus ojos azul cielo brillaron con un destello gélido, lo que la enfureció aún más.

—No me digas lo que debo pensar —dijo ella.

Estar tan cerca, tan de frente y personal era demasiado. Demasiado difícil. No quería escuchar. No quería oír. No quería pensar.

Su pecho se contrajo, el aire ardía en su garganta mientras sus pulmones rechazaban el oxígeno, pero ¿cómo era posible? Ni siquiera estaba en su cuerpo. ¿O sí?

—Todo esto está en tu mente. En nuestras mentes, eso es seguro —dijo Striker. Su boca se tensó en una línea recta, con líneas blancas de tensión irradiando alrededor de esos labios en los que no podía dejar de pensar besándola.

—¡Entonces sal de mi cabeza!

Su mirada se endureció. Sus labios se separaron. —No.

Entonces descendió, capturando su boca con la suya. Ella luchó, ansiosa por liberarse, pero sus brazos la estrecharon más. Él avanzó hacia ella, atrapándola dentro del círculo de acero de sus brazos.

Su boca se apretó sobre la de ella en un beso brutal. Ella mantuvo la boca cerrada con resolución. Dejó de luchar. No había forma de escapar de su alcance fuerte y largo, así que hizo lo siguiente mejor y se desconectó. Cerró los ojos. Sus brazos cayeron a los costados. Se quedó quieta y se alejó mentalmente.

Obligó a sus pensamientos a regresar a aquella celda. Los miembros de su equipo, todos alineados de rodillas, frente a los cañones de los rifles y torturadores sin rostro. Esto era lo que tenía que recordar. Esta era su penitencia.

Él se apartó una fracción, creando solo una rendija de espacio entre ellos. —No, no lo harás.

Fue arrastrada lejos de la celda para encontrarse con los pies descalzos sobre rocas blancas y planas. El río continuaba su murmullo. Los pinos desprendían su fresco aroma atrapado en una suave brisa. ¡Había regresado! ¿Cómo demonios había regresado?

Presionó su boca contra la suya de nuevo. Más suave esta vez. Le acarició con la punta de la lengua trazando la costura de sus labios. Un suspiro atravesó su cuerpo, y solo por un momento se inclinó un poco hacia él, su duro cuerpo sosteniendo el suyo. Apoyó las palmas contra su pecho. Sólido. Firme. Cálido.

La celda. Ahí es donde necesitaba estar.

Otro pensamiento destelló encima. Striker mirándola desde arriba, apoyándose en sus brazos a ambos lados de su hombro mientras se introducía dentro de ella. Jadeó, apartándose del beso.

Captó una sonrisa antes de que su boca descendiera nuevamente. Su lengua se deslizó en su boca. Su sabor estalló en su lengua. Almizcle masculino y picante terroso. Separó los labios, permitiéndole entrar más profundamente con el siguiente movimiento, que él le dio sin dudarlo.

No supo cómo sus manos se deslizaron hacia arriba y sobre sus hombros para enrollarse alrededor de su cuello ni cómo se ablandó

contra él, sus pechos reemplazando donde sus manos habían estado presionadas contra su pecho. Él retumbó en su pecho, el sonido erótico y masculino.

Rompió el beso, lo miró como embriagada. Sus ojos habían perdido la frialdad, ahora reemplazada por el principio centelleante de algo mucho, mucho más caliente. Su boca estaba húmeda por el beso, sus labios entreabiertos, su aliento mezclándose con el de ella.

Tenía que pensar... tenía que... la celda. Su equipo. Ella era responsable. Una culpa desgarradora golpeó su estómago. No merecía esta atención. No merecía olvidar.

Hubo un gruñido antes de que encontrara su espalda contra la fría superficie de la gran roca donde antes estaba sentada. Striker se maniobró entre sus muslos separados. Su pelvis presionada contra su centro, protegido únicamente por un trozo de ropa interior de algodón.

—Deshonras su memoria.

—¿Qu... qué? —Lo miró fijamente, con pensamientos desordenados en su cerebro, emociones destrozando su corazón. No esperaba que dijera algo así. Eso no es lo que habían dicho los demás. Debería sentirse culpable. Era responsable...

Striker se frotó contra su centro. El calor y la presión desencadenaron una intensa opresión. —Vinieron por ti. Dieron sus vidas para que tú pudieras vivir. Los deshonras con tu culpa.

Nunca lo había pensado así. Solo había revivido los horribles hechos una y otra vez. —Pero si no fuera por mí, estarían vivos.

—Sí, lo estarían —Inclinó las caderas, frotando su firmeza contra ella. Abrió las piernas, impotente ante la necesidad que crecía dentro, y le permitió empujar contra ella más plenamente. La necesidad aumentó—. Pero ellos eligieron sacrificar sus vidas.

—Por mí.

—Sí, por ti. Y fue el mayor regalo que pudieron dar.

Frotó su erección en su punto de necesidad. Echó la cabeza hacia atrás, jadeando con el barril de pólvora que estaba a punto de desatarse. Él aprovechó su boca abierta y la reclamó en un beso arrebatador.

Se tumbó sobre su cuerpo, sus pelvis presionadas juntas, estómago contra estómago, pecho contra pecho. Inclino las caderas, frotándola en deliciosas caricias. La fricción de sus ropas era casi insoportable. Necesitaba más. Sin restricciones.

—Como desees —murmuró.

Lo siguiente que supo fue que estaba desnuda. Él también lo estaba, y su erección se deslizó por sus pliegues húmedos sin la restricción que lamentaba.

Arañó sus hombros, perdiendo la razón. —Necesito... necesito.

La presión era casi insoportable. Necesitaba liberarse. Necesitaba buscar esa elusiva y gloriosa cumbre del éxtasis.

Él empujó a lo largo de su hendidura, tan lentamente, frotando su deliciosa longitud a través de la parte más sensible de su cuerpo. Los nervios cobraron vida. Quería... necesitaba... más.

—Todavía no —Su voz era grava. Cruda.

Su rostro estaba tenso, la tensión afectándole tanto como a ella. ¿Por qué se contenía? Ella le daría todo. Él embistió. Arqueó las caderas para permitirle la entrada, pero ajustó las suyas para deslizarse en su surco. Quería liberarse, pero junto a las enloquecedoras provocaciones de Striker, había una pieza indefinible de crudeza emocional que la retenía.

—Déjalo ir, Vivien —susurró en su oído.

Recorrió sus labios, su lengua húmeda por su cuello. Ella se estremeció en respuesta. Inclino las caderas, pero la liberación seguía siendo elusiva.

—¿Dejar ir qué? —susurró.

—Toda esa porquería a la que te aferras. Tienes que respetar las decisiones de los demás. No reprochárselas —dijo.

Arqueó la espalda mientras él deslizaba su eje hacia adelante y hacia atrás, hacia adelante y hacia atrás, jadeando con la casi alcanzada altura que buscaba. —No se lo estoy reprochando.

—Sí. Lo haces. Y eso no es justo. Para ellos.

La besó larga y profundamente, haciendo el amor con su boca de la manera que ella quería con el resto de su cuerpo. Lo rodeó con sus brazos. Con sus piernas. Abrió esa parte secreta de sí misma que estaba húmeda de necesidad. Presión. Presión creciente sin lugar

donde liberarse. Arañó su espalda, gimiendo mientras la necesidad bordeaba el dolor.

¿Se estaba conteniendo? Ella se había abierto a él. Su cuerpo estaba listo y esperando ser llenado. Por la tensión que recorría su cuerpo, sabía que él también debía estar al límite.

Jadeaba. Quería tocarse para llegar al límite, pero su cuerpo estaba en el camino, y él no se movería. Si no encontraba la liberación pronto, iba a... a... no sabía qué. Movi6 la cabeza de lado a lado. Cualquier cosa para encontrar la liberación.

—¿Cómo?! —gritó.

—Imagina si fuera tu equipo el que estuviera siendo torturado, y no tú...

El pensamiento era demasiado horrible para imaginarlo, pero la imagen de ellos, rotos, sangrando y sufriendo fue empujada a su mente. Sollozó. Sabía lo que era ser eso.

Ella había sido eso.

—Exactamente, Vivien. ¿No harías cualquier cosa en tu poder para detener su tortura... incluso si significara sacrificar tu vida por la suya?

Su respiración se atascó en su garganta, sus ojos volaron hacia los suyos en un momento que podría haber sido eterno. Sabía la respuesta antes de encontrar la palabra. La sabía en su alma de una manera tan profunda que no podía estar equivocada.

Sí. Sí. Sí. Sacrificaría su vida sin dudarlo. Por supuesto que lo haría. Eran familia. No había nada que no hiciera por la familia.

—Entonces, ¿qué te hace pensar que ellos deberían haber hecho algo diferente por ti?

La enormidad del significado rompió esa cosa viva, oscura y burbujeante dentro de ella. —Porque...

—¿Por qué, Vivien? —gruñó Striker, embistiendo larga y duramente, moliéndose contra ella, aumentando la presión. Presión. Presión—. Dímelo, Vivien. ¿Por qué no deberían haberse sacrificado por ti?

No quería decírselo. Demasiado duro. Demasiado... doloroso. Pero esa presión creciente... haría cualquier cosa para encontrar la liberación. —Porque no valgo la pena, ¿vale? —Lo miró fijamente, el

calor chamuscando sus mejillas, la rabia ardiendo como un infierno dentro.

Se deslizó dentro de ella hasta la empuñadura. Estaba tan húmeda que no hubo resistencia. Jadeó con la gratificante invasión, dándole la bienvenida dentro de ella. Se plantó en ella y se quedó quieto. Solo cuando volvió en sí y buscó su mirada, él se retiró y volvió: —Vales la pena, Vivien. Dilo.

Se estremeció, como si todo su cuerpo luchara contra esas palabras. —No puedo.

—Mírame —No podía apartar la mirada mientras él se retiraba lentamente y regresaba—. Siente cuánto vales la pena, Vivien. Siénteme dentro de ti, mostrándote cuánto vales la maldita pena. Dilo, Vivien. Dime cuánto vales la pena.

Ella solo pudo negar con la cabeza, las palabras atascadas justo donde debería estar su alma. Pequeños sonidos ahogados salían de su garganta cuando lo intentaba. —No —jadeó.

Se retiró y volvió a golpear con la fuerza suficiente para sacudir su cuerpo con su embestida. —Vales la pena, Vivien. Sábelo. Siénteme —Embistió de nuevo. Otra vez. Otra vez—. Siénteme. Déjame mostrártelo. Vales la pena, Vivien. Te veo, Vivien. Te veo a *tí*. Lo vales.

Una presión exquisita se acumuló, más que dolor ahora, tensándose contra una barrera que no podía tocar ni sentir. Él entraba y salía, su piel resbaladiza por la transpiración, su respiración temblando mientras se movía. Había una presa dentro, las paredes demasiado gruesas para romper. Tenía que parar; de lo contrario, ella iba a partirse en dos con la fuerza.

La presión era demasiado intensa. Su equipo. Echaba de menos a sus amigos. La única familia que había tenido. Su padre solo era un donante biológico. ¿Por qué no murió *él*? ¿Por qué no murió *ella*? ¿Por qué la dejaron con la carga del dolor y la soledad? ¿Qué había hecho para merecer eso?

—Estás equivocada, Vivien. Lo miras todo tan mal —Dedos largos y delgados se entrelazaron en su cabello a ambos lados de su cara. La obligaron a abrir los ojos. Ella envolvió sus manos alrededor de

sus muñecas, sintiendo la crudeza de su mirada atravesándola—. Lo vales. Dilo.

Cada palabra fue puntuada con una mandíbula apretada y una embestida exigente. Una gota de transpiración corrió por su línea del cabello. Era tan intenso. Tan concentrado. Y ella era el único objeto de su atención.

Lo vales. Dilo. Lo vales. Dilo.

Algo se agrietó dentro. No era mucho, pero lo suficiente para ver la verdad y la honestidad en esas palabras. No solo las palabras, sino la convicción detrás de ellas. La miraba como si fuera algo que debía ser atesorado. Algo precioso.

Fugazmente se preguntó qué había hecho para merecer tal consideración de un hombre como Striker, pero entonces la grieta se abrió como una herida abierta y reveló las entrañas carnosas, sangrientas, desnudas. Abiertas sin protección.

Comprendió.

La claridad borró el resto del muro. Una ola interna se encrespó.

Lo vales. Dilo.

—Yo... yo... yo... soy... ¡Yo lo valgo!

Un dolor profundo y arraigado que no podía contener surgió desde sus más oscuras profundidades, estrellándose a través de su cuerpo, borrando la culpa asfixiante que manchaba su corazón. Sus pulmones tomaron una gran bocanada de aire, y cuando sollozó en voz alta, toda la pena reprimida, la desesperación, la angustia, el dolor, el sufrimiento y los viejos guiones mentales obsoletos fueron liberados con ella.

Su cuerpo alcanzó el clímax. Su mente se abrió. Striker se enterró dentro de ella y se arqueó hacia atrás. La presa se rompió. Ella voló hacia arriba y arriba y arriba mientras gloriosas olas doradas y purificadoras brotaban a su alrededor y a través de ella. Cuando llegó al clímax, Striker echó la cabeza hacia atrás y rugió, atrapado en su propio éxtasis.

Ella no pudo hacer otra cosa que aferrarse a Striker mientras resistía la tempestad interna, todo el tiempo preguntándose cómo demonios un hombre —un hombre *solo* de Hexonia— la había cambiado para siempre.



Capítulo Veintitrés

— Ni siquiera voy a preguntar qué estabais haciendo vosotros dos.

Vivien regresó a la consciencia, sorprendida de encontrarse aún envuelta en los brazos de Striker sobre el catre en medio de una habitación llena de mujeres humanas llorando silenciosamente. Sin embargo, eso no fue lo primero que notó.

Lo primero fue el momento en que Striker abrió los ojos y su mirada inmediatamente buscó la suya. Ella llevó la palma de su mano a la mejilla de él, acariciando su piel con la yema del pulgar.

Este era el hombre que había visto cada parte de ella. Sus secretos más profundos. Sus miedos más intensos. La forma más íntima en que ella se veía a sí misma, y los había aceptado todos.

Él cubrió su mano con la suya, y la sonrisa más brillante iluminó su rostro. Ya no quedaba nada del alienígena arrogante que había visto por primera vez. Aquí estaba el hombre auténtico y sin filtros que había debajo.

Le gustaba lo que veía.

Le gustaba cómo se *sentía*, aún mejor. Más ligera de lo que había estado, bueno... nunca.

Solo había una pregunta en sus labios.

—Mi Señora.

Se sobresaltó, mirando a su alrededor. Se había olvidado por completo de la criatura arbórea. Entonces notó un delgado zarcillo enroscado suavemente alrededor de su muñeca. Lo miró sin comprender.

—Vivien, te presento a los calisteanos —sonrió Striker.

Ella parpadeó. Y otra vez. El árbol seguía allí. Se inclinó en lo que solo podía ser una reverencia muy elegante.

—Mi Señora.

No escuchó su voz en voz alta, sino que provino del interior de su mente. Se quedó boquiabierta, con una mano sujetándose suavemente la oreja.

—Así es como se comunican. Tienen que tocarte y hablan dentro de tu mente —explicó Striker.

—¿Ellos?

Striker señaló la sala con un gesto de su mano.

—Los calisteanos.

Ella se sentó un poco más erguida, con los ojos muy abiertos mientras observaba la habitación.

—¿Por qué hacen todos reverencias? ¿Es una costumbre?

El calisteano se irguió en toda su altura.

—Usted es nuestra Salvadora, Señora. Nos inclinamos con respeto.

Esto se volvía cada vez más extraño. Miró a Striker y luego al árbol... err, al calisteano.

—¿Puedes decirme cómo soy vuestra salvadora?

—Parece que no solo eres la salvadora de los calisteanos, sino la esperanza del universo —dijo Striker.

—Os habéis equivocado de mujer —dijo ella rotundamente—. No soy la esperanza de nadie.

—Al contrario, Señora. No estaríamos aquí si nos hubiéramos 'equivocado de mujer' —habló el calisteano en su mente. Era extraño, pero sentía como si muchas voces hablaran como una sola.

—Así es —dijo Striker, pero ella no había visto moverse su boca.

Sus labios se curvaron en una sonrisa y él levantó una muñeca envuelta en zarcillos.

—Mientras nos toquemos, estamos conectados.

Ella miró a Striker impotente.

—¿Como una red eléctrica?

Su sonrisa se amplió devastadoramente. Su corazón dio un pequeño vuelco.

—Exactamente. Una natural.

Interiormente, ella gimió. Estaba más que lista para bajarse de esta montaña rusa, pero sospechaba que aún no estaba lista para dejarla ir. Los brazos de él se estrecharon, y ella curvó su cuerpo contra el suyo, aceptando su fuerza.

—Quizás no te hayas dado cuenta, pero nos has salvado a todos.

—Se inclinó y susurró en su oído—: A mí también.

Su respiración se entrecortó. El aleteo en su corazón se sentía como alas de ángeles rozando con un toque delicado. Se llevó una mano a la frente, negando con la cabeza, sin creer ni por un segundo que hubiera hecho nada parecido.

—Todo lo que sé es que estaba atrapada en un lugar oscuro, atrapada en una luz de la que no podía salir. Todo alrededor era una oscuridad espesa. No había nada más allí. —Bajó la voz a un susurro—. No sé qué era. Solo sé que era malvado.

—Había otra entidad allí. La sentiste porque estás conectada. Todos los humanos lo están, pero tú en particular eres fuerte —dijo el calisteano.

Acababa de cambiar una posible catástrofe por otra. Otra criatura arbórea —calisteano, se corrigió mentalmente— se acercó.

—Usted tiene una conexión más profunda. Es la capacidad humana de conectarse a una realidad menos densa.

—¿Realidad *menos densa*? No tengo ni idea de lo que estáis hablando —dijo Vivien. Esta conversación estaba muy, muy lejos de su zona de confort, además, podrían estar hablando otro idioma por lo poco que entendía.

—Su cuerpo no es solo carne y sangre, sino también una red de luz y energía que vincula electromagnéticamente su ser multidimensional con un universo infinito. Es esta conexión lo que los Reptiles y lo que los controla busca explotar. En este momento, como la entidad que los controlaba ha sido desconectada de su influencia, ellos os buscan para recibir orientación —dijo el calisteano.

Vivien hizo un gesto de alto con la mano.

—Como he dicho, puede que estéis diciendo palabras, pero no tienen ningún significado.

—Mira a los Reptiles, Vivien —dijo Striker.

Ella miró por encima del hombro de él hacia el grupo de Reptiles. Un escalofrío recorrió su columna cuando cincuenta pares de ojos negros y brillantes se fijaron en ella. Esperando. Por ella.

—Pruébalos, Terrícola. Esperan tu orden —la instaron las voces calisteanas.

—No fue mi imaginación. Sí los controlé. —No había estado completamente segura. Solo había deseado que los Reptiles desataran a las mujeres, pero... mentalmente negó con la cabeza. Esto era ridículo. Miró el rostro bordeado de hojas del calisteano, luego a Arix y finalmente a Striker. No encontró ninguna broma oculta. Solo una creencia seria. Volvió a mirar a los Reptiles—. ¿Cómo?

—Tu ser multidimensional consiste en energía de pensamiento —dijo el calisteano.

Yaaa, claaaro. Eso no tenía ningún sentido. ¿Cómo diablos iba a conseguir que se movieran? ¿O que hicieran algo? Podría hacerlos bailar claqué por lo que sabía que esto funcionaría. El pensamiento tonto apareció en su cabeza, y se imaginó a todo el grupo bailando de puntillas.

Un movimiento ondulante recorrió al grupo. Piernas y pies patearon torpemente, tanto como sus articulaciones lo permitían. Se escucharon golpeteos cuando las botas conectaron con el suelo. Observó, casi hipnotizada por su torpeza. Varios jadeos rebotaron entre las mujeres mientras los Reptiles atraían la atención de todos en la habitación.

—¿Qué están haciendo? —preguntó alguien.

—Creo... creo que están... bailando claqué —respondió otra mujer, con incredulidad en su voz.

Parecía que lo estaban haciendo, pero ¿y si solo era una casualidad? El hecho de que pensara algo y ellos lo hicieran, no significaba que actuaran solo por su pensamiento, ¿verdad? Con una fascinación que no se atrevía a creer, se los imaginó sosteniendo los

brazos en alto y girando. Uno por uno, levantaron sus brazos atrofiados con garras y giraron en círculos desgarrados. Ni siquiera sintió que su boca se abría.

Un silencio preñado envolvió la sala cuando alguien ahogó una risa. El sonido de gorjeos y susurros invadió la habitación.

—Pero ellos... querían hacernos daño —dijo alguien, una mujer diminuta con cabello rubio platino enmarañado y grandes ojos azules.

—Pero ya no —respondió otra persona.

—¿Por qué? —preguntó la rubia.

Vivien se apartó del abrazo de Striker, volviéndose hacia las mujeres.

—Esto va a sonar increíble...

—¿Tan increíble como despertar y encontrarte en otro planeta con lagartos gigantes atándonos a una mesa y luego ser rescatada por La Guerra de las Galaxias? —preguntó una morena en el fondo de la sala.

Vivien vio la confusión, pero también la dura resolución en los profundos ojos marrones de la joven tailandesa sentada al borde de su catre. Miró por toda la sala, observando realmente a las mujeres que habían sido robadas, igual que ella. Todas estaban arrugadas, despeinadas, con los hombros caídos, magulladas y desaliñadas.

Cada una tenía la misma mirada hueca y exhausta que muy probablemente se reflejaba en la suya, pero también había una firme determinación y los inicios de la aceptación. Posiblemente acababan de despertar y encontrarse en esta situación. Ella había tenido días. Quizás también tendría que empezar a aceptarlo.

—No voy a andarme con rodeos. Creo... —tragó saliva—. Creo que puedo controlarlos con... con el pensamiento.

Se estremeció, miró las caras en blanco, esperando a que alguien hablara. Cualquiera. Fue la rubia.

—¿Qué más puedes hacer que hagan?

Parpadeó varias veces. Eso no se lo esperaba. Risas. Burlas. Pero no esto. Respiró hondo.

—¿Qué sugieres?

—Haz que se toquen los pies —dijo la chica tailandesa.

Vivien se imaginó a los Reptiles haciendo precisamente eso. Uno por uno, dejaron de girar y se inclinaron para rascar la parte superior de sus botas con sus garras.

—Joder —murmuró la rubia.

Vivien pasó dedos temblorosos por su cabello.

—Justo lo que estaba pensando.

—Ponlos en fila contra la pared y mostremos exactamente lo que debería pasarles —habló una mujer pelirroja de piel pecosa, con dolor y rabia tiñendo su voz.

Vivien lo pensó. Los Reptiles ciertamente merecían un castigo, y todos merecían retribución. Un impulso; la presión intangible de un pensamiento la rozó; una conciencia de algo más que no era suya, totalmente extraña y llena de malicia fría. Temblando, lo apartó. La emoción era ajena, diferente a cualquiera que hubiera sentido antes, pero muy clara. Quería control. Había una razón más profunda para las acciones de los Reptiles. Hizo que los Reptiles dejaran de inclinarse para tocarse los pies que nunca alcanzarían, para ponerse de pie otra vez en una posición neutral.

—Están esclavizados mentalmente a ti, Vivien. De la misma forma que ellos esclavizan mentalmente a otros —dijo el calisteano.

Se estremeció, pensando en las terribles implicaciones. No quería ser ama de nadie. No se podía decir lo mismo de esa entidad que había capturado su cuerpo y mente.

—Hasta que obtengamos las respuestas que necesitamos, ellos nos ayudarán —dijo Vivien. Al menos podría usar su posición para hacer el bien. Iban a corregir su error y reconstruir un planeta entero.

Un murmullo de descontento recorrió el grupo.

—Ya no son una amenaza, os lo garantizo. Pero no actuaron por su cuenta. Sí, son culpables, pero solo en parte. Hay algo más grande, más malvado, actuando aquí.

Tras un momento de pausa, habló la rubia.

—La creo. No sabemos qué está pasando, y ella parece estar en mejor posición para darnos respuestas. Digo que veamos cómo se desarrollan las cosas.

—Mientras podamos volver a casa —suspiró la chica tailandesa.

Un sentimiento pesado se instaló en el pecho de Vivien. Esa era una de las preguntas para las que no tenía respuesta. Se volvió hacia Striker, captó el pequeño movimiento negativo de su cabeza. La sensación pesada se desplomó en su estómago. Striker tomó su mano en la suya, con zarcillos enrollados alrededor de sus muñecas.

—No sabemos si su Nave Estelar puede regresar. Cuando los Reptiles abrieron la puerta interdimensional, el agujero de gusano se cerró —dijo el calisteano.

—¿Qué? —No creía que sus nervios pudieran soportar más.

—¿Qué significa eso? —preguntó una mujer.

—Significa que estamos varados. Por el momento —dijo Striker.

—¿A qué distancia estamos de la Tierra? —preguntó Vivien.

—Estamos en una galaxia no accesible sin viajar a través de un agujero de gusano —dijo Striker.

—¿A qué distancia es eso? —preguntó una mujer.

Striker suspiró.

—Doscientos años luz.

Jadeos de horror recorrieron a las mujeres, incluida Vivien. Abrió la boca. La cerró de nuevo. Tan aturdida que no tenía palabras.

—Intentaremos ayudarlos a encontrar una manera de volver —dijo el calisteano.

—Ellos tienen la tecnología para ayudar —dijo Striker. Miró a su tripulación—. Hay mucho de lo que tenemos que hablar, pero hay un momento y un lugar para todo, y estas mujeres necesitan ayuda médica. Mi tripulación las atenderá, pero deben permanecer tranquilas.

Tenía razón. Necesitaban calma. Demonios, *ella* necesitaba calma. Y tiempo para procesar todo. Sentía como si estuviera equilibrada en un precipicio. Deseaba tanto que esto terminara, pero sabía en el fondo que apenas había comenzado.

Dejó escapar un largo suspiro. Estaba tan agotada. Apenas le quedaba nada para dar, y mucho menos las respuestas a preguntas que eran demasiado difíciles de manejar.

Striker la atrapó en sus brazos. Ella se acurrucó contra él, buscando el consuelo, el calor y la protección que él ofrecía, pero las palabras de la chica tailandesa sacudieron su mente.

Mientras podamos volver a casa.

La Tierra.

Striker no era humano. Era similar, pero también demasiado diferente para encajar. Demasiado extraño. Demasiado alto. Demasiado musculoso. Demasiado *alienígena*. Si encontrara una manera de volver a la Tierra, si eso fuera posible ahora, Striker *nunca* podría estar con ella.



Capítulo veinticuatro

Aunque buscaba el consuelo de sus brazos, su cuerpo estaba rígido e inflexible. Él sabía que era por una de las palabras de la mujer — *siempre que podamos volver a casa*. Pero ahora no sabía si eso era siquiera posible.

Algo había cambiado el tejido entre dimensiones. No podía comprender exactamente cómo había sucedido, pero los calisteanos parecían entender lo que había ocurrido. La conclusión era que estaban varados lejos de todo en una galaxia que había visto años de invasión Reptil y había algo sobre las mujeres humanas que se necesitaba para entrar en este universo.

—Venid. Necesitamos vuestra ayuda —hablaron los calisteanos en sus mentes. Striker se sorprendió levemente al darse cuenta de que los calisteanos todavía tenían sus enredaderas alrededor de sus muñecas.

—No —dijo él. ¿No podían ver que Vivien estaba agotada? Y además, él quería tiempo con ella. A solas. Físicamente. No más de estos juegos de conexión mental. Quería hacerle el amor con su cuerpo físico hasta que se quedaran dormidos, saciados y exhaustos.

Una brusca inhalación de Vivien le hizo darse cuenta de que ella también había escuchado sus pensamientos. Su sangre se calentó al

percibir que ella deseaba lo mismo. Muchísimo. Aunque claramente algo le preocupaba, pero podría ser una miríada de cosas dada su situación: su reacción física hacia él era tan intensa como la de él hacia ella.

La quería toda para él sin que otros se conectaran a sus pensamientos internos. Solo quería que ella sintiera; que existiera; y él iba a ser quien la llevara allí. Una llama de deseo acarició su conexión, pero si él era consciente de ello, también lo eran los calisteanos.

—Necesitamos su ayuda. Ella es la única —dijeron los calisteanos.

Ella le apretó los brazos. —Está bien. Quiero ayudarles.

—Pueden esperar —dijo él. Era poco razonable, pero ella era lo primero. Fuera lo que fuera lo que querían, otro día no iba a suponer ninguna diferencia.

—Al contrario. Aunque sobrevivimos en estas formas, no podemos proteger nuestro planeta ahora que la red de energía que lo rodea ha sido desactivada. Necesitamos nuestros cuerpos originales para acceder a nuestra tecnología —dijeron los calisteanos.

En el fondo de su mente, notó que era realmente asombroso que se hubiera acostumbrado a cientos de voces hablando como una sola. Una línea de preocupación se formó entre las delicadas cejas de Vivien, cejas que quería recorrer con su lengua, y reconoció la mirada determinada que la acompañaba. Cansada como estaba, también iba a ignorar su cuerpo.

Suspiró. —Vivien. Deberías descansar.

Ella presionó su esbelta mano en su pecho. Él colocó su mano en la parte posterior de la suya, manteniéndola allí. —Quiero ayudar. Creo que si duermo ahora, podría ser por una semana. —Ofreció una sonrisa tensa. Él no estaba contento, pero lo entendía.

Miró fijamente al calisteano. —Ella ayudará, pero si le hace daño, detendré cualquier cosa que queráis que haga.

—Está bien, Striker. Ellos nos ayudaron —a nosotros—, ¿recuerdas?

Lo recordaba y lo agradecía, pero aun así quería mantenerla a salvo.

—También soy capitana de las SAS. No habrás olvidado eso, ¿verdad, soldado? —Suavizó sus palabras con una sonrisa socarrona que no hizo nada por ocultar la determinación en sus ojos. Y también la promesa. Pasarían tiempo juntos, pero después de cumplir con su deber. Lo entendía, pero aun así no tenía por qué gustarle.

—Guíanos, calisteano.

—¿Y qué pasa con todos los que están aquí?

Striker se volvió hacia sus hombres. —Reed. Arix. Ocupaos de las mujeres y encontrad un lugar cómodo para que descansen.

—Las llevaremos a la Starlight —dijo Arix.

—¿Vamos a una nave espacial? —preguntó la rubia, su dolor momentáneamente olvidado. Striker notó que parecía más emocionada que la mayoría. Algunas de las mujeres parecían que iban a vomitar.

Arix observó las paredes incrustadas de enredaderas y los Reptiles. —Creo que sería lo mejor. Es preferible utilizar nuestro equipo médico a bordo ya que la fisiología humana y hexoniana son similares, y podemos hacer espacio en una de las salas de reuniones generales para todas ellas, en lugar de quedarnos aquí.

—Señoras, puedo dar fe de estas personas. Si son como el comandante Striker, estaréis en buenas manos —dijo Vivien.

Comandante Striker sonaba tan formal. Aún no había calentado la silla de mando, pero una calidez lo acarició cuando ella dijo las palabras. En lugar de sonar como si no fuera él, sonaba... correcto. Tal vez Jo'Aquin sí sabía algo que él no había visto en sí mismo antes. Se hizo el propósito de recordarlo cuando hablaran la próxima vez. Y tendrían que hacerlo. Debía saber si había una amenaza mayor y cuán cruciales eran las mujeres humanas.

—¿Qué necesitáis que haga? —preguntó Vivien al calisteano.

Las enredaderas con forma humanoide se deslizaron hasta el suelo hasta que una se formó junto a la puerta. Hizo un gesto para que le siguieran. Striker organizó a parte de su tripulación para que les acompañara, y los otros para cuidar de las mujeres y vigilar a los Reptiles.

Striker se alegró de notar que Vivien sostenía su mano mientras seguían al calisteano que ondulaba a través del enredo de enredaderas hasta que se acercaron a una puerta sólida. El calisteano se detuvo ante una pantalla oscura en la pared, que cobró vida después de unos segundos. La puerta se elevó hacia el techo, y pudo ver lo gruesa que era mientras se levantaba. Parecía estar reforzada.

Vivien le lanzó una mirada inquisitiva. —¿De qué crees que se trata todo esto?

—No estoy seguro, pero lo que sea que haya dentro debe ser valioso para ellos —respondió.

Tenía que admitir que, aunque los calisteanos parecían honorables y habían salvado sus vidas, tenía que preguntarse qué era tan importante que no podía esperar a que Vivien se recuperara. Una sensación de inquietud lo recorrió mientras entraban en un vasto espacio cavernoso más allá de la puerta.

Volvió a revisar a su equipo de seguridad. Cuatro de sus mejores hombres estaban con ellos. Parecían cautelosos y listos para cualquier eventualidad si fuera necesario.

Aunque Vivien también estaba preocupada, caminaba con la confianza del soldado que era. Lo tranquilizó saber que todos podían defenderse solos.

Atravesaron el enorme espacio. No podía ver mucho dentro porque estaba muy oscuro. Apenas distinguió lo que parecían pilas y pilas de cápsulas plateadas con forma de proyectil. Debía de haber miles, si no cientos de miles de ellas, desvaneciéndose en la absoluta oscuridad.

El calisteano los condujo a una habitación más pequeña que se iluminó intensamente cuando entraron. Introdujo finos tentáculos de enredadera en pequeños orificios situados en una consola. Las luces parpadearon en todas las superficies. Un cilindro central situado dentro de la consola circundante brillaba. Colores de luz azul arremolinada pulsaban con un resplandor sobrenatural y tranquilizador.

Una enredadera se extendió hacia Vivien, y cuando él fue a detenerla, también se envolvió alrededor de su muñeca al mismo

tiempo. —Calma, hexoniano. No os haremos daño. Simplemente necesitamos utilizar el cuerpo multidimensional de la terrícola por un momento.

—¿De qué se trata todo esto? —exigió Striker.

—Pronto veréis —dijo el calisteano.

El resplandor del tubo iluminó la habitación y lo cegó. Vivien jadeó. Tiró de la enredadera, pero lo mantuvo inmóvil. Rugió, intentando alcanzar a Vivien.

—Striker. Está bien. Sé lo que están haciendo. Estoy bien. De hecho... esto es increíble —dijo Vivien en su mente y en voz alta—. Escucha.

Se quedó quieto, y al hacerlo, el rugido de las voces calisteanas creció fuerte y pasó rápidamente, como si estuviera parado al lado de una calle concurrida. Sintió pasar miles y miles de voces, energía y emoción emanando de ellas.

—No puedo creer esto. —Vivien rió débilmente—. Sé que sigo diciéndolo, pero es verdad. Nadie podría inventar estas cosas. Es asombroso.

—Nunca me digas que no puedo creer nada. No cuando estás cerca —dijo él.

Ella se volvió, con ojos brillantes hacia los suyos, y juntos permanecieron a un lado mientras entidades ansiosas corrían a través de la conexión. Entrelazó sus dedos con los de ella hasta que finalmente todos hubieron pasado.

Mientras el resplandor dentro del cilindro se desvanecía, las enredaderas cayeron al suelo, laxas y flojas.

—¿Comandante? —habló Alastor, su jefe de seguridad.

Striker levantó su mano, con la palma hacia sí mismo. —Solo esperad.

Si los calisteanos estaban haciendo lo que él pensaba que estaban haciendo, entonces su tecnología era realmente asombrosa y estaban presenciando un milagro.

Una pantalla en un lado de la habitación que no había notado se deslizó y se abrió. Desde la luminosidad, emergió una figura azul alta y delgada. Esta era la versión de calisteano que él conocía. Transformada. ¿O era... renovada?

El agarre de Vivien se volvió tenso. Él apretó suavemente su mano. —Está bien.

—¿Cómo lo sabes? —susurró ella.

—Los calisteanos son una raza pacífica, y obviamente muy, muy buenos en tecnología —dijo él.

El calisteano inclinó la cabeza en un movimiento elegante. Fijó sus ojos envejecidos en Vivien. Una sonrisa curvó la piel gruesa y arrugada alrededor de su boca. —Es bueno veros con mis ojos originales, Mi Señora.

—Así es como son realmente —le dijo, sintiendo su sorpresa.

Sus ojos pasaron de él al calisteano. —Entonces... ¿no eres una criatura árbol?

El gorjeo que salió del calisteano era su versión de una risita. —Habría sido correcto pensar en nosotros como criaturas árbol, pero esta es nuestra forma original.

—Pero... ¿por qué?

Aunque él ya había tenido esta conversación, Vivien aún no sabía quiénes eran las especies originales de este planeta. Se mantuvo en silencio y permitió que el calisteano explicara.

El calisteano se acercó lentamente, moviéndose con extremidades rígidas. Cerró los ojos por un momento. —Es bueno estar de vuelta en mi cuerpo. Necesito trabajar mis músculos, pero me desvíó. Trasladamos nuestra conciencia a la flora de nuestro mundo para evitar la esclavitud mental que trajeron los Reptiles. Era la única forma en que podíamos sobrevivir. —Hizo una pausa, con graciosa lentitud—. Permitidme presentarme. Soy el científico jefe Hemy Farseeker, del Primer Nivel, en el departamento de Descubrimiento Científico y Conservación para toda la supervivencia de la raza calisteano.

—He oído hablar de usted —dijo Striker. Hemy era el científico principal en muchos de los mejores inventos calisteanos por los que la especie era conocida—. Es muy reconocido en toda nuestra cultura hexoniana.

—Entonces estoy muy complacido de conoceros en mi forma original, Comandante —dijo Hemy, inclinando la cabeza en saludo.

—¿Puedo simplemente llamarle Hemy? —ofreció Vivien.

La amplia boca de Hemy se curvó de nuevo, y el humor saltó a sus expresivos ojos dorados. —Eso sería aceptable, Mi Señora.

—Y no me llame Mi Señora. Por favor, solo Vivien.

—Pero sois Nuestra Señora. Nuestra Salvadora. Deberíais ser titulada con respeto —dijo Hemy.

Vivien negó con la cabeza. —Solo estaba en el lugar correcto en el momento equivocado, o en el lugar equivocado en el momento correcto. Realmente, fue mera casualidad que pudiera ayudaros, y ni siquiera estoy muy segura de cómo pude hacerlo.

Hemy levantó un largo dedo de triple articulación. —La conexión mente-cuerpo humana es bastante única. Vuestra funcionalidad no está simplemente contenida en vuestro cuerpo físico. Vuestra conciencia se extiende mucho más allá de vuestro cuerpo. Vincula átomos enrarecidos que se mueven a velocidades muy altas, tan rápido que no podéis verlos moverse con vuestros ojos físicos, conectándose a los átomos más densos de vuestro cuerpo. Necesitábamos usar eso como un puente, para traer nuestros átomos más ligeros de vuelta a nuestros cuerpos más pesados. Vos, en particular, sois más fuerte que los otros humanos traídos con ese propósito.

Striker frunció los labios, tratando de dar sentido a las palabras de Hemy. Un tintineo sonó desde la consola, y Hemy se dirigió a los controles. —Parece que todos se están vinculando de nuevo a sus formas originales mientras hablamos. Están ansiosos por regresar después de tanto tiempo.

—Puedo entenderlo —dijo Striker.

Hemy se enfrentó a Vivien e hizo una profunda reverencia. —Señora, habéis salvado a nuestra raza. A través de vos, despertaremos como conciencia individual una vez más. Pero disculpadme, hay muchos ajustes finales que necesito hacer.

Finalmente, esto terminaría y tendría a Vivien para él solo. Había muchas cosas que necesitaban ser dichas. Que ella necesitaba escuchar.

—¿Necesita ayuda? —preguntó Vivien.

Striker inspiró bruscamente. ¿Qué estaba haciendo? Iba a agotarse hasta el límite. Tal vez ese era su plan desde el principio. Si

él no intervenía, estaba seguro de que ella no pararía hasta desplomarse.

Hemy la observó por un momento. —La ayuda sería apreciada, pero no es necesaria.

Vivien sonrió y, a pesar de su rostro pálido, Striker se perdió por un momento en el brillo. —Tengo justo la... gente, y uso el término libremente... para hacer el trabajo.

Cerró los ojos, y pronto el sonido de pies arrastrándose con botas de suela pesada mal ajustadas resonó en los pasillos, acercándose. Striker se tensó cuando los Reptiles llenaron el pasillo, luchando contra el impulso de combatirlos.

Vivien abrió los ojos y se centró en Hemy. —Necesitan hacer enmiendas. Dígame qué quiere que hagan.

El calisteano inclinó la cabeza una vez más. —Si me permites acompañarme a las criopods, comenzaremos.

Esto iba a terminar. Ahora.

Striker sostuvo su mano. —Vivien. ¿Si me permites?

Ella lo miró, con el rostro pálido pero determinado. —Puedo hacer esto, Striker.

—Sé que puedes, pero también necesitas descansar.

Estaba tentado a ordenar a Arix que la sedara para que pudiera hacerlo. Claramente estaba luchando por mantenerse en pie, y no digamos ayudar a asimilar a miles de calisteanos de vuelta a sus cuerpos. La consola sonó varias veces.

Hemy gesticuló con elegancia hacia la puerta abierta. —Si me disculpan, me necesitan en las criopods.

—Adelántese y ayude a los suyos. —Striker educadamente indicó al calisteano que se marchara.

El calisteano asintió agradecido. —Mi Señora. Comandante. Estoy eternamente agradecido por vuestra ayuda. Mi Señora, el Comandante tiene razón. Percibo que deberíais descansar. Vuestra energía es bastante baja. Estaría encantado de pasar algún tiempo con vos una vez que todos se hayan integrado de nuevo en sus formas físicas. —Inclinó la cabeza y salió rápidamente de la habitación.

Ella fue a seguirlo, pero él no la dejó ir. Sus ojos se ensancharon, y separó los pies, un movimiento inconsciente para prepararse para la batalla. —Haré esto, aunque sea lo último que haga.

—Llevad a los Reptiles con vosotros. Quiero hablar con Vivien en privado —dijo Striker a los guardias mientras centraba toda su atención en ella. Su mirada se encendió de indignación, pero el efecto se minimizó por su tez cansada y pálida.

Los guardias comenzaron a reunir a los Reptiles, pero no se movieron. Ella sonrió con suficiencia a Striker. —Solo me escucharán a mí.

—Entonces todos escucharán lo que quiero decirte, aunque preferirías que te hablara en privado —dijo Striker.

Ella entrecerró los ojos hacia él. Su mirada no vaciló. —Estoy prácticamente muerta de cansancio, y no tengo energía para discutir. Déjame pasar.

—No hasta que escuches lo que tengo que decir. —Si no escuchaba ahora, mientras estaba emocionalmente abierta, se cerraría más fuerte que una concha de *druin* de los Grandes Océanos.

Ella cruzó los brazos sobre su pecho. Su rostro estaba marcado por líneas de fatiga, pero presionó los labios, enviándole su mejor mirada militar. Dioses, era magnífica. Él no parpadeó, en su lugar trazó su mandíbula con los nudillos.

—Has dado suficiente, Vivien.

Su expresión vaciló, y sus brazos se aflojaron de su agarre apretado alrededor de su pecho. —No sé a qué te refieres.

Él mantuvo su palma en su mandíbula, trazando la línea de su mejilla con el pulgar. —Dile a los Reptiles que vayan con los guardias. Diles que hagan exactamente lo que se les diga.

—No les diré que hagan nada en absoluto. —A pesar de sus palabras, inclinó involuntariamente su rostro hacia su palma. Fue solo un movimiento minúsculo, pero uno que le dijo multitudes.

Se inclinó y susurró cerca de su oído, —Entonces presenciarán cómo te beso. —Rozó su mejilla contra la concha de su oreja—. Si no les dices que se vayan, no podrán ayudar donde más se les

necesita. Déjales hacer enmiendas y ayudar a la gente que han esclavizado durante tanto tiempo.

Su boca trabajó sin palabras, pero él vio el momento en que cambió de opinión. Cerró los ojos, y los Reptiles salieron de la habitación con el destacamento de guardias y se quedaron solos.

No deseaba nada más que su amor no físico se volviera físico. Un sabor en su mente, aunque completamente alucinante, no era suficiente, y sospechaba que Vivien también necesitaba eso. Aunque ambos eran soldados, Vivien también era una mujer y había sido privada durante mucho tiempo. Lo que necesitaba ahora era ternura. Ser valorada.

Ser amada.

Algo que él desesperadamente quería darle, pero solo había una forma para que ella aceptara, y esa era si no tenía elección. Estaba demasiado arraigada en una fuerza militar como para negar a los superiores. Y demasiado perdida emocionalmente para tomar la decisión por sí misma.

Sus ojos se llenaron de líquido antes de que rápidamente, con enfado, los parpadeara. —Ya que estamos solos, al menos puedo decirte esto. Voy a ayudar en cualquier capacidad que pueda, y tú puedes volver a tu vida y comandar tu tripulación. Tú tienes una vida y yo tengo una vida, y son totalmente diferentes, y eso es todo lo que hay. Así que puedes irte y dejarme pasar antes de que ambos hagamos el ridículo.



Capítulo Veinticinco

Sus rasgos se endurecieron con seriedad. Ante ella estaba el comandante, y maldita sea si no sintió un escalofrío pulsando en lo bajo de su abdomen. Ella era una soldado. Luchaba. Eso era lo que sabía, y cuando los largos dedos de él se enroscaron en su bíceps desde la mano, en un gesto posesivo que se sentía demasiado correcto, su primera respuesta fue apartarse de un tirón.

Eso solo hizo que él afianzara su agarre. Ella lo miró enfadada, sabiendo que cuanto más luchase, más se empeñaría él. Eso era lo que hacían quienes estaban al mando. Era lo que ella haría, y no debería esperar menos de él. Había demostrado ser tenaz desde el momento en que se conocieron.

Aun así, iba a intentarlo. Si no se alejaba pronto de él, sabía que nunca lo haría. La tentación de desconectar y olvidarse de todo excepto de perderse nuevamente en sus brazos era casi insoportable.

Su boca se curvó en esa sonrisa dispuesta suya, solo un poco confundida. —¿Por qué piensas que vamos a hacer el ridículo?

—Simplemente no quiero decir o hacer nada de lo que ambos nos arrepintamos. Somos dos personas diferentes, Striker. Dos vidas diferentes. Dos *especies* diferentes. Tienes una tripulación que

comandar. Es mejor que atiendas sus necesidades —se alegró de haber logrado hablar sin demasiado temblor en su voz. Solo esperaba que él no notara la incertidumbre que claramente se percibía.

Él entrecerró los ojos. Por supuesto que la notó. —Atenderé sus necesidades, pero las tuyas son más urgentes. Y más importantes.

Se acercó, obligándola a echar la cabeza hacia atrás. Le agarró ambos hombros con sus grandes y elegantes manos. Era difícil imaginarse esas manos empuñando armas, como sabía que debían haberlo hecho, pero solo podía pensar en cómo se habían sentido esas manos virtuales en su cuerpo no físico. El calor fluía desde sus manos hasta su cabeza, desviando sus intenciones de trabajar hasta caer rendida. Ciertamente era más fácil que pensar. *Concéntrate*. Necesitaba concentrarse.

Se aclaró la garganta. —Mis necesidades son asunto mío.

—No si estás demasiado cansada para dirigir a los Reptiles y pones a todos en peligro. ¿Y si tu conexión con ellos solo es fuerte cuando estás plenamente funcional? ¿Estarías dispuesta a arriesgar las vidas de los humanos? ¿De los callisteanos? ¿De mi tripulación?

Era reacia a admitirlo, pero tenía razón. —Me quedaré con ellos y los mantendré a raya.

Él le frotó los brazos, moviéndose lentamente arriba y abajo, con su mano firme, caliente y sintiéndose demasiado bien. —Bajo mi mando, un buen soldado siempre sabe cuándo no puede rendir —su voz ronca quitó el aguijón a sus palabras.

Ella se tambaleó contra él como si fuera una especie de droga. —Sí, bueno, eso es lo que dicen también en mi ejército.

Él se acercó tanto que su pecho presionó ligeramente contra sus senos. Sus pezones se endurecieron instintivamente. Cosquilleos bailaron en su estómago, haciendo que el espacio entre sus piernas se sintiera pesado y dolorido, una sensación que intentó desesperadamente ignorar sin éxito.

—Entonces, ¿qué crees que puedes hacer, Vivien? ¿Estás lo suficientemente bien como para rendir? —sus manos se deslizaron hasta sus hombros, sus pulgares trazando círculos suavemente sobre su piel. Dios mío, el hombre le estaba haciendo difícil pensar.

Su boca se secó. Se lamió el labio inferior con la punta de la lengua para humedecerlo. Observó cómo su mirada bajaba hasta su boca, se quedaba allí antes de arrastrarse lentamente de vuelta a sus ojos. La mirada que encontró estaba llena de calor y promesa.

Se aclaró la garganta. —Para que lo sepas, puedo superar en rendimiento a la mayoría de mis contemporáneos.

Su cabeza se inclinó. Sus alientos se mezclaron. Solo tenía que moverse unos preciosos milímetros, y él estaría exactamente donde ella quería que estuviera.

—Los buenos soldados no mienten, Vivien —murmuró como si le hubiera pedido hacer el amor con ella.

Ella tomó una respiración profunda y temblorosa mientras el significado chocaba con la necesidad. Un escalofrío atravesó el calor nublado. La confusión se mezcló con la fría dosis de horror incipiente y un sinfín de preguntas demasiado difíciles.

—¿Qué... qué quieres decir? ¿Me estás mintiendo?

Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas. Nunca las hubiera dicho si sus defensas no estuvieran maltrechas. No sabía si quería escuchar la respuesta.

Inhaló rápidamente, alejándose. —Olvida lo que dije.

Él retrocedió lo suficiente para ver su rostro, pero no tanto como para dejarla salir de la jaula de sus brazos. —¿Sobre qué te mentaría?

Ella suspiró, sintiendo que su excitación se desvanecía. ¿Por qué siempre tenía que hacerse esto a sí misma? ¿Tomar el camino opuesto al que realmente quería recorrer?

—Por favor. No quise decir eso.

Striker sacudió la cabeza, con ojos que veían hasta el fondo de ella. Se sentía desnuda bajo su mirada, y no de una buena manera. Intentó alejarse, tener algo de espacio, pero fue bloqueada por su abrazo.

—Palabras como esas no se dicen para ser ignoradas. Dime, soldado —*Vivien*—, ¿por qué pensarías que te mentaría?

Ella intentó desbloquear sus brazos, pero él no cedió. Su corazón aleteó con los bordes del pánico. —Llamaré de vuelta a los Reptiles y te obligaré a dejarme ir.

Sus palmas se afirmaron en su espalda. Su mano recorrió su espalda en largas y suaves caricias. —No lo harás. Me dirás qué está pasando en tu cabeza. Olvidas que he probado cómo piensas, y apuesto a que no hay mucho bueno pasando ahí dentro en este momento. También sé que tienes la tendencia a preguntarte qué es lo que la gente podría ver en ti, así que voy a decirte todas las cosas que hay, no solo para que me gustes, sino para amarte.

Sus palmas se posaron suavemente a cada lado de su cara. Inclino su cabeza hacia atrás para que no tuviera más remedio que mirarlo a los ojos. Su corazón martilleaba dentro de su pecho como si hubiera terminado una carrera de un kilómetro.

—No quiero oír lo que tienes que decir.

—Sé que no quieres. No estás acostumbrada. Pero vas a escucharlo de todas formas. De mí. Y sabes que será la verdad.

La mantuvo quieta para que no tuviera otra opción que abrir los ojos, que no se había dado cuenta de que había cerrado con fuerza, para mirar fijamente su mirada determinada y ardiente. Lo que vio le asustó muchísimo. Dale una guerra, terroristas, torturas, muerte. Esas cosas eran fáciles. Esas cosas no hacían que sirviera su sensible y crudo corazón en bandeja de plata, temblando bajo el miedo del primer corte. Él rodeó su garganta con su palma. Ella tragó con dificultad, temblando bajo su toque. Él se inclinó, rozó sus labios sobre los de ella.

—Eres decidida, tenaz, seria, sexy, tan generosa, odias cuando crees que no cumples con la gente. Eres leal hasta el punto de la autodestrucción, piensas lo peor de ti misma cuando solo tienes lo mejor para dar.

Ella sacudió la cabeza. —Para.

—¿Por qué debería parar, Vivien? ¿Es porque nunca lo has oído antes? ¿Nadie te lo ha dicho nunca? ¿O porque crees que no podría ser posiblemente cierto?

—No quiero oírlo.

—Solo porque te hace sentir incómoda porque nadie te ha dicho esas cosas antes —dijo Striker—. Eso no es bueno, Vivien. Estás hambrienta de afecto, y cuando te lo dan, no sabes qué hacer con él.

Su respiración se entrecortó, atascada en su garganta. No era ninguna de esas cosas —era todas esas cosas—, no era nada que quisiera oír o escuchar o pensar. Para su horror, sus ojos se llenaron y desbordaron. Ella nunca lloraba. No por algo tan frívolo como ella misma o sus emociones. Eso era debilidad, y ella necesitaba ser fuerte. Contenida. Distante. Porque cuando lo eras, las cosas malas no podían tocarte. Y cuando las cosas no podían tocarte, estabas a salvo de todas las cosas malas que sucedían.

Se sacudió bajo su toque, desesperada por escapar, con el pecho oprimiéndose. Agarró sus brazos, luchando por liberarse de su agarre.

—Quiero irme.

Sus labios susurraron sobre su frente, bajando por el costado de su cara, ligeros como plumas, su cálido aliento acariciando su piel.

—Puede que quieras irte, pero necesitas escuchar esto —presionó un beso en el lado de su boca—. Eres perfecta, Vivien. Eres perfecta cuando estás enfadada. Cuando luchas por cada especie del universo. Eres perfecta cuando estás encendida y enfurecida. Cuando estás triste, asustada, cabreada —besó el otro lado de su boca. Su voz bajó hasta no ser más que una suave caricia—. Eres perfecta porque me has hecho mejor hombre. Me salvaste de vivir una vida superficial. De ignorar cosas que me han moldeado. Las cosas sobre las que todavía tengo pesadillas. Me has hecho aceptarlas y comprenderlas por lo que son. Aunque fueran eventos malos, horribles, cosas que me asustarán hasta el día que muera. Sin ellos nunca habría sido impulsado a solicitar servir en el *Starlight*. Nunca habría volado a un planeta ocupado para rescatar a una mujer humana en problemas, y —se apartó, solo un poco, solo para que ella pudiera mirar su rostro que rebosaba de emoción desnuda—, porque sin todos esos eventos, nunca te habría conocido.

Llevó su boca a la de ella en un movimiento que era crudo y vulnerable y rebosante de necesidad, pasión y sinceridad. Fue lo último lo que casi la hizo caer de rodillas. Él dejó de besarla, casi bruscamente. Jadeaba tan fuerte como ella, la mirada en sus ojos tan expuesta como su beso.

—Déjame entrar, Vivien —sus dedos se afianzaron en su carne.

Su garganta se había apretado tanto que luchaba por hablar. —No deberías... preocuparte tanto —para su horror, una nueva cascada de lágrimas fluyó por sus mejillas.

—No puedes decirme lo que debería o no debería sentir. Eso no depende de ti —sus ojos ardían.

Trabajó duro para pronunciar las siguientes palabras. —Entonces no deberías haberme hecho preocuparme tanto.

—¿Y por qué no debería haber hecho eso? —hundió sus dedos a través de su pelo, presionando su frente contra la de ella—. ¿Por qué no debería haberte hecho preocuparte? —su voz no era más que grava.

Esto le estaba costando a él, y le estaba costando a ella. No tenía fuerzas para seguir torturando a ninguno de los dos. —Porque hará que dejarte sea demasiado difícil, y no creo... —tragó con fuerza. Tenía que decirlo. Tenía que contárselo. Él tenía que entender, aunque fuera la cosa más difícil del mundo que tuviera que decir—. No creo que pueda perder a nadie más que ame.

Su respiración salió de golpe de sus pulmones. —¿Eso es todo?

Ella jadeó, forzándose a alejarse, lo que no fue muy lejos porque él no la dejaba ir. —¿Qué quieres decir con si eso es todo?

—Nunca te dejaré, Vivien. ¿No lo ves? Me *gusto* cuando estoy contigo. Eres la otra mitad de mi alma. Donde tú vayas, yo iré contigo. Lucharé por estar contigo, porque elijo estar contigo.

Él estaba borroso por la cantidad de lágrimas que llenaban sus ojos. —¿Pero qué pasa si no es tu elección? —agarró sus muñecas, cerrando los ojos contra la angustia que la atravesaba.

—Tu miedo te está controlando. Te lo ruego, no dejes que te retenga. Sé que estamos en medio de una guerra y hay mucha incertidumbre en nuestras vidas, pero te prometo que si me quieres, moveré montañas para estar contigo. Y si ocurre lo peor y muero —un dolor instantáneo atravesó su corazón, pero él continuó, sin darle tiempo a hablar—, entonces moveré montañas para esperarte al otro lado. O te perseguiré como un fantasma. Así que, ya ves, no puedes deshacerte de mí tan fácilmente. La verdad es, Vivien, que no puedes dejar que los "y si" gobiernen tu vida. Pueden pasar cosas malas, pero hay muchísimas cosas buenas que pueden pasar si las

permities. Tienes que vivir la vida, no solo soportarla, porque cuando haces eso, no vives la vida en absoluto. Quiero vivir la vida, Vivien, y quiero vivirla *contigo*. Esta es la pregunta que necesitas responder. Si me lo dices, me iré, pero si me deseas tanto como yo a ti, entonces dímelo ahora, y haré todo lo que esté en mi poder para estar a tu lado. Tienes que decírmelo, Vivien. Por favor, dímelo ahora.



Capítulo Veintiséis

Parecía que no había suficiente aire para respirar. O quizás sus pulmones estaban paralizados. Pero los pensamientos se arremolinaban en su mente como un huracán mientras las emociones desbocadas los hacían añicos. Se había quedado sin palabras. Entumecida y abrumada al mismo tiempo. El pánico era un deslizamiento fácil.

—Estás pensando demasiado, soldado. Necesitas sentir más.

La voz ronca de Striker atravesó parte de la neblina justo antes de que su boca descendiera sobre la suya, y entonces ya no hubo más pensamientos. Solo la gloriosa sensación de volver a casa. Un suspiro recorrió su cuerpo mientras él masajeaba sus labios contra los de ella. Abrió su boca, dándole la bienvenida. Su lengua se deslizó contra la suya mientras su sabor estallaba en su boca. Especias y masculinidad, su mezcla favorita.

Él se separó, murmuró contra sus labios:

—Sigues pensando demasiado.

La besó de nuevo, más profundo, más largo, moviéndose lentamente, casi con calma. Su lengua se deslizaba deliciosamente, prolongando su placer. La tensión se drenó de su cuerpo, y sintió cómo se inclinaba hacia él, encajando en su cuerpo a la perfección.

Él gruñó, la vibración de su pecho se transmitió hacia ella, casi como el ronroneo de un gato. Sus manos se deslizaron hacia arriba, sobre sus hombros, alrededor de su cuello. Presionó sus pechos contra los duros planos de su torso, deleitándose en la solidez de su cuerpo.

Su mano se deslizó bajo la cintura de su camisa y se extendió alrededor de su cintura. Fue su turno para gemir con el contacto piel con piel. El calor se acumuló en su centro, convirtiéndose rápidamente en lava fundida, transformando sus entrañas en deseo líquido.

Lentamente, muy lentamente, su mano se deslizó hacia arriba y cubrió su pecho, masajeando, acariciando. La punta de su dedo rozó su pezón endurecido, enviando una cascada de deliciosas sensaciones que la recorrieron, avivando el fuego que ya ardía.

Rompió el beso, arrastró una audible bocanada de aire y echó la cabeza hacia atrás. Sus labios trazaron su mandíbula y descendieron por su cuello, dejando un sendero ardiente. Se aferró a él mientras sus labios y manos trabajaban en su cuerpo.

Solo era consciente de los sonidos que hacían sus labios al besarla, el crujido de la tela mientras le desabotonaba la camisa, la sensación de su sujetador moviéndose bajo sus pechos para que quedaran por encima de la prenda.

—Hermosa. Tan hermosa —murmuró Striker mientras bajaba la cabeza y devoraba su pecho.

Su excitación se disparó. Su cabeza cayó hacia atrás mientras ofrecía su pecho a su atención.

—Eso es. Solo siente, Vivien. Esa es mi buena soldadito.

Se movió al otro pecho, succionando profundamente su pezón en su boca. Ella gimió cuando el calor abrasador de su boca la cubrió. Él lamió su pezón con la lengua. Sus dedos se clavaron en sus hombros, arrugando el material de su camisa.

Llevaba demasiada ropa. Tenía que tocarlo igual que él la tocaba a ella. Deslizó sus manos bajo su camisa, la liberó de la cintura del pantalón y plantó ambas palmas en sus costados. La piel de él se erizó. Se deleitó sabiendo que él estaba tan afectado como ella. Se

maravilló de lo suave que era su piel, incluso sobre un músculo tan duro, hasta que llegó a sus pectorales.

Sus pezones sobresalían. Trazó ambos con las puntas de sus dedos. Él se retiró, con la respiración temblorosa.

—Dioses, si sigues haciendo eso, Vivien... —Su voz se apagó mientras se enderezaba y cerraba los ojos.

—Solo esto. ¿Y qué tal si hago esto...? —Succionó su hinchado labio inferior y cubrió su enorme erección con la palma. Su excitación intensificada la hizo temblar mientras lo acariciaba sobre la tela de sus pantalones.

El aliento silbó entre sus labios. El éxtasis relajó sus rasgos mientras ella frotaba su palma abierta arriba y abajo por su largo miembro. Era impresionante. Precioso. La tentación personificada.

¿Cómo podría volver jamás a su monótona existencia?

Porque eso era exactamente lo que había sido.

Su pasado apareció en su mente en una serie de frías imágenes, mientras que el aquí y ahora estallaba en multicolor. Simplemente no había comparación.

Su boca se tensó mientras sus ojos se abrían fijándola con una mirada azul. Su corazón se estremeció ante el deseo, la pura necesidad, la excitación líquida y... y... posesión.

Ella jadeó.

No, posesión no. Era más. Mucho, muchísimo más. Más de lo que jamás había visto en nadie simplemente al mirarla.

—¿Amor?

Él parpadeó. Su mirada se suavizó mientras sus generosos labios se curvaron en una ligera sonrisa.

—Te ha costado bastante darte cuenta.

Su respiración tembló.

—¿Tú... me amas?

Frunció ligeramente el ceño.

—Eso no está en duda. La pregunta es... ¿es correspondido?

—¿Es...?

Su mente confusa tardó un segundo en entender. Mientras lo miraba, era consciente de lo vulnerable que estaba él. De cuánto le

importaba ella. Incluso más. La miraba como si fuera atesorada. Apreciada. Adorada.

Y en esa mirada, vio su futuro.

Un futuro brillante, radiante, saludable, feliz y lleno de amor y posibilidades.

—No tengo que volver, ¿verdad? —Sus dedos se aferraron a su camisa.

Él negó con la cabeza.

—Tengo elección, ¿no? Yo... ¡realmente la tengo!

Su boca se elevó en la sonrisa para la que había nacido. Ella sintió que su boca también se curvaba, y un sentimiento cálido y alegre brotó desde lo más profundo de su interior. Algo hondo y oculto en su interior se hizo añicos y la pura dicha la abrumó. Las lágrimas se acumularon en sus ojos, pero eran lágrimas de alegría. De júbilo. De absolución.

No por su padre, o su vida, o los miembros de su equipo.

Sino por ella misma.

—Dios mío. Te quiero tanto, Striker. Estoy *enamorada* de ti. No quiero que te vayas. Quiero estar a tu lado, y tú al mío mientras viva. ¡Elijo la felicidad. Elijo el amor. ¡Te elijo a ti!

Saltó sobre él, con los brazos alrededor de sus hombros, las piernas alrededor de su cintura, y aunque ella era alta y musculosa, él la atrapó y la sostuvo como si no pesara más que el aire. Lo besó larga, profunda y minuciosamente, presionándose tan cerca de él como pudo.

La aplastó contra él, y ella se sintió tan, tan segura encerrada en sus brazos. Llenó de besos su boca, barbilla, mandíbula, por todas partes. Él se rió, un sonido jubiloso que hizo que su sonrisa se extendiera de oreja a oreja.

—¿Debo tomar eso como la respuesta a mi pregunta? —preguntó. Sus cejas rubias se elevaron en su frente rugosa, con una sonrisa torcida en su rostro.

—¿Estás seguro de que no quieres una salida? Quiero decir, se sabe que soy obstinada —dijo, sin dejar de sonreír aunque pareciera una idiota.

—No olvides testaruda, difícil y cabezota —dijo él.

Ella se estremeció.

—¿Tan mala soy?

Él la besó.

—Eres mala en el mejor sentido posible.

—¿Así que eso significa que estás tomando esa "salida"? —preguntó.

—Ni hablar. Ahora que has aceptado estar a mi lado día y noche durante los próximos años, debes saber que también tengo mis puntos malos —dijo él.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Te refieres a tus tendencias desenfadadas, arrogantes y superficiales?

—Bueno, cuando lo dices así...

—Me gusta todo el paquete, Striker. Y retiro esa "salida". Tuviste tu oportunidad, colega. Ahora me tienes para siempre —dijo.

—¿Estás segura? —preguntó él, ahora serio.

Ella acunó sus mejillas, esperando hasta tener toda su atención y lo clavó con una mirada solemne.

—Nunca he estado más segura de nada en toda mi vida.

El beso que le dio también fue serio. Y necesitado. Y profundo. Lleno de emoción no expresada. Su excitación explotó de nuevo en una hoguera.

—Necesito tenerte a solas. Vamos a mi camarote, donde podrás mostrarme lo serio que eres. —Su voz ronca envió escalofríos de expectación por su espalda.

—¿Cuándo podemos llegar? Si tengo que esperar más para hacer el amor contigo con mi cuerpo y no solo con mi mente, voy a explotar —dijo.

Él habló a su Buscador:

—Reed, prepara mi lanzadera inmediatamente. Vuelvo al barco. Con una persona extra. —Entonces, a ella le dijo—: ¿Qué te parece ahora mismo?

* * *

En circunstancias normales, habría estado fascinada saliendo de la atmósfera desde la superficie de un planeta alienígena, pero todo lo que podía pensar era en el enorme cuerpo de Striker sentado en el

asiento junto al suyo y en cómo su cuerpo estaba lleno de hormigueos, su mente repleta de todas las cosas que quería hacer con él.

Tuvo la impresión de una forma masiva, casi invisible contra el telón de fondo del cielo estrellado, antes de ser envuelta en un enorme hangar utilitario. Tan pronto como la nave aterrizó, Striker se quitó el arnés y la besó hasta dejarla sin sentido mientras forcejeaba con el suyo. Además de trabajar con las correas, se las arregló para encenderla con caricias por todo su cuerpo.

Cuando la liberó del arnés, la levantó del asiento y procedió a salir de la pequeña nave, besándola todo el camino. Vagamente se dio cuenta de una cacofonía de voces, un silencio sorprendido y una risita sofocada antes de que Striker pasara junto a multitud de personas, a través de pasillos serpenteantes y por una puerta que se abrió silenciosamente. Sin pausa, Striker la depositó sobre un colchón suave y la siguió para cubrirla con su cuerpo.

—Supongo que estamos en tu camarote —preguntó, incapaz de apartar los ojos de los suyos.

—No es mucho, pero es mi hogar —dijo, bajando la boca para capturar la suya.

Trabajó en los botones de su camisa, y cuando batalló demasiado tiempo, simplemente agarró los lados y la rasgó. Levantándose justo el tiempo suficiente para quitarse su propia camisa, regresó para estirarse sobre ella. Ella suspiró de placer al contacto piel contra piel.

Sus palmas recorrieron sus brazos, estómago, costillas y se deslizaron bajo su sujetador hasta sus pechos.

—Esto tiene que desaparecer —dijo.

Ella rápidamente se deshizo del elástico y fue recompensada con su boca devorando un pecho, luego el otro. Presionó su cabeza contra el colchón y arqueó la espalda, ofreciendo su pecho a su atención. Su aliento caliente acarició su piel, y lentamente besó un rastro de besos calientes y ligeros como plumas por el centro de su estómago hasta llegar a la cintura de sus pantalones.

—Estos. Fuera.

No tuvo que pedirlo dos veces. Ella desabrochó el botón y bajó la cremallera, deteniéndose un segundo.

—Tú también llevas demasiada ropa para mi gusto.

Su rostro se iluminó con una sonrisa torcida.

—Sí, soldado. —Se levantó y sin ceremonias se despojó del resto de su ropa. Ella jadeó y se quedó mirándolo. Sin su ropa, era absolutamente espectacular. Hombros anchos, delgado, musculoso, fibroso y francamente demasiado sexy para su propio bien. Inconscientemente se lamió los labios que de repente parecían demasiado secos.

Él se inclinó para quitarle los pantalones de las caderas y bajarlos por sus piernas, ayudándola a deshacerse de su ropa hasta que estuvo tan desnuda como él. El aire refrescó su cuerpo y logró subir su excitación un nivel. No había nada entre ellos. Física, emocional o materialmente. Estaba desnuda, pero de un modo que la hacía sentir poderosa.

No quedaba nada que le impidiera disfrutar cada momento por el resto de su vida.

Abrió los brazos. Él no dudó en acudir a ella. Sus largos dedos se deslizaron desde sus tobillos, subiendo por sus pantorrillas para detenerse en sus muslos. Hizo una pausa, haciendo círculos con sus pulgares sobre su piel, volviéndola loca de anticipación.

—Eres mía, Vivien. Ahora y para siempre.

No se resistió cuando él los separó suavemente.

—Y tú eres mío, Striker. Somos el uno del otro.

Su cabeza cayó hacia atrás cuando él presionó un beso en esa parte íntima de su cuerpo. Su lengua se deslizó a lo largo de su abertura, profundizando entre sus pliegues para rodear su clítoris. El aire abandonó sus pulmones mientras hormigueos estallaban por la erótica mezcla de calor y calidez.

Abrió los muslos más ampliamente. Él se acomodó entre sus piernas, separó sus labios y hundió su boca en su centro. Ella gritó cuando un orgasmo inmediato cascadeó a través de su cuerpo. Él trabajó con su boca, lamiendo su clítoris mientras ella cabalgaba esas gloriosas sensaciones.

—No pude contenerme... —jadeó cuando volvió en sí momentos después.

—Sabes que ese es solo el primero de muchos —dijo él.

Ella miró por encima de su cuerpo tendido hacia su rostro, aún en posición entre sus piernas abiertas. Manteniendo su mirada, y con una sonrisa que bordeaba lo malicioso, él insertó un dedo dentro de ella mientras ella observaba. Entró y salió. Entró y salió. Un brillo caliente se extendió rápidamente, y de repente estuvo al borde de otro orgasmo.

Agarró su muñeca, la sensación casi demasiado intensa para soportarla.

—Striker... yo...

Él no dejó de invadirla con sus dedos. Ella sintió los músculos bajo la piel de su muñeca mientras deslizaba otro dedo dentro. Su pulgar encontró su clítoris y lo rodeó. Siguiendo el movimiento con su mano aferrada a la de él, la fracturó en un millón de piezas nuevamente.

Su peso se asentó sobre el de ella. Abrió los muslos, permitiendo que su miembro besara su entrada. Él esperó mientras ella jadeaba, volviendo lentamente a sus sentidos. Estaba exhausta, destrozada física y emocionalmente, pero aún quería más. Necesitaba más.

Miró hacia arriba, captó sus ojos, y mientras lo hacía, él se deslizó completamente dentro de ella. Estaba tan mojada, tan preparada que entró en ella en un largo y lento deslizamiento. Ella gimió con la dichosa sensación de ser llenada. Miles de nervios se encendieron con un fuego que ardió a través de todo su cuerpo. Él se retiró hasta la punta y embistió de nuevo, pelvis contra pelvis.

—Oh, Dios mío. No voy a durar —susurró.

—Yo tampoco, pero lo haré la próxima vez que hagamos el amor... y la siguiente... y la siguiente.

Se colocó sobre ella con los brazos extendidos a ambos lados mientras se retiraba y la embestía de nuevo. Bajó la cabeza, mirando cómo entraba y salía. La visión de él observando provocó otra ola.

—Dios. Striker. Estoy...

No pudo terminar. Sintiendo su desesperación, él aumentó su ritmo. Sus embestidas se hicieron más duras, más rápidas. Gotas de sudor aparecieron en su frente, y mientras ella alcanzaba otra ola de dicha, él cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y rugió su liberación, uniéndose a la suya.



Epílogo

Striker estaba al timón del *Starlight*. Era increíble cómo la vida podía cambiar tanto en apenas unos días. De no vivir realmente su vida a esperar con ilusión cada momento. El motivo de ese cambio estaba de pie junto a él, su muslo a la altura del hombro de ella. Rodeó su cintura con el brazo y la atrajo más estrechamente contra su costado.

Vivien lo miró, con amor y ternura brillando en sus ojos. No pudo resistirse a inclinarse hacia ella y presionar sus labios contra los suyos. Nunca tendría suficiente de ella. Era un regalo que le habían dado los dioses por quién sabe qué razón. No iba a preguntar por qué. Iba a aceptarlo porque era el mejor regalo de su vida.

El sonido de una garganta aclarándose lo devolvió al momento presente. Se enfrentó a Jo'Aquin, o su forma virtual, de pie en el centro del puente. Solo un ligero tinte verdoso podía discernir que era un holograma y no el hombre en sí. Junto a él, Hemy estaba como una proyección holográfica enviada desde la superficie de Callisto.

—¿El agujero de gusano?

—Desapareció como si nunca hubiera existido. Ni siquiera una partícula espacial residual —dijo Striker.

Jo'Aquin pasó su pulgar por su labio inferior mientras pensaba—. Y la capitana Demazi...

—Vivien. Por favor, llámame Vivien.

Jo'Aquin le envió una sonrisa comprensiva—. Vivien, dices que esta fuerza trabajó a través de ti desde otra dimensión.

Vivien asintió. Estaban hablando sobre el desarrollo con Jo'Aquin a través del enlace de comunicación de la nave, ya que su antiguo comandante había elegido quedarse en Florn con Lauren, quien no podía abandonar la superficie debido a la intervención de los Reptiles—. Hemy me dijo que los Reptiles necesitan mujeres humanas para conectar dimensiones debido a nuestros campos de energía, o algo similar. En resumen, somos conductores particularmente buenos. Más que cualquier otra especie.

—Eso es correcto —dijo Hemy.

—¿Sabemos el propósito de la entidad, o entidades, que intentaron conectarse a esta dimensión? —preguntó Jo'Aquin.

—Ninguno que podamos discernir, aunque podemos suponer que la razón es lo suficientemente motivadora como para que se tome la molestia de esclavizar mentalmente a miles de millones —dijo Hemy.

Striker pensó que parecía tan confundido como el resto de ellos. No debería sorprenderse de la existencia de un multiverso, pero a la luz de pruebas irrefutables, estaba más que un poco inquieto. Había muchas más preguntas sin respuesta que nunca antes.

—Y es completamente malvado —. Vivien se estremeció, y Striker reforzó su brazo alrededor de su cintura.

—Comandante, ella ha pasado por suficiente... —comenzó Striker.

—Ex comandante, amigo mío. Estoy muy felizmente retirado, como bien sabes —dijo Jo'Aquin.

Striker asintió, comprendiendo cómo la mujer adecuada hacía la vida mucho más brillante. Había una paz interior que nunca había sentido antes, y todo tenía que ver con la maravilla que estaba a su lado.

Vivien le apretó el brazo—. Dormí durante tres días. Ya no estoy agotada.

—Bueno, si tienes energía para gastar, conozco una excelente manera de cansarte de nuevo —dijo Striker.

Le encantaba cuando se sonrojaba tan hermosamente. Ignoró las risitas ahogadas de su tripulación, principalmente de las mujeres. No sabía por qué eso debería sorprenderles; tenía una reputación que mantener, una de la que estaba más que feliz de tener, solo para una humana.

—Si pudiéramos mantenernos en el tema —dijo Jo'Aquin.

Striker se puso firme, aunque realmente ya no necesitaba hacerlo. La vida militar estaba arraigada.

—¿Por qué los Reptiles ayudarían a esta entidad o entidades? —reflexionó Jo'Aquin.

—Les dijeron que serían nombrados reyes de este universo invadiendo planetas. Apeló a sus pequeños cerebros. La entidad proporcionó tecnología para permitir la esclavitud mental, que ellos pusieron en práctica —dijo Hemy.

—¿Hemos podido informar al Consejo? —preguntó Jo'Aquin.

—Negativo, señor. Todavía hay interferencia desde esta galaxia, y no hay forma de volver ya que el agujero de gusano colapsó —dijo Reed.

Así que todavía estaban por su cuenta. Tenían que encontrar una manera de llevar esta información de vuelta al Consejo. Era vital. Esta información inclinaría la balanza. Los mundos esclavizados mentalmente podrían ser liberados. Miles de millones de vidas recuperadas.

—Hay más. Hemos descubierto por los Reptiles de aquí que muchas más mujeres humanas han sido secuestradas. Planean abrir otra puerta interdimensional en Annexor. Estas son noticias extremadamente malas —dijo Hemy.

—Reed, ¿dónde está ubicado Annexor? —preguntó Striker.

—En el Cuadrante Sevan. A dos galaxias de distancia de esta ubicación —dijo Reed.

Eso estaba cerca—. ¿Por qué elegir Annexor en particular? —reflexionó Striker.

—Annexor es un planeta conocido por sus energías innatas. También está bajo ocupación Reptil —Hemy hizo una pausa—. La energía del planeta combinada con el campo energético terrícola sería la ubicación perfecta para abrir una barrera interdimensional

entre este mundo y el siguiente. Si eso sucede... será imparable. Debo advertir que el tiempo es esencial. Ahora que esta entidad sabe que estamos al tanto de ella, temo que hará todo lo que esté en su poder para atravesar. Necesita a las terrícolas para abrir la puerta, pero ellas también son la clave para detenerla. No solo las terrícolas están en grave peligro, debo decir que el resto del universo también lo está.

Striker maldijo por lo bajo y Vivien se tensó ante la noticia. Llevó una mano temblorosa a su boca—. ¡No podemos permitir que eso suceda!

—Haré todo lo que esté en mi poder para que eso no suceda. Iremos allí inmediatamente —dijo Striker.

No habría forma de saber qué podría pasar si esta... cosa... lo consiguiera. La guerra había dado un giro que nadie podría haber previsto. Estaban equilibrados en un precipicio que podría ir en cualquier dirección. Sus próximos pasos eran cruciales.

—Un elemento sorpresa podría ser más efectivo que aparecer en el *Starlight* con todas las armas disparando. ¿Puedo sugerir que envíes a un explorador, obtengas algo de inteligencia para que podamos organizarnos para la batalla? Somos una nave estelar sin la fuerza del Consejo detrás de nosotros y sin forma de enviarles un mensaje —dijo Jo'Aquin.

—Necesitamos a alguien capaz de detectar cambios dimensionales, alguien alineado con los elementos más finos de la existencia —dijo Striker.

—Yo iré. Ya sé cómo se sintió esta *cosa*. Y no fue bueno —dijo Vivien.

—¿Puedo sugerir también que ya has arriesgado tu vida lo suficiente para toda una vida? Además, al estar tu conexión vinculada a Callisto, sería mejor que estuvieras disponible para hablar con los Reptiles bajo tu persuasión si necesitamos más información —dijo Jo'Aquin.

Hubo movimiento en su pequeña audiencia, y Alastor se adelantó—. Sería un placer para mí explorar este planeta.

Striker hizo una pausa, considerando al hombre. Alastor era su jefe de combate. Alto, delgado y un explorador experimentado,

poseía excelentes habilidades, además de ser inteligente y de pensamiento rápido. También había estado entre los primeros en liderar la reciente batalla con los Reptiles.

—Te agradezco tu oferta. Es aceptada.

—No sé —dijo Vivien.

—¿No lo apruebas? —le preguntó.

—Oh, sí. Parece un excelente soldado. Es solo que si hay otras mujeres secuestradas en ese planeta y se encuentran con ellas, sería mejor si fuera acompañado de una mujer... eh, hembra —dijo Vivien.

—Iré con Alastor —. Mint, una alta soldado femenina, dio un paso adelante.

—Gracias, pero creo que una mujer humana sería mejor. Sin ofender, pero una cara familiar ayudaría mucho a disipar temores. Si tienes la oportunidad de ayudarlas, no entrarán tanto en pánico si ven a una humana entre vosotros —dijo Vivien.

Striker habló—: Vivien, creo que las mujeres humanas ya han pasado por suficiente...

—Lo haré —dijo una voz suave desde la parte de atrás del grupo.

Striker observó cómo una mujer extremadamente pequeña con cabello lacio platinado se abría paso hacia el frente.

—Iré yo. Creo que puedo ser vuestra mejor opción.

—Señor, no creo que... —comenzó Alastor, pero Striker levantó la mano y se enfrentó a la mujer.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó lo más suavemente que pudo.

La mujer parecía insegura y extremadamente tímida—. Es Marie. Marie Sinclair.

Vivien frunció el ceño—. Reconozco tu nombre. Eres la...

Marie asintió, con una pequeña sonrisa nerviosa tocando su boca—. Psíquica. Sí. Por eso creo que puedo ser una buena opción. Puedo ayudar. Sentí esa cosa mientras estaba atada. Tocó el borde de mi cuerpo mental superior —. Se aferró los codos y los sostuvo firmemente sobre el pecho, mirando a su alrededor como si esperara ser ridiculizada. Striker no sentía tal necesidad. Solo intriga.

—¿La sentiste? ¿Sin estar conectada?

—Oh. Todos estamos conectados. El poder del pensamiento es el pegamento. Así es como pude sentirla —. Marie se apagó después

de su momentáneo estallido de entusiasmo—. En fin, solo pensé que podrías necesitar a alguien con una conexión, ya que estamos tratando con seres interdimensionales. Eso es todo —. Bajó su mirada al suelo.

—Señor, vamos a entrar en territorio ocupado. Ella es civil. Sin entrenamiento. Si la llevo conmigo, nos pondrá a ambos en peligro —dijo Alastor.

—Entiendo, pero en este caso, creo que sus otras habilidades serían muy beneficiosas. Si la comunicación ocurre energéticamente, más que físicamente como ahora sabemos, Marie podría ser muy útil —dijo Vivien.

—Si no otra cosa, al menos no asustaré a las otras cautivas —ofreció Marie.

—No puede hablar en serio —. Alastor miró consternado a Marie, quien intentó parecer aún más pequeña.

—Ya es suficiente, Capitán. Estoy de acuerdo con Vivien. Tienes las habilidades para mantener a Marie a salvo, y ella tiene las habilidades para obtener información importante de una manera que otros no pueden... —dijo Striker.

—En realidad, cualquiera puede hacerlo. Es solo cuestión de práctica, lo que podría llevar años... dependiendo de cuán abierto seas... —Marie se apagó y pareció arrepentida por haber hablado en primer lugar.

Él entendía la reticencia de Alastor, pero también sabía que si hubiera sido humano, se habría ahorrado mucho del terror de Vivien.

—Entonces está decidido. Capitán, prepare su equipo. También puede proporcionar equipo para Marie. Tomen una nave de reconocimiento y pártanse lo antes posible —dijo Striker.

Alastor saludó. La única forma en que Striker supo que no le gustaba la orden fue la manera en que sus ojos se movieron hacia Marie y volvieron—. Como desee.

—Iré con Marie y la ayudaré con su equipo —ofreció Vivien—. Y también con algunos consejos —murmuró por lo bajo.

Un creciente pozo de aprensión creció en sus entrañas. Aunque habían avanzado algo, la guerra había alcanzado un nuevo nivel. Los humanos y el universo estaban en mayor peligro que nunca. Estaban

en una zona muerta y atascados aquí por tiempo indeterminado. A todos los efectos, las cosas no se veían bien. Solo esperaba que la tímida humana pudiera usar sus talentos y obtener más información, y que Alastor pudiera dejar de lado sus diferencias para permitirse.

Mientras ellos iban de reconocimiento, él reuniría a sus equipos y prepararía el Starlight para la batalla de su vida.

Cuando Vivien miró por encima de su hombro y le guiñó un ojo antes de desaparecer por la esquina, también supo que era el comandante más afortunado de la flota. A pesar de todos los aspectos negativos, había encontrado al amor de su vida. La razón para seguir adelante, seguir intentando. Seguir luchando.

Porque sabía que lo que había encontrado con Vivien era la verdadera razón por la que todos estaban luchando.

.
* * *

.
Gracias por acompañarme en esta aventura inolvidable. Realmente espero que hayas disfrutado de cada momento emocionante y cada giro fascinante. Tu presencia en este mundo lo significa todo.

.
No temas, porque el universo de acción ardiente y romance fuera de esta galaxia te llama una vez más. En Alastor, las apuestas se elevan más alto, las pasiones arden con más intensidad y los misterios se vuelven más profundos. Prepárate para dejarte llevar por nuevos encuentros cautivadores y alianzas inesperadas mientras nuestro nuevo héroe y heroína desafían el destino y descubren secretos que podrían cambiar sus mundos para siempre.

.
¿Listo para embarcarte en otro viaje emocionante? Entonces pasa la página y sumérgete una vez más en el apasionante cosmos donde el amor y el peligro colisionan como nunca antes. La aventura de tu vida continúa en Alastor, esperando solo por ti.

.
* * *

.

He sido secuestrada por malvados aliens Reptiles y ahora estoy en una misión para salvar el universo. Si pensaba que estaba fuera de mi elemento en la Tierra, ahora estoy seriamente fuera de lugar.

Se supone que los psíquicos conocen el futuro, ¿verdad? Veo y siento cosas que asustarían a la persona común, pero no estoy lista para enfrentarme a una entidad malvada, interdimensional que amenaza a todo el universo conocido. Tampoco estoy completamente preparada para lidiar con el Capitán Alastor Siris de piel dorada y su imponente actitud fría.

El Consejo Interespecies finalmente tiene la oportunidad de poner fin al gobierno tiránico de los Reptiles y el destino descansa sobre nuestros hombros. Él está entrenado para el combate y el reconocimiento, no para alguien como yo. He visto la oscuridad en las peores almas, y la suya está sufriendo. Solo que no esperaba que me hiciera sentir cosas que nunca había esperado sentir, y cuanto más tiempo me veo obligada a pasar con él, más en riesgo está mi corazón.

Él no conoce la oscuridad en mi propia alma. No puedo salvarlo si no puedo salvarme a mí misma. Debo ignorar mi atracción hacia él o no tendremos un alma que salvar, ni ningún otro ser en el universo. La entidad se ha vuelto fuerte y se está alimentando. Debo salvar a miles de millones de esclavos mentales antes de que todo se pierda.

Alastor es un romance de ciencia ficción independiente de larga duración que presenta a un caliente guerrero alienígena alfa con piel dorada brillante y una brújula moral elevada cuando se trata de proteger a su vulnerable mujer.

Si te gustan los alienígenas sexys, la aventura emocionante y el romance ardiente, te encantará esta serie. ¡Sin cliffhanger, una batalla continua entre el bien y el mal, y una garantía de final feliz!

.
* * *

.
Alastor
Capítulo Uno
.

Esto era una locura. *Ella* estaba loca. Totalmente fuera de su mente, ida hasta el mismo núcleo, loca de atar. Toda esta *situación* era una locura, principalmente debido a tres puntos clave.

Uno: estar en una nave espacial, o *nave estelar* como se le había corregido muchas, muchas veces, por los alienígenas —*Hexonianos*— era una insensatez.

Dos: su despiadado secuestro por los *Reptiles*, que eran una raza malvada decidida a esclavizar el universo para sus propios propósitos nefastos, era aterrador.

Tres: despertar y encontrarse atada a una mesa para ser utilizada por el campo energético de su cuerpo, para permitir que una enorme entidad malvada entrara en este universo desde otra dimensión, era horrible.

Podría estar en medio de un serio delirio mental, mientras que en realidad su cuerpo estaba bien atado en una camisa de fuerza en alguna habitación acolchada en las profundidades de un manicomio olvidado hace mucho tiempo.

En una habitación cerrada.

Con la llave tirada y perdida para siempre.

O eso, o estaba bastante cuerda y viviendo una pesadilla despierta. En ese momento, no podía estar segura de cuál era peor. El hecho de que podría estar tan desequilibrada mentalmente que estaba atrapada en un producto de su imaginación, o que el enorme y muy contenido Hexoniano, que estaba demasiado cerca y demasiado alto junto a ella en un esfuerzo por coaccionarla para que retirara su igualmente delirante oferta, podría ser tan real como su temperamento difícil.

—Reconsidera—. Los machos hexonianos también eran muy directos. O tal vez era solo *este* macho hexoniano en particular.

Marie resistió el impulso de masajearse las sienes y alejar su cegador dolor de cabeza. No es que ella *quisiera* ir a un planeta conocido solo como Annexor. No es que ella *quisiera* estar aquí en absoluto.

Fue a petición de su guía y maestro, Black Feather, quien la había incitado a ofrecerse voluntaria. No había tenido contacto con él desde entonces. Era muy inusual, él siempre estaba cerca. Sofocó el impulso de retorcerse las manos. Si ella fuera el hombre que tenía al lado, tampoco querría llevarla. Era bastante fácil ver cómo sería una responsabilidad. Esta era una misión encubierta que tenía la capacidad de volverse violenta, y ella ni siquiera era capaz de aplastar un mosquito.

Sin embargo, una petición de Black Feather no podía ser denegada. Tenía plena fe en él. Quizás demasiada. Quizás él estaba tratando de hacer que confiara más en sí misma. Quizás lo había usado como muleta demasiado últimamente, aunque dados los acontecimientos recientes, era fácil de entender. Demasiados "quizás" que no la hacían sentir mucho mejor.

Deseaba que Black Feather no le hubiera pedido esto. Deseaba estar en cualquier otro lugar menos aquí en esta habitación bajo la mirada gélida del Hexoniano que estaba a cargo de su seguridad. Deseaba no haber oído nunca hablar de Hexonianos, o Reptiles, o haber sido secuestrada, ya puestos. Era difícil tener fe completa en el universo cuando resultó ser tan diferente de lo que pensaba.

Al menos Black Feather había sido su constante.

Hasta hace poco.

Se aclaró la garganta—. Comprendo perfectamente. Pero si hay mujeres, eh, hembras allí como dijo el Callisteano, estoy de acuerdo con el comandante en que necesitarán una cara amigable.

Aunque esta era una misión de reconocimiento para elaborar una estrategia de batalla, podrían encontrarse cara a cara con las mujeres, y quién sabe qué tendrían que hacer para salvarlas. Despertar en una habitación indefensamente atada a una camilla era aterrador. Sumado al hecho de que había despertado para encontrar gente luchando con Reptiles y Hexonianos uniformados era angustiante. Si encontraban mujeres, al menos ella podría ofrecer

una cara amigable y algún tipo de explicación para que no estuvieran tan aterrorizadas.

También iba por sus habilidades únicas para detectar cambios dimensionales. Habilidades que había puesto en duda durante los recientes y horribles acontecimientos, que había omitido contar a nadie.

Los Reptiles necesitaban tender un puente entre dimensiones y usaban el campo energético de las mujeres humanas como conductos para permitir que una entidad de otra dimensión entrara en este universo. La entidad había lavado el cerebro a los Reptiles para que la ayudaran, diciéndoles que serían reyes de este universo. Los Reptiles estaban equivocados, aunque eran tontos violentos y viciosos. La entidad era mucho más fuerte de lo que Marie podía imaginar. Y mucho más malvada de lo que podía comprender.

Era imperativo detener a los Reptiles y a la entidad de entrar en este universo por razones hasta ahora desconocidas. Encontrar a las mujeres era vital. Podían ser víctimas de los Reptiles, pero también eran la respuesta para derrotarlos. Había comenzado con Lauren y Vivien, y todo un grupo de mujeres salvadas de las garras de los Reptiles en Florn y Callisto, y ahora a bordo del Starlight. El descubrimiento de que las mujeres humanas tenían el poder de salvar el universo y liberar a los esclavos mentales era astronómico. Solo tenían que averiguar cómo.

Todavía existía el pequeño problema de transmitir la información de vuelta al Consejo Interespecies. El agujero de gusano por el que habían disparado para rescatar a Jo-Aquin había colapsado cuando la entidad había intentado atravesar la dimensión cuando había poseído a Vivian. El Starlight y todos a bordo estaban atrapados en esta galaxia, y por lo que ella sabía, no había manera de volver a casa, y mucho menos de contactar con las personas que podrían ayudar.

Era una situación imposible con probabilidades imposibles. Cómo iba a superar todo esto era una conjetura de cualquiera, y menos la suya propia.

Alastor la miró desde arriba. Su piel brillaba con un tono dorado profundo, demasiado dorado para ser un bronceado. Destellos

apagados, como pequeñas facetas de diamante por todo su cuerpo, alertaban del hecho de que su piel realmente no estaba bronceada en absoluto. Al igual que el hecho de que a pesar de sus rasgos casi humanos, realmente no era humano.

El brillo en sus ojos casi negros y la forma en que su boca se extendía plana y delgada era un gesto demasiado humano, sin embargo—. Las mujeres humanas tendrán una cara amigable cuando estén de vuelta a salvo en el Starlight después de que se haya formado un equipo para rescatarlas. Lo que necesitamos más urgentemente es entender qué está pasando en esa superficie. No entiendes lo importante que es esta misión.

Ella lo entendía demasiado bien. Podría significar que las tornas finalmente se voltearan. La diferencia significaba salvar millones de vidas en todo el universo.

Su mirada era demasiado intensa. Coincidió con su semblante. Disciplinado. Severo. Implacable. Parecía que los tipos militares eran iguales en todo el universo.

El universo. No había concebido un universo lleno de alienígenas hasta hace unas semanas. Contuvo el impulso de reírse.

Histéricamente.

Quería decir que entendía de nuevo, pero en lugar de eso respiró profundamente—. Si encontramos mujeres y están como yo estaba cuando nos encontrasteis...

Dejó de hablar cuando una sombra cruzó su rostro tan rápidamente que podría haberla imaginado, antes de que volviera a componer sus rasgos con severidad. Un dolor tan profundo tocó su campo emocional que podría haber asumido que era suyo, hizo que las palabras se acumularan en su garganta.

—¿Estás... estás bien? —No habría sabido que sentía algo en absoluto solo con mirarlo si no pudiera detectar lo que otros descartaban como caprichos fugaces, o peor, imaginación.

Una ligera arruga apareció entre sus cejas antes de que la disimulara—. Lamento profundamente que fueras secuestrada —. Su voz era aún más baja que antes. La verdad se mezclaba con el dolor y la desolación.

Tenía una voz profunda. Masculina, con un toque de sensualidad que normalmente no notaba. No tenía derecho a notarlo ahora. Se preguntó por qué lo hacía. Parecía que su sexto sentido estaba en peores condiciones de lo que creía. Solo podía esperar estar haciendo lo correcto. Que había escuchado a Black Feather correctamente. Si solo pudiera confirmar con Black Feather, dejaría felizmente de hacer perder el tiempo a todos y permitiría que el "Jefe de Combate, Alastor Siris" siguiera con su misión.

—Bueno... estoy profundamente agradecida de que nos rescatarais —. No quería pensar en lo que podría haberle sucedido si nadie hubiera venido. A ninguna de las cien mujeres que habían sido secuestradas por los Reptiles y mantenidas prisioneras en Callisto.

Inclinó la cabeza—. Entonces entenderás que es de vital importancia que vaya a esta misión sin obstáculos.

Alastor no entendía que Black Feather no habría insistido de la manera en que lo hizo cuando le pidió que fuera con él—. Me mantendré fuera de tu camino. Lo prometo.

—Y sin embargo estarás en el camino por tu mera presencia —. Alastor se enfrentó a ella y su enorme pecho llenó su visión. No tenía los músculos tan desarrollados como algunos de los hombres hexonianos que había visto en la nave espacial. Ellos eran tan grandes como defensas con esteroides. Él era delgado. En forma. Como si hubiera desarrollado el mínimo requisito de músculo y lo hubiera perfeccionado. Lo vio en la forma en que su uniforme se estiraba sobre sus hombros rectos, y la forma en que se aplanaba sobre su estómago tenso y sus duros muslos. Tenía piernas que podrían competir con atletas olímpicos. Los velocistas más altos. Un cruce de Usain Bolt dorado con vikingo. La combinación era espectacular además de completamente intimidante.

Forzó su atención de vuelta a su rostro que llevaba la severidad como una forma de arte—. Me aseguraré de no serlo —. Podía desvanecerse en el fondo. Había perfeccionado el arte durante los últimos meses.

Un músculo trabajó en su sien. No era la primera muestra de ira. Casi se encogió, sabiendo que estaba tan fuera de su elemento.

Casi. Pero había una razón por la que Black Feather quería que fuera con él y no podía defraudar a su maestro.

—No sé qué esperar allí abajo. Es un planeta inexplorado, bajo fuerte ocupación Reptil. No tienes idea de lo que esas criaturas son capaces.

Esta vez no detuvo el estremecimiento que la recorrió—. Tengo *toda* la idea de lo que son capaces —. Habían aparecido de la nada cuando la secuestraron en la Tierra. Los Reptiles la habían agarrado, pasaron una garra afilada por su palma, lamieron su sangre, y eso fue lo último que supo. Había sucedido tan rápido que ni siquiera había tenido la oportunidad de gritar.

Si era posible, los rasgos de Alastor se volvieron aún más severos, su ira apenas contenida—. Entonces sabes que son criaturas viles, incapaces del más mínimo sentimiento. Están impulsados por la crueldad y una necesidad inherente de destruir. No les importa si matan a niños inocentes. Mujeres. Quitar una vida no es nada para ellos. Están contruidos para la guerra. Pero quizás no sepas que tienen garras afiladas, dientes más afilados y sacos de veneno en las púas de sus colas que pueden matar a un macho en minutos.

—Han invadido planetas enteros y han destruido sistemáticamente todo ser vivo en esos planetas. Estamos luchando una guerra que estamos perdiendo, y esto es lo único que alguien ha descubierto jamás que puede inclinar algo a nuestro favor.

—Si somos capturados por ellos, solo tenemos una muerte segura por delante. Así que, ¿vas a decirme que sabes lo que estás haciendo? O, ¿vas a hacer lo lógico y quedarte aquí donde es seguro y yo puedo ir a hacer mi trabajo sin un peso muerto alrededor de mi cuello?

Su boca se abrió y cerró varias veces. Estaba en un lugar donde el pensamiento aturdido se deslizaba del recubrimiento de teflón del interior de su cabeza.

—Eso pensaba —. Echó los hombros hacia atrás y se crujió el cuello—. Es lo mejor.

Finalmente encontró su voz y le costó todo hablar—. Pero todavía tengo que ir.

Sus ojos ardieron a pesar de que su voz era baja y uniforme—. *¿Por qué* tienes que venir? ¿Qué posible razón podría haber?

Quería decirle que Black Feather le había pedido que lo hiciera. Que había una razón más profunda que ninguno de ellos podría saber. Que ella estaba aquí por una razón, porque todo en la vida estaba definido por razones de conocimiento superior. Pero no dijo ninguna de esas cosas. Él no estaba listo para escuchar, o para entender—. Simplemente tengo que hacerlo.

Sonó una serie de campanas antes de que un rostro apareciera en la pared. No era un rostro real, solo la proyección de uno que era tan realista que podría pensar que era real. El hecho de que no hubiera nada más que pared clara debajo de los hombros era una pista. Marie no creía que alguna vez se acostumbraría a la tecnología en esta nave. *Nave espacial*, se recordó a sí misma.

—Capitán —. Los labios del comandante Striker se crisparon como si siempre estuviera listo para sonreír. Él le caía bien. Duro como el acero, pero su alma brillaba. Especialmente cuando estaba con Vivien, o la Capitana Demalzi, de la Tierra.

—Comandante Striker —. Alastor se puso firme. Mirándolo, podría pensar que era más robot que hombre, pero había captado un indicio de emoción que atravesó sus ojos. Si no hubiera estado tan consciente de él, no lo habría visto en absoluto. Pero estaba inquietantemente consciente de él. De todo su metro noventa y cinco de imponente y delgado músculo.

—Se acaba de detectar una perturbación en la superficie del planeta, Capitán.

—¿Qué tipo de perturbación?

—Un pico en la energía similar a los campos de energía contra los que nos enfrentamos en Callisto. Emana de una de las estructuras en la superficie del planeta. Sugiero que vayáis allí y veáis si podéis averiguar más. He hecho que las coordenadas se registren en vuestra lanzadera —dijo Striker.

—¿Hay alguna información más, aparte de esa? —preguntó Alastor.

—Solo que toméis todas las precauciones para regresar a salvo. Estaréis en total apagón una vez que estéis allí. No deben sospechar

nada. La sorpresa es imprescindible. Una vez que estéis allí, estaréis solos —dijo Striker.

Alastor asintió, pero Marie no se perdió la mirada de reojo que le lanzó—. Entendido.

Marie sofocó el escalofrío que la recorrió. También ignoró el hecho de que estaba muy fuera de su elemento. Esta era una misión sigilosa. Encontrar cualquier información que pudiera liberar a los esclavos mentales y salvar el universo del reino tiránico de los Reptiles que intentaban traer una entidad de otra dimensión a este universo con propósitos nefastos. Mientras tanto, liberar a las mujeres humanas secuestradas que podrían o no estar gravemente heridas. O peor. Sin presión.

Estaba totalmente fuera de sí.

Su corazón revoloteó en su pecho. No estaba lista para esto. Lista para nada de esto, pero no había manera de que se echara atrás ahora. No cuando había tanto en juego.

—Buena suerte, Capitán —dijo Striker.

El rostro de Striker parpadeó en la pared, dejando la superficie plateada, lisa y clara.

—Señor. Su lanzadera está lista —. Un joven cadete dudó en la puerta abierta, su mirada deslizándose de Alastor a ella, y de vuelta.

Alastor ofreció al cadete un breve asentimiento de aceptación antes de elevarse a su impresionante altura completa—. Ya que eres lo suficientemente tonta como para no cambiar de opinión, partimos inmediatamente.

Gracias a Dios que Vivien la había ayudado a "equiparse". Eso era jerga militar para "vestirse apropiadamente". No tenía la más mínima idea de lo que necesitaba y había confiado en la experiencia militar de Vivien. Estaba vestida con un uniforme del color de las arenas de Annexor, llevaba gruesas botas de combate y tenía una mochila que contenía equipo para su supervivencia. Muy lejos de sus vestidos de colores brillantes y sandalias con tiras.

Esperó hasta que el cadete se fue antes de hablarle—. Existe la posibilidad de que mueras. Si estás en peligro que afecte al éxito de esta misión, elegiré la misión sobre ti. Debe ser lo primero. Hay demasiadas vidas en juego para que yo tome riesgos.

—No tengo miedo a morir—. De *eso*, estaba segura.

La estudió durante un largo momento, su expresión ilegible. Casi se perdió en su profunda, oscura e insondable mirada—. Yo tampoco tengo miedo. He visto demasiada muerte para tener miedo. Sin embargo, es el camino hacia la muerte y el dolor que uno podría sufrir lo que más me preocupa.

LEE ALASTOR HOY...